

# DESDE LA SALA DE REDACCIÓN

35 años de periodismo



Rosa María Agudelo Ayerbe



## DESDE LA SALA DE REDACCIÓN

35 años de periodismo

**Rosa María Agudelo Ayerbe**

rmagudelo@diariooccidente.com.co

ISBN: 978-958-98318-7-8

Edición original ©2025.

Diseño y Diagramación:

**InnovaTech**  
E.I.C.E.

**GOBERNACIÓN**  
Departamento del  
**Valle del Cauca**



*Esta publicación hace parte del fondo de publicaciones  
de la Biblioteca Departamental Jorge Garcés Borrero.*

# **DESDE LA SALA DE REDACCIÓN**

**35 años de periodismo**

Rosa María Agudelo Ayerbe



*A través de 35 crónicas, la autora reflexiona sobre hechos clave como la Constitución del 91, el narcotráfico y los procesos de paz, con el objetivo de entender su impacto en la sociedad. Más que narrar, busca cuestionar y aprender de la historia vivida.*



## CONTENIDO

|                                                                       |    |
|-----------------------------------------------------------------------|----|
| Prólogo .....                                                         | 9  |
| Dedicatoria .....                                                     | 13 |
| Introducción .....                                                    | 15 |
| Periodismo: un oficio al servicio de la gente .....                   | 17 |
| La Constitución del 91: un pacto que transformó<br>a Colombia .....   | 20 |
| Del apagón de los 90 a la crisis energética de 2025 .....             | 25 |
| Narcotráfico: 35 años de un enemigo que se reinventa .....            | 28 |
| El conflicto sigue: el Catatumbo y una guerra que<br>no termina ..... | 33 |
| El secuestro: la herida que no cierra .....                           | 39 |
| Del Caguán a la paz total, ¿Qué hemos aprendido? .....                | 43 |
| Los procesos de paz: entre ilusión y traición .....                   | 48 |
| El conflicto: La mirada de las víctimas .....                         | 52 |
| La democracia: Avances, retrocesos y desafíos .....                   | 57 |
| Corrupción: un mal que nos persigue .....                             | 65 |
| Polarización social: la gran amenaza .....                            | 71 |
| Venezuela: un espejo que no debemos mirar .....                       | 76 |
| El Cauca: un territorio que se resiste al olvido .....                | 81 |



|                                                                         |     |
|-------------------------------------------------------------------------|-----|
| El Valle del Cauca: tierra de oportunidades .....                       | 89  |
| Medio ambiente: entre las maravillas y la amenaza .....                 | 96  |
| Buenaventura: la ciudad que Colombia olvidó .....                       | 105 |
| Cali: de la ciudad que soñamos a la que hacemos .....                   | 111 |
| Cali en pandemia: el virus y las banderas rojas .....                   | 120 |
| El estallido social: la historia que se escribió en las calles .        | 125 |
| Los jóvenes: Entre promesas y realidades .....                          | 132 |
| De estallido al tejido .....                                            | 139 |
| Mujer y periodista .....                                                | 144 |
| Cali a pie: relatos de gente que la construye día a día .....           | 151 |
| Empresas que construyen país .....                                      | 159 |
| Del almacén a la arepa: informalidad que sostiene .....                 | 165 |
| Compromiso valle: el poder del dialogo .....                            | 170 |
| Colombia y EEUU, una relación asimétrica .....                          | 176 |
| La educación como camino: La gran deuda del país<br>con su futuro ..... | 186 |
| Tarimas, canchas y murales: el alma de las comunas .....                | 192 |
| Cultura ciudadana: una revolución silenciosa .....                      | 198 |
| Colombia 2050, los retos impostergables .....                           | 204 |
| La ausencia que sembramos .....                                         | 221 |
| Carta a los ciudadanos del futuro .....                                 | 225 |
| Diario Occidente, en constante reinención .....                         | 228 |
| Gregorio Perez Torres y la nueva sala de redacción .....                | 232 |
| Lo que sigue .....                                                      | 234 |

## **El periodismo, un asiento privilegiado en el viaje de la historia**

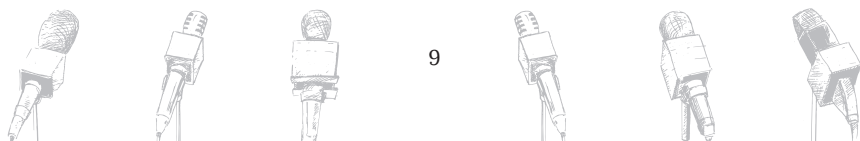
### *Prólogo*

**L**os periodistas tenemos un asiento preferencial en ese viaje que hace la historia todos los días, un asiento que está frente a una ventana panorámica que nos permite ver los hechos con más cercanía, más detalle y más profundidad que la mayoría de los pasajeros.

*Desde la sala de redacción, 35 años de periodismo* no es una selección de crónicas al azar, ni una suma de artículos puestos en fila, es un recorrido por los hechos que construyeron la historia reciente de Colombia, contados por alguien que, desde la posición privilegiada de esa ventana, los registró día a día como parte de su ejercicio periodístico y que hoy los recopila en una publicación que confirma que la noticia de hoy, por fugaz que sea o parezca, puede convertirse, sin saberlo, en un capítulo que será estudiado en el mañana.

Allí está la riqueza de este libro, en el ejercicio de repensar las noticias, algo que muchas veces se pierde en la velocidad con la que se producen y la inmediatez con que se registran.

Varios de los hechos aquí narrados –algunos ocurridos hace 35, 30 o 20 años– parecen sacados de la emisión de noticias de



esta mañana, una vigencia sorprendente que muestra cómo nuestro país permanece atrapado en problemas y temas que le cuesta superar.

En sus páginas está la Constitución del 91, no como un acto lejano, sino como una promesa aún incumplida. Está el narcotráfico, no como un recuerdo de los carteles de los 90, sino como ese enemigo que, como bien lo titula, se reinventa. Está el apagón de hace tres décadas y la actual amenaza de otro. Están las víctimas del conflicto armado, los procesos de paz, los falsos positivos, los secuestros, las cifras que duelen y las voces que no debemos olvidar: los jóvenes, las mujeres, los desplazados, los confinados, los ciudadanos que resisten en silencio.

A lo largo de casi 20 de estos 35 años de periodismo de Rosa María he estado sentado junto a ella en esa cabina de observación que es una sala de redacción. Desde ahí la he visto escribir columnas con el estómago encogido por la noticia del día, con la rabia acumulada por lo que no cambia, con la esperanza de que contar la verdad sirva de algo e involucrarse en causas sociales, con el propósito de aportar para que esa historia que se escribe a diario sea mejor. Allí también la he visto llorar conmovida por los dramas humanos que hay tras las noticias y también de emoción cuando un artículo o una campaña ha servido para generar una oportunidad y cambiar una vida.

En un país como Colombia, donde un hecho releva al otro y donde muchas veces olvidamos más rápido de lo que aprendemos, detenerse a mirar con pausa, como lo propone este libro, es un acto necesario, es una forma de recuperar perspectiva, de hacer memoria, de tratar de aprender de lo vivido, es una invitación a no seguir atrapados en la inmediatez

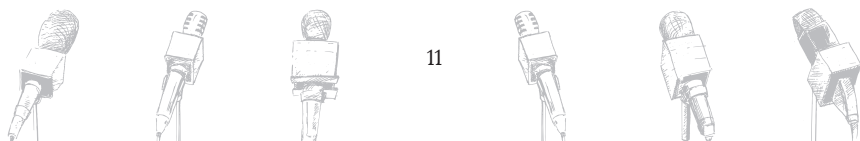


que nos impone el algoritmo, sino a recordar que los hechos no ocurren en el vacío, que tienen causas, consecuencias y que forman parte de una narrativa mayor.

Este no es un libro que recopile historias bonitas ni postales amables, aquí está el país que nos tocó cubrir: el que sangra, el que se polariza, el que olvida, pero también el que resiste, el que se levanta y el que sigue adelante pese a las dificultades.

*Desde la sala de redacción, 35 años de periodismo* no solo es una mirada a la historia de Cali, el Valle y Colombia en los últimos 35 años, es también una mirada a la evolución del periodismo, sobre cómo ha cambiado el oficio, de cómo pasamos de las máquinas de escribir y los casetes a las plataformas digitales, a las redes sociales y a los contenidos creados con inteligencia artificial. Y de cómo, en medio de esa transformación, hay cosas que no pueden cambiar: la ética, el rigor y la conciencia de que el periodismo es, sobre todo, un servicio a la sociedad.

**Mauricio Ríos Giraldo**





## Dedicatoria

**H**e trabajado en tres medios de comunicación a lo largo de estos 35 años. En todos aprendí algo distinto, en los tres confirmé una convicción: el periodismo tiene sentido si parte del respeto por la gente y la certeza de que cada ciudadano merece tener voz.

El primero fue Notipacífico, junto a Fernando Parra Duque, en la televisión. Un medio profundamente conectado con los barrios y con la Cali real.

Después llegaron el Noticiero del Pacífico y el Diario Occidente, ambos de la familia Oliveira. Empresas distintas, unidas por una misma visión: medios comprometidos con la transformación social. No se trataba de informar, sino de contribuir. De entender el medio como una herramienta para construir ciudadanía.

A Olindo de Oliveira le dedico este libro con especial gratitud. En los momentos más difíciles del Diario Occidente, en los que muchos lo daban por terminado, él apostó por su renovación. Creyó en la innovación sin perder de vista el servicio a la sociedad. Estoy segura de que habría disfrutado este recorrido hacia la inteligencia artificial y estaría orgulloso de lo que hemos logrado.



A Gonzalo de Oliveira le reconozco la determinación con la que ha sostenido y proyectado ese legado. Su enfoque estratégico ha sido clave para mantener vivo el propósito del Diario en tiempos de cambio.

Este trabajo también es para las personas que me han compartido sus historias. Sin ellas, el periodismo no tendría sentido. Son sus voces las que han dado forma a cada palabra escrita.

Y por supuesto, a los periodistas que han sido parte de las salas de redacción en las que he trabajado. Ellos entienden que la verdad se construye con ética, rigor y pasión.

Una mención especial a Margarita Londoño, Soraya Caicedo, Harold Jiménez y Mauricio Ríos, compañeros de “pupitre”, con ellos aprendí a pensar, a cuestionar y a reflexionar sobre el sentido profundo de nuestro oficio.



## Introducción

Hay historias que uno olvida.  
Otras que simplemente se archivan.

Hay algunas que se quedan.

Son las historias de aquellas personas que hicieron historia tal vez sin saberlo.

Se quedan en la voz quebrada de una madre que busca a su hijo.

En el silencio de una ciudad apagada.

En el miedo de cubrir una toma guerrillera.

En la esperanza de una mujer que, sin quererlo, terminó liderando a su comunidad.

Y en la frase de un joven que, con los ojos llenos de dignidad, me dijo una vez:

“No lucho por lo que tengo, lucho por lo que merezco vivir.”

Este libro está hecho de esas historias.

De las que duelen, también de las que inspiran.

De lo que vi, de lo que escuché, de lo que aprendí en 35 años de periodismo.





No es un resumen de mi carrera.

Es un intento por entender el país a través de sus heridas, sus luchas, sus contradicciones...

y su capacidad infinita de reinventarse.

Aquí no hay recetas. Solo relatos que invitan a pensar, a recordar, a no rendirse.

Porque el periodismo, al igual que la vida, también es memoria.

Y recordar, en un país como el nuestro, es una forma de resistir.

Este ejercicio de memoria me ha hecho pensar en lo importante que es el pasado para entender el presente, y sobre todo para visualizar, soñar y construir un futuro distinto. Salir del eterno ciclo de nuestros fracasos y proyectar, por fin, un mañana posible.



## Periodismo: un oficio al servicio de la gente

**E**l 9 de febrero es una fecha especial para el periodismo en Colombia. Ese día, en 1791, Manuel del Socorro Rodríguez fundó el Papel Periódico de Santafé de Bogotá, el primer periódico del país. Desde entonces, el periodismo ha sido testigo y protagonista de la historia, denunciando abusos, dando voz a los invisibles y registrando los momentos clave de nuestra sociedad.

### Mis primeros años: de las preguntas a las historias

Este año cumpla 35 años ejerciendo el periodismo. Aunque mi carrera no comenzó un 9 de febrero, esta fecha me inspira a reflexionar sobre el camino recorrido. En enero de 1990, aún en la universidad, me acerqué a la programadora de Univalle para preguntar si podía colaborar en algo. Me permitieron hacer pequeñas tareas y notas sencillas en Chiva Deportes: No eran trabajos complejos.

Poco después, en octubre, nació Notipacífico y gracias a mi paso por Chivadeportes me ofrecieron vincularme a la planta. Allí mi aprendizaje se aceleró. Me asignaron cubrir el municipio de Cali y la política. Si no sabía de deportes, menos de estos temas. El periodismo me enseñó rápido: había que preguntar, escuchar y contar.



## **Periodismo en tiempos de crisis: de los 90 a los 2000**

Los años 90 fueron un torbellino informativo. Mientras aprendía el oficio, el país vivía algunos de sus momentos más críticos: la lucha contra los carteles de la droga, el asesinato de líderes políticos, la crisis energética y el proceso que daría origen a la Constitución del 91. Cada noticia era una lección. Aprendí que la objetividad absoluta no existe, sí el rigor; que una historia bien contada puede generar cambios, y que la independencia es la esencia del oficio. Sobre todo descubrí lo mucho que podíamos ayudar a través de los medios.

Luego vinieron los 2000, una década marcada por la guerra contra las FARC y los paramilitares, el auge de la seguridad democrática y la polarización creciente. Desde el periodismo, narramos los horrores del secuestro, los efectos del conflicto en las regiones y la violencia que, pese a los esfuerzos de muchos, no cesaba. En esos años, la información dejó de ser un derecho: se convirtió en un campo de batalla. Se atacaba a los medios, se les acusaba de parcializados, y la verdad comenzó a ser difícil de encontrar.

## **El periodismo en la era digital**

Tras 15 años en televisión, el periodismo me llevó a otro escenario: la prensa escrita. Dirigir un medio impreso me enseñó otros matices. La opinión y el análisis adquirieron un peso mayor, y con ello, la responsabilidad de interpretar el presente sin perder de vista el pasado.

Hoy, 35 años después, el periodismo ha cambiado radicalmente. Las audiencias ya no esperan el noticiero de la noche o el diario del día siguiente para informarse. Las redes sociales han democratizado el acceso a la información, también han dado cabida a la desinformación y las noticias falsas. Vivimos en una era donde la inmediatez muchas veces prima sobre la profundidad, donde la opinión se confunde con el dato y donde el ruido digital amenaza con sepultar la verdad. Sin



embargo, la esencia del periodismo sigue siendo la misma. Se trata de servir a la gente, de hacer preguntas incómodas, de documentar la realidad y, sobre todo, de resistir. El periodismo, más que un oficio, es un compromiso con la memoria, la verdad y la sociedad.

### **El futuro del periodismo: resistencia y adaptación**

¿Cómo debe adaptarse el periodismo en esta era digital? ¿Cómo puede incorporar tecnologías como la IA sin perder su humanidad? ¿Cómo puede recuperar la confianza de las audiencias? La respuesta está en el rigor, en el compromiso y en la capacidad de evolucionar sin perder su esencia. En tiempos de incertidumbre, la mejor herramienta sigue siendo una historia bien contada. También es un momento para detenerse y mirar atrás, para entender cómo nuestro país y nuestra sociedad han cambiado. Una oportunidad para pensar en el futuro de manera proactiva.

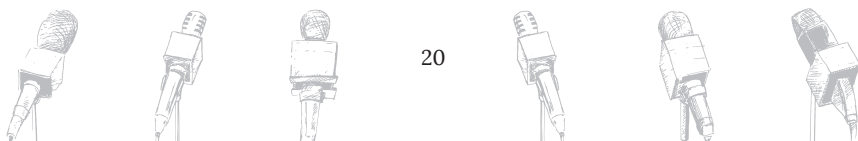


## Constitución de 1991: el pacto que transformó a Colombia

Colombia no cambió por decreto sino porque miles de jóvenes se atrevieron a proponer un país distinto. Lo hicieron con la Séptima Papeleta, un voto simbólico sin valor legal que lo cambió todo. En 1990, el país vivía una crisis profunda: el narcotráfico, el terrorismo y la violencia habían debilitado las instituciones, mientras la ciudadanía exigía cambios urgentes.

Durante el Gobierno de Virgilio Barco (1986-1990), el auge del narcotráfico y la ofensiva del Cartel de Medellín contra la extradición llevaron a una escalada de atentados y asesinatos. El 18 de agosto de 1989, el asesinato de Luis Carlos Galán marcó un punto de quiebre. Galán se convirtió en objetivo de los carteles, y su muerte evidenció la fragilidad del Estado ante el crimen organizado.

Ante esta crisis de legitimidad, la ciudadanía impulsó la Séptima Papeleta en 1990. Una iniciativa estudiantil que terminó convirtiéndose en una movilización social sin precedentes. A pesar de no contar con respaldo legal, la papeleta fue incluida simbólicamente en el proceso electoral. En esas elecciones, más de cinco millones de colombianos votaron a favor de una Asamblea Constituyente. El impacto fue tal que César Gaviria, ganador de la contienda, reconoció el mandato ciudadano y dio paso al proceso constituyente.



## **La construcción de un nuevo país**

Al inicio de mi práctica periodística en octubre de 1990, el país se preparaba para elegir a los delegatarios de la Asamblea Nacional Constituyente. Las elecciones del 9 de diciembre de 1990 marcaron un hito: por primera vez, una asamblea constitucional reflejaba la diversidad política del país y el apoyo a una paz negociada.

La composición del órgano constituyente mostró un panorama diverso. De los 70 delegatarios elegidos, 24 representaban al Partido Liberal, 19 a la Alianza Democrática M-19, 11 al Movimiento de Salvación Nacional, 5 al Partido Social Conservador y 11 de organizaciones diversas. Además, el Gobierno incluyó representantes de grupos guerrilleros desmovilizados: dos del Ejército Popular de Liberación (EPL) con voz y voto, y uno del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y otro del Quintín Lame, ambos con voz y sin voto.

El contexto no era fácil. Apenas meses antes, el 26 de abril de 1990, Carlos Pizarro, comandante del M-19, fue asesinado, 45 días después de firmar la paz con el Gobierno. Para garantizar el equilibrio en la conducción del proceso, la Asamblea optó por una presidencia tripartita integrada por Horacio Serpa (Partido Liberal), Álvaro Gómez Hurtado (Movimiento de Salvación Nacional) y Antonio Navarro Wolff (Alianza Democrática M-19).

Las sesiones iniciaron en febrero de 1991 y se prolongaron por cinco meses. Cada semana tuve la oportunidad de entrevistar a constituyentes vallecaucanos de la talla de Gustavo Zafra y Armando Holguín. Hablábamos con optimismo sobre descentralización, derechos fundamentales e inclusión. Fue un momento de construcción colectiva, donde las diferencias se convirtieron en oportunidades de diálogo.



## **Los cambios que trajo la Constitución de 1991**

La Constitución de 1991 redefinió la relación entre el Estado y la ciudadanía. Su mayor legado fue la garantía de derechos fundamentales, materializada en la acción de tutela, un mecanismo ágil que permite la protección inmediata de derechos vulnerados. Mientras la Constitución de 1886 subordinaba los derechos a la ley y permitía su suspensión en estados de excepción, la de 1991 aseguró su aplicación efectiva y universal.

El país también avanzó en descentralización. Antes, el poder estaba concentrado en el Gobierno central, la nueva Carta otorgó autonomía a municipios y departamentos, permitiéndoles administrar sus propios recursos. La elección popular de gobernadores se convirtió en un hito que fortaleció la democracia local.

En términos de participación política, la Constitución de 1991 rompió con el bipartidismo que había dominado la vida electoral colombiana. Se permitió la creación de nuevos partidos y movimientos, se abrieron espacios para la representación de grupos minoritarios y desmovilizados. El referendo, la consulta popular y la iniciativa legislativa ciudadana nacieron con la nueva carta magna.

El reconocimiento del pluralismo y la diversidad cultural fueron otro cambio clave. Mientras la Constitución de 1886 concebía a Colombia como una nación homogénea, la de 1991 la declaró un Estado pluriétnico y multicultural, otorgando derechos específicos a comunidades indígenas y afrodescendientes.

En el ámbito de la relación entre Estado e Iglesia, la Constitución de 1991 consolidó la separación entre ambos. El catolicismo dejó de ser la religión oficial, garantizando la libertad de culto y la neutralidad del Estado en asuntos religiosos.



## **Treinta y cinco años después, ¿qué desafíos persisten?**

Aunque la Constitución de 1991 significó un avance, su implementación ha enfrentado dificultades. La descentralización sigue siendo un reto, ya que muchas regiones continúan dependiendo del Gobierno central debido a la falta de recursos y capacidades para gestionar su propio desarrollo.

Los mecanismos de democracia participativa han perdido efectividad. Con el tiempo, diversas reformas han impuesto requisitos más estrictos para su activación, alejándolos del espíritu original de la Constitución. Además, el sistema político ha sufrido una fragmentación excesiva, dificultando la gobernabilidad y debilitando la representatividad.

El acceso a la justicia también enfrenta problemas. La acción de tutela, aunque fundamental para la protección de derechos, ha sido utilizada en exceso, sobrecargando el sistema judicial. En la salud su uso masivo ha generado impactos financieros y administrativos que han puesto en riesgo la sostenibilidad del sistema.

Hoy la Constitución de 1991 sigue siendo una promesa de transformación. Sin embargo, requiere ajustes para garantizar que sus principios se traduzcan en realidades efectivas.

## **La fuerza del consenso**

Hace 35 años, Colombia entendió que el cambio no podía ser impuesto, sino construido en consenso. La Constitución de 1991 no fue obra de un sector, sino el resultado de un diálogo entre fuerzas políticas opuestas que decidieron anteponer el bienestar del país a sus diferencias.





Liberales, conservadores, exguerrilleros y nuevos movimientos compartieron la mesa. No fue un proceso fácil ni exento de tensiones. A pesar de las dificultades se logró un pacto social que consagró derechos fundamentales, fortaleció la descentralización y promovió la participación ciudadana.

Hoy, la polarización amenaza la capacidad de construir consensos. La política se ha convertido en un escenario de confrontación, donde las redes sociales magnifican las divisiones y el debate público ha sido reemplazado por la descalificación.

La Constitución de 1991 nos enseñó que la democracia se construye con legitimidad, no con imposición. Si en el pasado logramos un acuerdo para transformar el país, hoy necesitamos recuperar esa capacidad de diálogo. El reto no es borrar al otro, sino encontrar los puntos en común.



## **Del apagón de los 90 a la crisis energética de 2025**

**E**l apagón de los años 90 fue una de las primeras crisis que me tocó cubrir. Más que una emergencia energética, fue una señal temprana de lo frágil que podía ser el país. Viví de primera mano cómo la oscuridad transformó nuestra rutina diaria. El noticiero donde trabajaba sobrevivió por pura fortuna: transmitíamos a las 8:00 p.m., después del racionamiento.

Treinta y cinco años después, enfrentamos una crisis energética similar. Hoy, los embalses tienen el 55.29% de agua, muy por debajo del 73%. Además, el fenómeno de El Niño podría extenderse con un 60% de probabilidad, lo que reduciría aún más el caudal de los ríos. Desde abril de 2023, el nivel del agua ha estado por debajo del promedio histórico, dejando claro que el país no ha corregido su dependencia de las hidroeléctricas.

### **¿Por qué el sistema eléctrico sigue siendo tan frágil?**

A pesar de la experiencia del apagón de los 90, Colombia sigue dependiendo de las hidroeléctricas. Aunque las plantas térmicas deberían servir como respaldo en momentos críticos, su uso es costoso y contaminante, lo que limita su viabilidad. Francia apostó por la energía nuclear para asegurar la estabilidad de su sistema eléctrico. Barcelona ha incorporado la energía eléctrica en su transporte masivo con altos niveles



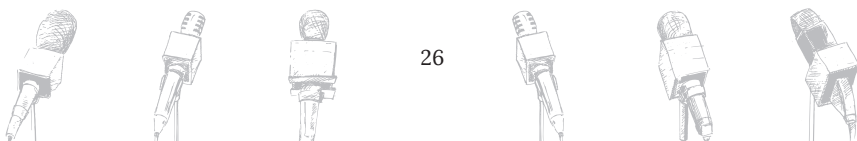
de eficiencia. China, por su parte, impulsa proyectos en generación de hidrógeno, una alternativa con potencial para ofrecer soluciones sostenibles a largo plazo.

Los expertos han insistido durante años en la necesidad de diversificar la matriz con energías renovables como la solar y la eólica. Sin embargo, los intentos por integrarlas han enfrentado barreras financieras, regulatorias y sociales que han frenado su desarrollo. La falta de una política energética clara ha convertido lo que pudo ser una solución en una oportunidad desperdiciada.

Mientras tanto, la infraestructura eléctrica envejece al mismo ritmo que crece la demanda. Según la Contraloría Nacional, la falta de modernización de las líneas de transmisión es un riesgo grave, especialmente en Bogotá y el centro del país. Entre enero y septiembre de 2024, el consumo energético alcanzó 224.69 GWh, superando incluso las proyecciones más altas de los expertos. Hoy las empresas, que mueven la economía y el crecimiento, deben pensar en diversificar su matriz energética para no depender exclusivamente de un recurso.

El Gobierno activó el Estatuto para Situaciones de Riesgo de Desabastecimiento, una medida que recuerda inevitablemente los decretos de emergencia de los 90. Sin embargo, estas acciones parecen ser parches temporales ante una crisis que se gestó durante años y que ahora amenaza con agravarse. La situación de hoy viene de cinco años atrás. Si empeora, la recuperación va a ser proporcional a los años en los cuales venimos arrastrando el rezago.

La situación ya está afectando a las regiones más vulnerables. En Puerto Carreño, más de 45,000 personas quedaron sin electricidad debido a la crisis financiera de las electrificadoras públicas, que aún arrastran deudas desde la pandemia. Lo



que hoy ocurre en algunas zonas de la costa Caribe podría extenderse a otros territorios si no se toman medidas urgentes.

### **La crisis del gas natural: una amenaza adicional**

El problema va más allá de la electricidad. En la última década, las reservas de gas natural han caído casi un 57%. En 2013 teníamos suministro para 12 años; hoy apenas supera los seis. Según la Agencia Nacional de Hidrocarburos (ANH), solo entre diciembre de 2022 y mayo de 2024, las reservas probadas cayeron un 15.7%.

Esta disminución es parte de una tendencia que se arrastra desde 2015, en buena parte por la falta de incentivos para mantener la actividad exploratoria. Sin nuevos pozos, no hay manera de reponer lo que se consume. Para revertir esta caída, se necesitan condiciones claras, estabilidad jurídica y estímulos que atraigan inversión. Sin exploración, no hay futuro energético.

### **¿Es posible evitar una crisis energética?**

La historia nos advierte. A pesar de ello parece que no aprendemos. El primer paso es aceptar la magnitud del problema. Mientras el Gobierno confía en que la situación se resolverá sola, el sector privado lanza advertencias preocupantes. No podemos seguir improvisando. Urge un consenso entre el Estado, la academia y la industria para definir un plan energético a largo plazo. No se trata de responder a la emergencia, sino de evitar que estas crisis sean cíclicas.

La solución no está en una sola fuente de energía. Es urgente acelerar los proyectos de energía solar y eólica, sin abandonar la exploración de hidrocarburos ni la modernización de la infraestructura eléctrica. El país necesita un sistema robusto, con respaldo térmico eficiente y fuentes renovables en expansión.



## **Narcotráfico: 35 años de un enemigo que se reinventa**

**M**i carrera periodística comenzó en medio de la guerra contra los carteles de Medellín y Cali. Desde entonces, he visto cómo el narcotráfico muta, sobrevive y vuelve a imponerse, sin que el país logre romper el ciclo. Cubríamos operativos del bloque de búsqueda, redadas en mansiones y capturas de capos más buscados. El narcotráfico dominaba los titulares con explosiones, asesinatos de líderes y fortunas basadas en un negocio ilegal imparable.

La caída de los grandes carteles no trajo la paz que esperábamos. Tras la desarticulación de las estructuras de Medellín y Cali, surgieron los carteles del Norte del Valle y, con el tiempo, el narcotráfico se fragmentó aún más. Según un informe de la Defensoría del Pueblo, entre 2019 y 2024, el número de grupos armados ilegales aumentó de 114 a 184, muchos de ellos vinculados al narcotráfico. Además, carteles de Sinaloa y el Jalisco Nueva Generación han establecido alianzas con redes locales para fortalecer el negocio. Lo que antes eran organizaciones con jerarquías definidas se transformó en redes locales de microtráfico, menos centralizadas e igual de violentas.

En Cali, el narcotráfico dejó una huella indeleble. La ciudad se convirtió en epicentro de operaciones que iban más allá del comercio ilegal de drogas. La bonanza narco financió



construcciones icónicas, empresas y hasta equipos de fútbol. A pesar de los golpes contra los grandes capos, la ciudad nunca se liberó completamente de la sombra del narcotráfico, que sigue presente en formas diferentes, también de devastadoras.

### **¿Por qué el narcotráfico nunca desaparece?**

Las rutas del narcotráfico han evolucionado a lo largo de los años, estableciendo conexiones internacionales y penetrando nuevos mercados.

Hace 15 años escuché un concepto que marcó mi forma de entender el narcotráfico: el fenómeno globo. Al igual que si aprietas un globo en un punto y el aire se desplaza a otro, el narcotráfico se mueve si se presiona en un área específica. Las estrategias de erradicación o interdicción no lo frenan; lo desplazan. Si se combate en Nariño, se fortalece en Putumayo o en Catatumbo; si cae una ruta, aparece otra. Según el Informe Mundial sobre Drogas 2023 de la UNODC, en los años 90 Colombia registraba cerca de 40.000 hectáreas de cultivos de coca. Para 1995, la cifra subió a 50.000 y en 2000 alcanzó las 137.000. En 2023, el país llegó a un nuevo récord: 253.000 hectáreas.

Este patrón demuestra que atacar el problema en un punto no lo resuelve, lo transforma y lo desplaza. La lucha contra el narcotráfico ha sido una guerra de desgaste donde los golpes a un grupo dan paso a nuevas organizaciones con métodos aún más sofisticados.

A partir de los 2000, las alianzas con carteles mexicanos y venezolanos transformaron el narcotráfico en un negocio transnacional. Mientras Colombia producía, los carteles de Sinaloa y Los Zetas controlaban el transporte y distribución en Norteamérica. Venezuela se convirtió en una ruta clave hacia Europa y Estados Unidos, facilitada por la ausencia de control estatal y la participación del Cartel de los Soles.

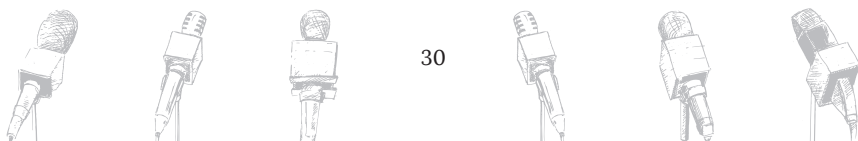


La frontera entre Colombia y Ecuador también ha sido una zona crítica en la dinámica del narcotráfico. En las últimas décadas, esta región ha visto un incremento en la actividad de grupos armados y organizaciones criminales que operan a ambos lados de la línea limítrofe. Uno de los actores más destacados en esta área son los Comandos de la Frontera, un grupo armado colombiano que ejerce un control significativo en el departamento de Putumayo. En el lado ecuatoriano, bandas como Los Choneros han ganado fuerza, inicialmente colaborando con grupos colombianos, pero evolucionando hasta disputar el control del negocio ilícito. Esta transformación ha generado enfrentamientos violentos en la región fronteriza, exacerbando la crisis de seguridad y afectando a las poblaciones locales. La porosidad de la frontera facilita el tránsito de drogas, armas y personas, convirtiendo a Ecuador en una ruta clave para el narcotráfico internacional.

El pago en especie consolidó esta relación: en lugar de dinero, los carteles mexicanos recibieron droga directamente desde Colombia, fortaleciendo su dominio sobre los mercados internacionales. Hoy, estas alianzas garantizan la supervivencia del negocio, demostrando que el narcotráfico evoluciona, y se adapta a las dinámicas globales.

### **La demanda: el motor del negocio**

Sin embargo, hay dos aspectos fundamentales que explican por qué el narcotráfico sigue siendo un negocio imparable: la demanda y la ilegalidad. La primera, porque el consumo de drogas no se detiene, y mientras haya consumidores, habrá productores y comercializadores. La segunda, porque la ilegalidad mantiene los precios elevados, convierte el tráfico en un negocio altamente rentable y garantiza que los narcotraficantes operen en la sombra, fuera del control del Estado.



En este punto, ha surgido el debate sobre la legalización. Durante años, diversos sectores han señalado que regular el mercado de las drogas podría ser una alternativa para debilitar el negocio y reducir la violencia asociada al tráfico ilegal. Aun así, sigue siendo un tabú político con fuerte resistencia en Colombia e internacionalmente.

### **Del control territorial al financiero**

Las millonarias ganancias han permitido que los narcotraficantes compren lealtades, infiltren instituciones y blanqueen fortunas a través de complejas redes financieras. Durante estos años he seguido la evolución del narcotráfico en la economía del país. En los años 80 y 90, los estudios estimaban que el narcotráfico representaba el 2% del PIB colombiano. Actualmente, esta cifra podría haber aumentado hasta el 4,5%, evidenciando su persistente influencia en la economía nacional. Este dinero alimenta el crimen y además se inserta en sectores formales como la construcción, la ganadería y el comercio, distorsionando la economía y fomentando la corrupción.

En 2023, la Fiscalía General impuso medidas de extinción de dominio a cerca de 4.000 bienes vinculados al narcotráfico, valorados en aproximadamente 1,4 billones de pesos. Sin embargo, estos golpes parecen insuficientes frente a la sofisticación con la que operan los narcotraficantes. El lavado de activos se ha diversificado con el uso de criptomonedas, la sobrevaloración de bienes y el comercio internacional, lo que dificulta rastrear los flujos de dinero ilícito. El vínculo del narcotráfico con la minería ilegal del oro también dificulta rastrear sus recursos.

La comunidad internacional ha reforzado controles sobre fondos ilegales. EE.UU. y la UE vigilan transacciones





sospechosas, y la FATF endurece regulaciones contra el blanqueo de capitales. A pesar de estos esfuerzos, el narcotráfico ha encontrado nuevas vías para mover su dinero, demostrando que su poder se mide también en su capacidad de convertir el crimen en una estructura financiera global.

### **Un cambio en la lucha contra el narcotráfico**

Históricamente, la lucha contra el narcotráfico en Colombia se centró en erradicar cultivos ilícitos y destruir laboratorios en zonas rurales. Pero en los últimos años, la estrategia ha cambiado. Hoy, la prioridad es la interdicción: atacar las rutas de transporte e incautar cargamentos antes de que lleguen a su destino.

En 1990, las autoridades decomisaron cerca de 48 toneladas de cocaína. En 2024, la cifra superó las 883 toneladas, un récord histórico. Aun así, el narcotráfico sigue activo. Cambia de rutas, de métodos, y se adapta.

El aumento en las incautaciones refleja dos cosas: un crecimiento sostenido de la producción y una mejora en la capacidad operativa e inteligencia del Estado. Son logros, sí, pero no definitivos.

### **La cultura traqueta**

El narcotráfico ha dejado una estela de violencia y corrupción. También ha transformado la cultura y los valores de una sociedad que, directa o indirectamente, sigue normalizando la búsqueda del dinero fácil como un atajo al éxito.

El éxito ligado a fortunas rápidas y fáciles trascendió el crimen. Durante décadas, el narcotráfico fomentó una mentalidad donde la prosperidad inmediata parecía más accesible que la educación o el trabajo honesto. Esto cambió la percepción colectiva de lo que significa triunfar.



## **El conflicto sigue: el Catatumbo y la guerra que no termina**

**S**eguirle el rastro al Catatumbo es volver a los orígenes de la guerra. Cambian los actores, la violencia permanece. Disidencias de las FARC, el ELN y el Clan del Golfo se disputan el control del narcotráfico y otras economías ilegales, dejando a miles de personas en medio del fuego cruzado. Mientras los homicidios aumentan, las comunidades son obligadas a desplazarse o a confinarse. El Estado no logra consolidar su presencia. La política de paz total avanza lentamente, con diálogos frágiles y una violencia que no cede.

Observar esta realidad me impide ser optimista sobre un final cercano del conflicto armado, sobre todo porque es la misma realidad que se vive en el Pacífico.

Actualmente, la minería ilegal es una de las principales fuentes de financiamiento de los grupos armados en Colombia. En Antioquia y Chocó el control de minas de oro genera enfrentamientos entre disidencias de las FARC, el ELN y bandas criminales.

En Guaviare, la extracción de coltán, considerado el ‘oro negro’, también alimenta el conflicto. Estos recursos han provocado



desplazamientos masivos y severos daños ambientales. Además, en el Catatumbo, La Gabarra y Arauca la economía extractiva del petróleo también juega un papel clave en el conflicto.

## **¿Cómo pasó el conflicto del narcotráfico a la guerra armada?**

Mis primeros años en el periodismo estuvieron marcados por la violencia del narcotráfico. Las guerras entre los carteles de Medellín y Cali dominaban los titulares. Con la caída de los grandes capos, el escenario cambió. Los grupos armados que antes servían de soporte al narcotráfico comenzaron a convertirse en carteles por cuenta propia. La guerra se transformó en una disputa territorial entre actores armados que controlaban economías ilegales. Paralelamente, las tomas guerrilleras, los secuestros y las masacres se volvieron parte de la rutina informativa.

## **Periodismo en la línea de fuego**

Fueron muchas las tomas que registramos en Notipacífico, una quedó grabada en mi memoria: la incursión en Pance, Valle del Cauca. Nuestro equipo quedó atrapado en el fuego cruzado, y nuestro camarógrafo captó el instante en que una bala pasó a centímetros de un colega. Ahí entendí que cubrir la guerra en Colombia no era solo informar: era sobrevivir.

Entre 1995 y los diálogos del Caguán en 1999, el conflicto se volvió más intenso. Reportamos el secuestro masivo en la iglesia La María, el del kilómetro 18 y el secuestro de los diputados del Valle, cuyo asesinato en 2007 fue una de las noticias más desgarradoras que tuve que transmitir. En tomas guerrilleras emblemáticas como Miraflores y Mitú, la Policía sufrió grandes bajas, con cientos de uniformados secuestrados y asesinados por la insurgencia.



## **Informar era un riesgo: presiones de todos los bandos**

Durante los años más fuertes del conflicto, los periodistas éramos considerados enemigos por todas las partes. Un simple titular podía desatar una amenaza.

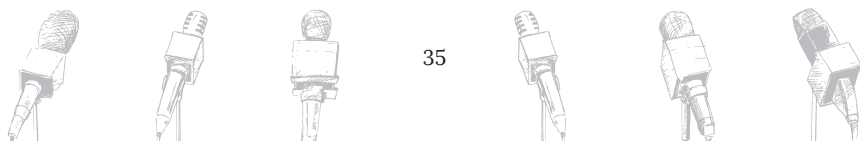
Durante los diálogos del Caguán, un grupo de artistas lanzó fuertes críticas a las FARC. En el noticiero titulamos: 'Los artistas le cantaron la tabla a Tirofijo'. Minutos después de la emisión, recibimos una llamada de la guerrilla para pedirnos 'más cuidado' con el lenguaje. No sonó a una simple sugerencia.

Las presiones también venían del Ejército. Durante la toma de Cerro Tokio, ocurrida el sábado 10 de marzo de 2001 en Dagua, Valle del Cauca, inicialmente se reportó la desaparición de 300 infantes de marina, lo que generó un ambiente de extrema tensión. Nuestro equipo llegó antes que las tropas. Los combates se extendieron durante todo el puente festivo, dejando un saldo de 14 militares y un civil muertos, además de 19 heridos. El martes siguiente, fuimos citados por el Ejército para dar 'explicaciones'. Nos acusaban de saber del hecho con anterioridad y tuvimos que justificar nuestra presencia en la zona. Fue una de las situaciones más tensas que he afrontado en mi carrera. La realidad era otra: los camiones militares se retrasaron tanqueando y nosotros habíamos salido temprano a cubrir la situación. En aquellos años, la paranoia era tal que todos éramos sospechosos. Después de estos hechos la relación con el Ejército no volvió a ser la misma.

Hoy las presiones a la prensa siguen. Lo más preocupante es que en ocasiones vienen de figuras importantes del ejecutivo y del legislativo.

## ***Del riesgo a la cautela***

Con el tiempo, aprendimos a manejar el riesgo. Dejamos de buscar la primicia si nos exponía. Aprendimos a cubrir la guerra



con distancia, priorizando a las víctimas y evitando ser parte del conflicto. Informar la verdad, sin ser actores dentro de la guerra, ha sido una de nuestras mayores responsabilidades

La desmovilización de los paramilitares y el Acuerdo de Paz con las FARC en 2016 dieron un respiro. Por primera vez en décadas, la violencia cedió en algunas regiones. Por unos pocos años pensé que el conflicto armado había acabado. La pandemia y el estallido social nos hicieron mirar hacia otro lado.

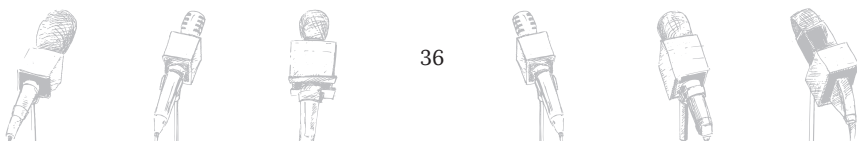
El panorama del conflicto ha cambiado drásticamente en los últimos años. Hoy, ya no es un enfrentamiento entre dos o tres bandos identificables. Es una lucha territorial entre múltiples actores: disidencias de las FARC, ELN, carteles del narcotráfico y más de 23 bandas criminales que operan sin freno.

### ***El conflicto en cifras***

Según el Informe Final de la Comisión de la Verdad, publicado en 2022, entre 1985 y 2018 el conflicto armado en Colombia dejó alrededor de 450.664 personas asesinadas. De ellas, el 80 % eran civiles. Si se considera el subregistro, las estimaciones podrían llegar hasta 800.000 víctimas.

Entre 1985 y 2016 se documentaron 121.768 casos de desaparición forzada, aunque los datos no oficiales sugieren que esta cifra podría ascender a 210.000. En el mismo periodo, se registraron 50.770 secuestros. Con los casos no reportados, la cifra podría superar los 80.000.

El desplazamiento forzado ha sido otra de las consecuencias más profundas del conflicto. Hasta 2019, se contabilizaban cerca de 7,7 millones de personas desplazadas internamente. A esto se suma el reclutamiento forzado de menores: entre 1990 y 2017 se documentaron 16.238 casos, aunque se estima que fueron muchos más, especialmente en zonas bajo dominio de



grupos armados. Las FARC, el ELN y los grupos paramilitares utilizaron niños y adolescentes como combatientes, informantes y escudos humanos. En departamentos como Antioquia, Meta, Guaviare, Caquetá y Cauca, esta práctica fue sistemática. También se han reportado casos de violencia sexual y control reproductivo forzado dentro de las filas guerrilleras.

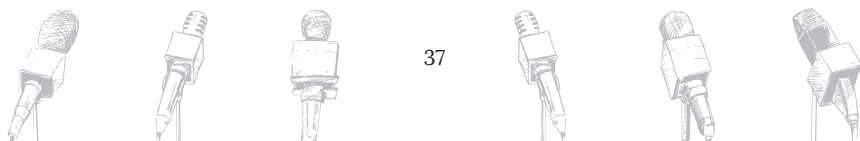
Aunque estas cifras se refieren a hechos ocurridos hasta 2018, la violencia no ha cesado. En enero de 2025, la región del Catatumbo vivió una de sus peores crisis humanitarias: enfrentamientos entre el ELN y disidencias de las FARC dejaron al menos 60 personas muertas y cerca de 60.000 desplazadas.

## **El conflicto lejos de desaparecer**

### **El conflicto hoy: más fragmentación, menos control estatal**

El conflicto armado en Colombia no solo persiste, sino que se ha fragmentado aún más en los últimos años. Según un informe de Human Rights Watch (enero de 2025), el ELN, las disidencias de las FARC y el Clan del Golfo han ampliado su control, operando ya en más de la mitad de los municipios del país. Algunos analistas estiman que las disidencias de las FARC pasaron de estar presentes en 56 municipios al final del gobierno Santos a 180 en la actualidad. El ELN también ha crecido: de 99 municipios en 2018 a 220 hoy. El Clan del Golfo sigue una expansión similar, con presencia en al menos 280 municipios.

La crisis humanitaria se ha agudizado. Según la Defensoría del Pueblo (febrero de 2025), solo en enero fueron confinadas 11.896 personas, desplazadas forzosamente 5.452 y asesinadas 27, en medio de disputas entre grupos armados. Las regiones más afectadas siguen siendo el Catatumbo, el Bajo Cauca, el Chocó y la Sierra Nevada, donde se concentran los choques por el control del narcotráfico y otras economías ilegales.



A este panorama se suman nuevas estructuras criminales con fuerte presencia regional, como Los Shotas, Los Espartanos y los Comuneros del Sur. La expansión del Estado Mayor Central y la Segunda Marquetalia ha intensificado las disputas en Putumayo y Nariño. El resultado es una criminalidad más dispersa, más violenta y con capacidad de cooptar economías locales. Según expertos, esta fragmentación podría extenderse al menos 18 meses más antes de empezar a ceder. En este contexto, el Estado necesita una estrategia renovada: fortalecer la inteligencia, recuperar el control territorial y reformar un sistema penitenciario que hoy no resocializa, sino que recicla violencia.

### **¿Cómo evitar que el conflicto defina el futuro del país?**

No podemos permitir que el dolor de la guerra se siga transmitiendo de generación en generación, perpetuando el sufrimiento y la desesperanza. Nuestra sociedad debe romper el ciclo de la violencia y apostar por la construcción de una paz real y duradera. El país no puede seguir en este ciclo infinito de violencia.

El control territorial no es un dilema entre fuerza o inversión. Es ambas cosas. El Estado debe combatir sin titubeos a los grupos armados. De igual manera garantizar oportunidades reales para que las comunidades no dependan de economías ilegales.



## El secuestro: una herida que no cierra

**E**<sup>l</sup> secuestro es una de las prácticas más crueles del conflicto armado. Hacerle seguimiento durante años, entrevistar a víctimas, ver las pruebas de vida y participar en las marchas, permite entender que esta tragedia no termina con la liberación: deja cicatrices invisibles que siempre duelen.

Durante los años 90 y 2000, su frecuencia era tan alta que cada fin de semana el noticiero tenía al menos una nota sobre un nuevo caso o una liberación. En ese período, más de 23.000 personas fueron secuestradas en Colombia.

El Gaula era nuestra fuente recurrente de información. Aprendí que revelar detalles sobre un secuestro podía poner en peligro la vida de los rehenes. Muchas familias nos pedían no hacer pública la noticia para facilitar la negociación con los captores. Otras, en cambio, usaban la visibilidad para presionar. No siempre era fácil decidir qué contar y qué callar.

Cubrí algunas de las marchas contra el secuestro. La Marcha Nacional contra el Secuestro y la Violencia en 1999, la de No Más Secuestros en 2008, tras la Operación Jaque, y la de No Más FARC ese mismo año.

### Los años más oscuros: el secuestro era una industria

El secuestro sigue siendo un método de financiación y presión política para los grupos armados.





El año 2000 marcó el pico más alto, con 3.572 personas secuestradas. Las FARC y el ELN capturaban civiles, militares y figuras políticas con el objetivo de extorsionar al Estado. En sus zonas de influencia, los paramilitares también usaban el secuestro como herramienta de guerra.

Los secuestros masivos fueron algunos de los episodios más impactantes que cubrí. El 30 de mayo de 1999, el ELN secuestró a 194 personas en la iglesia La María, en Cali, en el mayor secuestro masivo del país. La presión del Ejército logró la liberación de 86 rehenes y 15 pudieron escapar, 93 fueron trasladados a los Farallones de Cali. La ciudadanía respondió con una movilización liderada por monseñor Isaías Duarte Cancino. Tras seis meses y medio, todos fueron liberados, luego se confirmó que el ELN cobró dinero por cada entrega.

El secuestro en el kilómetro 18 (2000), donde más de 60 personas fueron capturadas en la vía Cali-Buenaventura, fue otro golpe brutal. Sin embargo, el caso que más me impactó fue el secuestro y asesinato de los diputados del Valle en 2007, un crimen que conmocionó al país.

Tras cada secuestro, exigir pruebas de supervivencia era una forma de presionar a los captores y de dar esperanza a las familias. El 55% de las víctimas fueron liberadas tras el pago de un rescate, lo que convirtió el secuestro en una economía criminal que operaba con reglas propias.

La Operación Jaque (2008) fue un golpe estratégico que desarticuló parte de esa maquinaria del secuestro. La liberación de Ingrid Betancourt, tres estadounidenses y 11 militares fue recibida con euforia en el país y expuso las debilidades de la guerrilla.



## **El secuestro terminaba en muerte**

El secuestro no siempre terminaba con una liberación. El 13% de las víctimas fueron asesinadas en cautiverio. *El asesinato de los diputados del Valle y del exgobernador de Antioquia, Guillermo Gaviria, fueron noticias devastadoras.*

Una imagen que no olvido es la de los soldados y policías secuestrados en campos de concentración en la selva. Siempre me negué a llamarlos “prisioneros de guerra”, como los presentaba la guerrilla. Eran rehenes, convertidos en fichas de negociación, sometidos a torturas físicas y psicológicas durante años.

Más de 1.200 miembros de la Fuerza Pública también fueron secuestrados por las FARC y el ELN. Muchos pasaron meses, incluso años encadenados, soportando enfermedades y tratos inhumanos. El caso de Jhon Frank Pinchao le puso rostro a esta tragedia. Secuestrado en 1998, pasó ocho años encadenado en la selva hasta que, en 2007, logró escapar y caminó 17 días hasta ser rescatado. Su fuga le reveló al país las condiciones inhumanas en las que la guerrilla mantenía a los rehenes.

## **¿Realmente hemos superado el secuestro?**

El secuestro en Colombia ha disminuido, no ha desaparecido. En los últimos 11 años, más de 3.000 personas han sido víctimas de esta práctica. El ELN, algunas disidencias de las FARC y bandas criminales siguen usándolo como una fuente de financiación. Durante los primeros dos años del Gobierno de Gustavo Petro, el secuestro aumentó en un 70%, según cifras del Ministerio de Defensa.

Hoy, todas las prácticas han mutado. En varias regiones del país, el confinamiento forzado se ha convertido en una nueva



forma de secuestro colectivo. Comunidades enteras viven atrapadas por grupos armados que les impiden salir de sus casas, trabajar la tierra o acceder a servicios básicos. Es un secuestro sin cadenas, con las mismas consecuencias: miedo, silencio y pérdida de libertad.

### **Un país que no puede olvidar**

“Vivos, libres y en paz”. Ese fue el lema de una de las campañas contra el secuestro que apoyé. Sigue siendo el sueño pendiente de muchas comunidades en el país.

El caso de Gustavo Moncayo, el “Caminante por la Paz”, simboliza la lucha de las familias contra el secuestro. En 2007, caminó 1.200 kilómetros en 46 días para exigir la liberación de su hijo, Pablo Emilio Moncayo, secuestrado por las FARC en 1997. Su marcha, que comenzó en soledad, terminó con miles de personas apoyándolo en su recorrido. Fue un llamado de resistencia ante la indiferencia del Estado y la crueldad de los captores.

La herida del secuestro aún no ha cerrado. Y mientras siga siendo una realidad para siquiera una persona en Colombia, no podemos permitirnos olvidarla. Me pregunto, ¿por qué ya no nos movilizamos ante tantas formas de violencia que aún persisten en nuestro país?



## ***Del Caguán a la Paz Total ¿Qué hemos aprendido?***

Cubrir el conflicto en Colombia implica seguir las políticas de seguridad de cada Gobierno: un ciclo repetido de intentos, fracasos y consecuencias no resueltas. Desde Gaviria hasta Petro, cada Presidente ha intentado resolver este dilema a su manera. ¿Qué hemos aprendido de sus estrategias? ¿Por qué ninguna ha logrado cerrar el capítulo de la violencia?

### ***César Gaviria (1990-1994)***

#### ***El fin de los carteles, el auge de la guerra***

Gaviria asumió la presidencia en medio del auge del narcotráfico y la violencia de los carteles de Medellín y Cali. Su estrategia priorizó la lucha contra el narcotráfico, logrando golpes importantes contra estos grupos. Sin embargo, en el proceso, la guerrilla y los paramilitares se fortalecieron en las zonas rurales.

#### **Consecuencias:**

- Mayor control estatal sobre el narcotráfico, sin erradicar el problema.
- Expansión territorial de FARC y el ELN.

Conclusión: Se golpeó a los carteles, pero el conflicto armado tomó mayor fuerza en las zonas rurales.



## **Ernesto Samper (1994-1998)**

### ***Crisis política, violencia sin freno***

El escándalo del Proceso 8.000, que reveló la financiación de su campaña por parte del narcotráfico, minó su legitimidad. Sin autoridad para actuar con fuerza, su gobierno coincidió con el fortalecimiento de guerrillas y paramilitares.

Consecuencias:

- Crisis institucional que debilitó la capacidad del Estado.
- Auge de secuestros, masacres y desplazamientos.

Conclusión: Un gobierno marcado por la desconfianza que facilitó el avance de los actores armados.

## **Andrés Pastrana (1998-2002)**

### ***Entre el Caguán y el Plan Colombia***

Pastrana apostó por el diálogo con las FARC. El experimento del Caguán terminó fracasando y dejó fortalecida a la guerrilla. Al tiempo, firmó el Plan Colombia con EE.UU., abriendo camino a la estrategia militar que vendría después.

Consecuencias:

- Zona de despeje mal utilizada por las FARC.
- Reanudación de los combates en 2002.
- Preparación del terreno para la Seguridad Democrática.

Conclusión: El intento de paz fracasó y empoderó a la guerrilla. El Plan Colombia dejó bases para una respuesta armada más robusta.



## **Álvaro Uribe (2002-2010)**

### ***La Seguridad Democrática y la ofensiva militar***

Uribe llegó con un mandato claro: derrotar a las FARC. Su política de Seguridad Democrática fortaleció a las Fuerzas Armadas, recuperó el control territorial y redujo varios indicadores de violencia.

#### *Consecuencias:*

- Reducción del secuestro: de 3.572 casos en 2000 a menos de 200 en 2010.
- Disminución de homicidios y ataques guerrilleros.
- Debilitamiento militar de las FARC.
- Costos en derechos humanos: falsos positivos, desplazamientos masivos, tensiones con prensa y justicia.

*Conclusión:* La estrategia debilitó a las guerrillas, pero dejó una huella profunda en derechos humanos.

## **Juan Manuel Santos (2010-2018):**

### **el Acuerdo sin control territorial**

Santos, exministro de Defensa de Uribe, cambió el enfoque militar por la negociación. Los diálogos de La Habana llevaron al Acuerdo de Paz de 2016, permitiendo la desmovilización de más de 13.000 guerrilleros.

#### *Consecuencias:*

- Fin del conflicto con las FARC y reducción de la violencia en varias regiones.
- Vacíos de poder aprovechados por disidencias y ELN.



- Polarización política en torno al proceso.

*Conclusión:* Se firmó la paz, pero el Estado no logró llenar los territorios que dejó la guerrilla.

## **Iván Duque (2018-2022)**

### **Sin estrategia clara, el conflicto revive**

Duque llegó al poder criticando el Acuerdo de Paz, pero sin una alternativa clara. Su gestión coincidió con el fortalecimiento de disidencias, el ELN y el avance del narcotráfico internacional.

*Consecuencias:*

- Repliegue del Estado y avance de actores armados.
- Llegada de carteles mexicanos y venezolanos.
- Protestas masivas por descontento social.

*Conclusión:* La falta de una estrategia coherente agravó el conflicto y debilitó la gobernabilidad.

## **Gustavo Petro (2022-2025)**

### **Diálogos sin control del territorio**

Petro impulsó la Paz Total buscando diálogo con todos los grupos armados. Aunque se han reducido enfrentamientos con el Ejército, los ilegales han aprovechado la tregua para fortalecerse.

*Consecuencias:*

- Grupos armados expandieron su control territorial.
- Aumento de extorsión, confinamiento y cultivos ilícitos.
- Enfrentamientos entre ilegales por control de rutas.



*Conclusión:* La Paz Total desescaló la confrontación directa, pero no el conflicto. Sin control territorial, el Estado sigue ausente donde más se necesita.

### **¿Colombia está condenada a la guerra?**

Después de más de tres décadas de políticas de seguridad, el país sigue atrapado en el mismo dilema: golpeamos a los grupos armados, pero no consolidamos el territorio. Firmamos acuerdos, pero no garantizamos su cumplimiento. Hoy, las disidencias, el ELN y los carteles controlan más regiones que hace una década. El miedo ha regresado. Mientras Colombia no encuentre el equilibrio entre seguridad y presencia estatal, seguiremos contando historias de guerra. Lejos estamos aún de escribir el epílogo.





## **Procesos de paz en Colombia**

### **Entre ilusión y traición**

**N**arrar la historia del conflicto en Colombia es también narrar sus intentos de paz. Cada diálogo representa una promesa que, más de una vez, termina en frustración. Colombia firma acuerdos, desmoviliza guerrillas y apuesta por la paz una y otra vez. Sin embargo, la guerra no desaparece. Los grupos armados aprovechan las treguas para fortalecerse, y la falta de control estatal permite que nuevos actores ocupen los territorios dejados por las insurgencias desmovilizadas.

¿Qué nos ha dejado esta historia de diálogos y fracasos?

### **El acuerdo con el M-19**

#### **Las primeras negociaciones (1990-1994)**

Inicié mi práctica en Chivadeportes. En ese entonces, Colombia vivía la transición tras el acuerdo de paz con el M-19. Este proceso, firmado en 1990, fue una de las primeras experiencias exitosas de desmovilización en el país.

Poco después, el Gobierno de César Gaviria impulsó la negociación con el EPL y el PRT, logrando su desmovilización. Sin embargo, estos acuerdos no trajeron la paz definitiva. Mientras algunos sectores se reincorporaban a la vida civil, las FARC y el ELN continuaban su lucha armada, considerando



la negociación una traición a la causa insurgente. El país entendió pronto que la paz parcial no bastaba.

## **El proceso del Caguán (1999-2002)**

### **Ilusión y fracaso**

Desde el inicio, el proceso del Caguán mostró señales de debilidad. La imagen del presidente Pastrana esperando a Marulanda en la mesa de negociación, mientras este nunca apareció, fue un símbolo anticipado del fracaso. El Gobierno concedió 42.000 km<sup>2</sup> de zona de despeje a las FARC, quienes lo usaron para entrenar combatientes, traficar armas y expandir su presencia. Mientras se hablaba de paz, continuaban los secuestros, el reclutamiento de menores y los ataques.

El punto de quiebre llegó cuando las FARC exigieron despejar Florida y Pradera. La sociedad rechazó la idea de entregar más municipios estratégicos. El secuestro del senador Eduardo Gechem en febrero de 2002 marcó el final del proceso. Ese mismo día, Pastrana ordenó retomar militarmente la zona. Para muchos, ese fracaso fue el inicio del declive militar de las FARC.

## **La desmovilización de las AUC (2003-2006)**

### **Un silencio incómodo**

El proceso con los paramilitares, liderado desde Santa Fe de Ralito durante el gobierno de Álvaro Uribe, no contó con el respaldo ciudadano. Las AUC, vistas como estructuras criminales sin ideología, se desmovilizaron a cambio de beneficios jurídicos. Sin embargo, la reincidencia fue alta y la extradición de sus jefes cerró la posibilidad de conocer sus vínculos con el Estado. El paramilitarismo no desapareció: mutó en nuevas formas de violencia.



## **El Acuerdo de Paz con las FARC (2012-2016)**

### **Entre la esperanza y la desconfianza**

En 2012, el presidente Santos anunció los diálogos con las FARC en La Habana. Mientras muchos celebraron la posibilidad de terminar el conflicto, otros criticaron las concesiones. Durante las negociaciones, los atentados y las extorsiones no cesaron, lo que alimentó el escepticismo.

El plebiscito de 2016 reflejó esa división: ganó el No por un estrecho margen. Aun así, el Gobierno firmó el acuerdo con cambios mínimos, lo que profundizó la polarización. Aunque más de 13.000 guerrilleros se desmovilizaron, el Estado no logró llenar el vacío que dejaron. Las disidencias, el ELN y grupos criminales ocuparon esos espacios. En 2019, se estimaba que el 15 % de los excombatientes había retomado las armas.

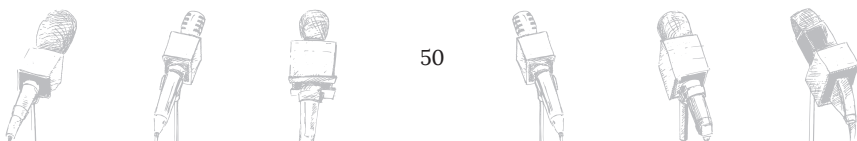
## **Paz Total (2023-2025)**

### **Una apuesta sin resultados claros**

Gustavo Petro llegó al poder con la promesa de lograr la paz completa en tres meses. Propuso negociar con todos los actores armados, pero más de dos años después los resultados son ambiguos. El cese al fuego fue aprovechado por ilegales para expandirse sin presión militar.

Mientras el Gobierno insiste en el diálogo, el ELN continúa atacando y extorsionando. Las disidencias fortalecen su presencia, y el Clan del Golfo domina territorios claves. En regiones como Catatumbo, Arauca, Cauca y Nariño la población se siente más indefensa que nunca. La estrategia redujo la presencia militar sin ofrecer una alternativa de protección. La violencia no ha desaparecido: ha mutado.

Según INDEPAZ, entre agosto de 2022 y diciembre de 2024 fueron asesinados 188 líderes sociales y defensores de



derechos humanos. En 2023 se registraron 94 masacres con 320 víctimas. Estos datos muestran que la violencia sigue golpeando al país, a pesar de los esfuerzos por alcanzar la paz.

### **Colombia: ¿la paz imposible?**

Colombia parece atrapada en un ciclo: firmamos acuerdos, pero no erradicamos la guerra. Cada desmovilización abre la puerta a una nueva estructura armada. Las economías ilegales siguen siendo el motor del conflicto. La corrupción y el clientelismo socavan la implementación de los acuerdos. La paz no es un acto ceremonial ni una firma en un teatro. Es presencia del Estado, justicia, garantías y compromiso real con los territorios.

Colombia no está condenada a la guerra, pero mientras el Estado esté ausente, la violencia seguirá encontrando cómo regresar.



## El conflicto: la mirada de las víctimas

**H**ablar del conflicto sin las víctimas es contar una historia incompleta. Ellas cargan con el dolor más profundo del país. Entre 1985 y 2018, más de 450.000 personas perdieron la vida, el 80% de ellas civiles. A esto se suman 124.000 desaparecidos, 50.000 secuestrados y más de 8,5 millones de desplazados. Detrás de estas cifras hay rostros, historias de dolor y resistencia.

### *¿Cómo viven las víctimas el conflicto?*

Recuerdo la primera vez que entré a una zona de conflicto. Fue a finales de los años 90, en esos años las tomas guerrilleras eran noticia frecuente. Llegué al municipio de Caloto, en el Cauca, al día siguiente de un enfrentamiento entre el Ejército y las FARC. En medio de las casas destruidas, encontré a una mujer sentada sobre los escombros de su hogar. Me miró y dijo: “Los unos vienen y nos matan, los otros regresan y nos acusan de ayudarlos. ¿A quién le reclamamos?”. Esa frase resume la tragedia de los colombianos atrapados en una guerra que no eligieron.

### *Desplazamiento forzado*

#### *La cicatriz de una guerra que no termina*

El desplazamiento forzado es una de las consecuencias más profundas de esta guerra. Según la Unidad para las Víctimas, Colombia registra 8,5 millones de desplazados, de los cuales 5



*millones siguen en esa condición.* En 2023, se reportaron 154 desplazamientos masivos, afectando a 54.665 personas. En enero de 2025, más de 50.000 personas fueron desplazadas en el Catatumbo en lo que se considera el desplazamiento masivo más grande en la historia del conflicto armado. Una vez visité un albergue improvisado en Buenaventura. “Me fui sin volver la vista atrás”, me dijo una de las víctimas. “Si miraba, me iba a quedar y me mataban”.

### **Los desaparecidos: una ausencia permanente**

Según la Unidad de Búsqueda de Personas Dadas por Desaparecidas (UBPD), hasta diciembre de 2024 se registran 124.734 personas desaparecidas. Cada número es un padre, una madre, un hijo que nunca tuvo respuestas.

En el Noticiero del Pacífico y el Diario Occidente contamos muchas historias con familiares de los desaparecidos. Recuerdo a un padre que buscaba a su hijo desde hacía ocho años. Su última pista indicaba que su cuerpo fue lanzado al río Cauca tras la masacre de Trujillo. Era un hombre fuerte, pero lloró al contar su historia. “No descansaré hasta saber la verdad”, nos dijo. Igualmente, conocimos a madres, esposas e hijos que dedicaron su vida a la búsqueda de un ser querido que un día salió de casa y nunca regresó.

### **Secuestro: una cicatriz imborrable en Colombia**

Cubrir los secuestros masivos fue parte de nuestra labor diaria. Recibimos pruebas de supervivencia de los secuestrados de La María. En la sala de visionado, las familias se reunían ante un monitor con la esperanza de ver a sus seres queridos con vida. “Sigue vivo”, susurraban entre lágrimas. El alivio inicial se desvanecía ante la incertidumbre.

Las historias de quienes fueron liberados revelan el trauma del encierro. Muchos nunca volvieron a ser los mismos. El secuestro no termina con la libertad: deja huellas que no se



borran.

### **Falsos positivos: la guerra disfrazada de victoria**

Todas las víctimas me duelen. Sin embargo, las de los falsos positivos tienen para mí un significado especial. Los falsos positivos fueron ejecuciones extrajudiciales cometidas por miembros del Ejército, principalmente entre 2002 y 2008. Soldados asesinaron a miles de civiles inocentes, presentándolos como guerrilleros muertos en combate para inflar resultados en la lucha contra los grupos armados.

En el Noticiero del Pacífico fuimos testigos de un caso que, en su momento, no supimos nombrar. Un supuesto combate en Pance dejó señales que no cuadraban: casquillos en un solo lado, botas al revés, camisas limpias. Las familias contaron otra historia: sus seres queridos no eran guerrilleros, eran campesinos. Años después, entendimos que aquel día presenciábamos un crimen de Estado.

Según la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), al menos 6.402 personas fueron víctimas de este crimen de Estado. Muchas eran jóvenes desempleados o campesinos engañados con falsas ofertas de trabajo y luego asesinados. Los responsables alteraban la escena del crimen para hacerlos pasar por combatientes caídos.

Estos crímenes ocurrieron en el marco de la política de seguridad democrática del Gobierno de Álvaro Uribe, que premiaba con ascensos y bonificaciones a los militares con más bajas en combate. Aunque varios altos mandos del Ejército han sido investigados, pocos han sido condenados.

### **Los confinados, víctimas invisibles**

El confinamiento forzado es una forma reciente y poco visible de violencia. Ocurre cuando grupos armados impiden la movilidad de comunidades enteras. En Chocó y el Catatumbo,



hay poblaciones que no pueden salir de sus casas sin arriesgar la vida. No pueden trabajar, estudiar ni acceder a salud.

La Defensoría del Pueblo ha alertado sobre el aumento de estos casos. Sin embargo, la respuesta del Estado ha sido limitada. El confinamiento es un crimen de guerra y una violación grave a los derechos humanos. Sin embargo, su reconocimiento legal en Colombia es ambiguo. La Ley de Víctimas contempla a los afectados pero, a diferencia de los desplazados, los confinados no tienen la misma visibilidad ni acceso a ayudas humanitarias. Son víctimas atrapadas en la sombra.

El país debe dejar de normalizar esta forma de violencia. No podemos permitir que miles de personas queden encerradas por el miedo y la indiferencia. Recuperar el control territorial es la única manera de acabar con el confinamiento, una práctica que, apelando a la narrativa del Gobierno Petro, afecta a la “Colombia Profunda”

### **Justicia restaurativa: una paz incompleta**

Colombia ha intentado enfrentar el conflicto armado con procesos de justicia restaurativa. Primero con los paramilitares y luego con las FARC. Ambos casos muestran aciertos, errores y desafíos pendientes.

El proceso con los paramilitares, basado en la Ley de Justicia y Paz de 2005, buscó su desmovilización con penas reducidas a cambio de confesión. Sin embargo, la verdad quedó incompleta y la impunidad prevaleció en muchos casos. La reparación a las víctimas también fue insuficiente.

El Acuerdo de Paz con las FARC en 2016 incluyó la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), que ofreció penas alternativas si los responsables reconocían sus crímenes. Para muchas víctimas significó un respiro, la posibilidad de empezar de nuevo. Para otras, fue una traición. “¿Y nuestra justicia?”, me preguntó





un hombre que perdió a su familia en una masacre. “¿Cómo es posible que los asesinos estén en el Congreso y yo siga buscando las tumbas de mis hijos?”

Este modelo dio más protagonismo a las víctimas y generó una estructura más sólida para la verdad y la reparación. Sin embargo, la implementación ha sido lenta y las sanciones han sido percibidas débiles, alimentando críticas sobre impunidad.

Ambos procesos han tenido un problema común: la reincidencia. Tanto en el caso de los paramilitares y en el de las FARC, muchos desmovilizados volvieron a la violencia, creando nuevas estructuras armadas.

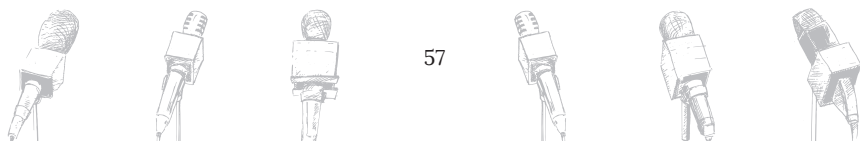


## Democracia: avances, retrocesos y desafíos

Desde que comencé mi carrera periodística en 1990, he cubierto de cerca los procesos electorales en Colombia. La democracia es para mí un tema de primer orden en la agenda de la sala de redacción. La primera elección que reporté fue la de los delegatarios a la Asamblea Nacional Constituyente, un momento histórico que marcó el inicio de la renovación institucional con la Constitución de 1991. Desde entonces, cada ciclo electoral es una oportunidad para evaluar el estado de nuestra democracia: sus avances, sus retos y sus contradicciones.

Los años electorales son emocionantes para mí. Entrevistar candidatos, organizar debates, promover campañas de participación, analizar encuestas y hacer pronósticos de resultados se convierten en el pan de cada día. Nada se compara con la adrenalina del día de elecciones.

Todavía recuerdo el cubrimiento de las elecciones regionales de 1991, ese año los colombianos eligieron por primera vez a sus gobernadores por voto popular. En Telepacífico, nuestra transmisión comenzó a las 8 a. m. y terminó a las 11 de la noche. No finalizamos hasta no conocer los ganadores de los cuatro departamentos del suroccidente y sus capitales. Desde entonces, han sido incontables las jornadas electorales que he cubierto, todas con el mismo vértigo, con la misma expectativa.



Sin embargo, la democracia no es para mí solo una jornada electoral. Es un ejercicio que trasciende el acto de votar y se convierte en la gran conversación sobre el país que queremos construir. He vivido en democracia y quiero morir bajo el mismo sistema.

### **La abstención, un problema persistente**

La cifra más alta se registró en 1994, el 65.28% del electorado no votó en las elecciones que dieron la victoria a Ernesto Samper. En contraste, la abstención más baja ocurrió en la segunda vuelta de 2022, con un 41.83% de no votantes en la contienda entre Gustavo Petro y Rodolfo Hernández. Estas cifras muestran que si la elección se percibe reñida, la participación aumenta, mientras que en escenarios de apatía o desconfianza, el abstencionismo se dispara.

Las causas de este fenómeno son diversas. La desconfianza en las instituciones es uno de los factores más relevantes. Los ciudadanos creen que su voto no tiene impacto real en las decisiones del país. La violencia también ha jugado un papel crucial, ya que en varias regiones los grupos armados han ejercido coerción sobre los votantes. A esto se suma el clientelismo, que distorsiona el proceso electoral y alimenta la percepción de que los resultados están predeterminados. El imaginario de “la maquinaria” fomenta la abstención pero la realidad es que si todos los colombianos habilitados para votar lo hicieran no funcionaría este mecanismo.

Finalmente, la falta de educación cívica limita el sentido de responsabilidad ciudadana, reduciendo el interés por participar en los comicios.



Para reducir la abstención, es fundamental fortalecer la cultura democrática, generar incentivos para la participación electoral y reforzar la transparencia en el proceso electoral.

Sin una ciudadanía activa, la democracia sigue siendo un ejercicio limitado, donde las decisiones quedan en manos de una minoría comprometida con el voto, mientras la mayoría se mantiene al margen.

### **Segunda vuelta: ¿fortalece la legitimidad?**

Implementada para asegurar que el ganador obtenga más del 50% de los votos, la segunda vuelta ha tenido impactos variables en la participación. En 1998, la elección entre Andrés Pastrana y Horacio Serpa elevó la participación al 56,52%. En 2014, la segunda vuelta entre Juan Manuel Santos y Óscar Iván Zuluaga subió del 40,65% al 47,89%, mostrando que la reducción de opciones moviliza votantes.

Sin embargo, en 2010, la segunda vuelta entre Santos y Antanas Mockus tuvo menor participación (44,74%) que la primera (49,29%), reflejando la percepción de un resultado definido. En 2022, el duelo Petro-Hernández registró la mayor participación desde 1998 (58,17%), reflejando la polarización y el deseo de cambio. Aun así, el 41,83% del electorado no votó.

### **Dineros ilícitos: el talón de Aquiles electoral**

La corrupción es una constante en la financiación de campañas. El Proceso 8.000 en los años 90 demostró que la campaña de Ernesto Samper recibió dinero del Cartel de Cali, debilitando su legitimidad. En 2004, la Yidis-política reveló la compra de votos en el Congreso para aprobar la reelección



de Álvaro Uribe. En 2014, el escándalo de Odebrecht destapó pagos de sobornos en campañas presidenciales. Ahora, la financiación de la campaña de Gustavo Petro en 2022 está bajo investigación por presuntas irregularidades.

Sin controles efectivos y sanciones ejemplares, la democracia seguirá secuestrada por el poder del dinero, afectando la legitimidad de las elecciones y la confianza en el sistema político.

### **Contratistas y política: un círculo de corrupción**

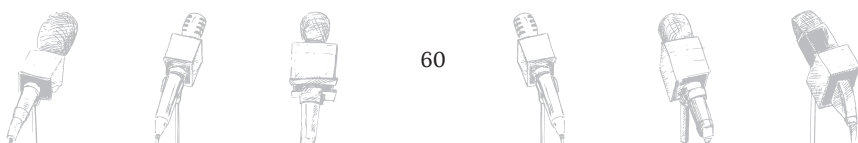
Uno de los mayores riesgos en la financiación de campañas es el papel de los contratistas estatales. Empresas y empresarios que aportan dinero terminan asegurando contratos públicos. Esto genera corrupción: los contratos no se adjudican por méritos, sino por favores políticos, fomentando sobre costos y mala ejecución de obras.

El resultado es una democracia debilitada, donde los gobiernos responden a los que los financiaron, no a los que los eligieron. Sin un control estricto sobre la financiación de campañas y contratos públicos, la política seguirá siendo un negocio para unos pocos, alejando aún más a la ciudadanía.

### **El constreñimiento, un mal silencioso**

En Colombia, la violencia y la coerción han sido herramientas clave para distorsionar la voluntad popular. Durante décadas, grupos armados, narcotraficantes y redes clientelistas han intervenido en las elecciones, utilizando el miedo y la presión como mecanismos de control político. Este fenómeno no solo ha condicionado los resultados, sino que también ha debilitado la legitimidad de los gobiernos y la confianza en el sistema democrático.

Durante los años 90, la manipulación electoral se ejercía de forma directa. Las FARC y el ELN imponían candidatos



en regiones bajo su control, mientras los paramilitares aseguraban la elección de sus aliados mediante amenazas y asesinatos. Con el tiempo, el narcotráfico también entró en juego, financiando campañas y buscando protección para sus operaciones. Las denuncias sobre la financiación con dineros del narcotráfico a las campañas le costaron la vida a Monseñor Isaías Duarte Cancino. El 16 de marzo de 2002 fue asesinado en Cali tras officiar una ceremonia religiosa. Su muerte fue un mensaje contra quienes se atrevían a confrontar el poder detrás del poder.

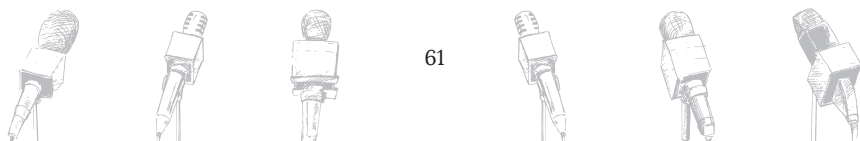
Aunque el Acuerdo de Paz con las FARC en 2016 redujo la violencia política en algunas zonas, la amenaza persiste. En Arauca, Cauca y Guaviare, la abstención sigue reflejando el temor de las comunidades. Pero también hay casos opuestos: una participación inusualmente alta que, lejos de reflejar civismo, evidencia presiones.

En la elección presidencial de Gustavo Petro, me sorprendió que algunos municipios del Pacífico registraran participaciones superiores al 90 %, con votaciones casi unánimes a su favor. Testimonios de habitantes locales contaban cómo grupos armados “acompañaban” y movilizaban a los votantes.

La democracia no puede consolidarse mientras elegir siga siendo un acto condicionado por el miedo, el silencio o la coacción. El reto es garantizar elecciones seguras, fortalecer la vigilancia electoral y empoderar a la ciudadanía para que el voto sea una verdadera expresión de voluntad popular.

## **Equilibrio democrático**

Elegir gobernantes no es suficiente para garantizar una democracia madura. También importa cómo se ejerce el poder. En Colombia, el equilibrio entre el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial se ha desdibujado. La separación de poderes es una base fundamental de la democracia. A pesar de eso, en nuestro país,



las negociaciones entre el Gobierno y las corporaciones han convertido al Legislativo en una simple extensión del Ejecutivo.

La “mermelada”, como se conoce a la repartición de favores a cambio de apoyo político, es una práctica normalizada. Los organismos de control, que deberían vigilar a los gobernantes, rara vez cumplen su labor. Su independencia es cuestionable porque en su elección intervienen los mismos que deben ser controlados.

El poder Judicial es quizá el que ha conservado más independencia. Sin embargo, no está exento de presiones y decisiones controvertidas. La justicia, en muchos casos, parece responder más a intereses políticos que a la ley.

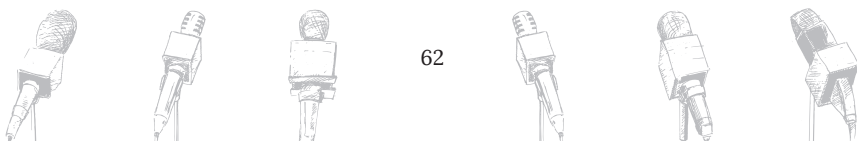
La prensa, que durante años se consideró el “cuarto poder”, también enfrenta serias amenazas. El periodismo libre ha sido acorralado por el poder, sometido a presiones económicas y campañas de desprestigio. Hoy, las personas que denuncian los abusos del Gobierno son tildadas de enemigas.

Sin un verdadero equilibrio de poderes, la democracia se debilita. No basta con votar. Es necesario exigir gobiernos transparentes, instituciones fuertes y prensa libre. De lo contrario, la democracia seguirá siendo una formalidad, un ritual electoral vacío de contenido real.

### **La violencia política y la democracia asesinada**

Dejé de última la mayor amenaza contra nuestra democracia. La violencia política. Colombia ha sido testigo de una historia política manchada de sangre. No es solo un país de debates acalorados o campañas intensas es también un país donde los candidatos mueren por sus ideas.

Jaime Pardo Leal (1987), Luis Carlos Galán (1989), Bernardo Jaramillo Ossa (1990), Carlos Pizarro Leongómez (1990) y



Álvaro Gómez Hurtado (1995) fueron víctimas de un sistema que no tolera la oposición. Pardo Leal y Jaramillo Ossa representaban a la Unión Patriótica, un partido exterminado en un genocidio político. Galán se atrevió a desafiar el narcotráfico y la corrupción del Estado. Pizarro creyó en la paz, pero fue traicionado por sectores que no querían su reconciliación. Gómez Hurtado, un ícono del conservatismo, cayó en un crimen aún envuelto en sombras.

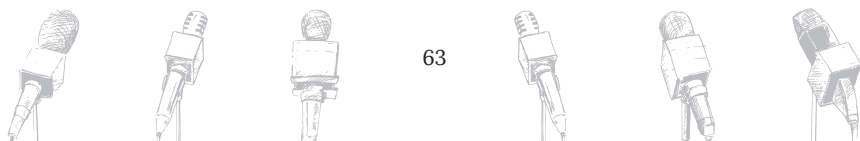
La violencia no se limita a los líderes nacionales. En cada elección, candidatos locales son asesinados, secuestrados o amenazados. En 2019, 91 personas vinculadas al proceso electoral fueron asesinadas en 10 meses. En 2024, Tuluá vivió una ola de violencia con el asesinato de varios concejales. Estos hechos no son aislados. Responden a un patrón histórico donde la política es un campo de batalla mortal.

La democracia no muere por falta de votos, sino por las balas que la callan. Si queremos preservarla, no basta con indignarnos. Hay que garantizar que las personas con vocación de liderazgo puedan ejercerla sin convertirse en mártires.

### **Democracia colombiana: ¿fuerte o débil?**

La democracia en Colombia enfrenta un desafío grave. No por el ascenso de un candidato autoritario ni por una crisis institucional inmediata, sino por la desconfianza y la apatía ciudadana. La encuesta de SABEMOS #005 del Instituto de Ciencia Política y YanHaas, realizada en marzo de 2025, revela datos inquietantes sobre la percepción democrática en el país.

El 72% de los encuestados considera que es “muy importante” que Colombia siga siendo una democracia. Sin embargo, la realidad es que muchos creen que el sistema está en riesgo. Un 64% opina que hay poca democracia, y un 34% cree que esta está en peligro. ¿Las razones? El abuso de poder de





los políticos (34%), el Presidente Gustavo Petro (26%) y la inseguridad generada por los grupos criminales (16%).

Aun así, hay esperanza. Un 83% de los encuestados está dispuesto a defender la democracia, y un 89% lucharía contra una dictadura en el país. Esto demuestra que, aunque muchos colombianos ven fallas en el sistema, no están dispuestos a renunciar a él. La pregunta es si ese compromiso se traducirá en acción política y electoral o si la mayoría elegirá la indiferencia.

La democracia no se pierde en un golpe de Estado, ni blando ni duro. Se erosiona con la apatía, la desconfianza y la resignación. Colombia debe decidir si fortalece su democracia con participación o la deja desmoronarse en el silencio.

¿Estoy exagerando? ¿Qué significan estas cifras? Colombia tiene una democracia funcional, aunque enfrenta problemas graves que afectan su calidad. La corrupción, el financiamiento ilícito y la violencia siguen debilitando la confianza ciudadana en las instituciones. Aunque no hay un riesgo inmediato de colapso, sin reformas estructurales que mejoren la transparencia, la seguridad electoral y la independencia de poderes, el deterioro continuará.



## La corrupción, un mal que nos persigue

**R**ecuerdo el primer escándalo de corrupción que cubrí: el caso Dragacol, en 1992, durante el Gobierno de César Gaviria. Creí que sería una excepción. Con el tiempo entendí que lo único que iría cambiando serían los nombres. La corrupción se volvió parte habitual de los titulares

He seguido siete administraciones presidenciales. En cada una, la corrupción mutó de forma, no de fondo. Samper y el Proceso 8.000 mostraron cómo el narcotráfico infiltraba la política. En el de Pastrana, en Chambacú, se desviaron fondos para vivienda social. El Gobierno de Uribe estuvo marcado por la parapolítica y por Agro Ingreso Seguro en el que hubo fraude en subsidios para el campo. Odebrecht hizo de las suyas durante el Gobierno de Santos entregando sobornos en contratos de infraestructura. Santos además legalizó la “mermelada” a Congresistas para aprobar reformas. En el Gobierno de Duque, por cuenta de Centros Poblados, se robaron \$70.000 millones que estaban destinados a llevar internet a las escuelas más alejadas del país. El Gobierno del Cambio, el de Gustavo Petro, tampoco ha estado alejado de los escándalos de corrupción. En sus dos primeros años hemos sido testigos del Caso Nicolás Petro por el presunto ingreso de dinero ilegal a la campaña y del de los carros tanques de la Guajira. No me resultó difícil recordar los casos emblemáticos, las joyas de la corona de la corrupción.



Estos pocos ejemplos demuestran que ningún partido, ni de izquierda ni de derecha, ha escapado. La ideología se disuelve ante el dinero fácil.

### **Los números que duelen: estancados en el fango**

Estos ejemplos son los más mediáticos, los que todos recordamos. Son la base del iceberg. He revisado por años el Índice de Percepción de la Corrupción y siempre hemos estado en niveles cercanos a los 40 puntos de un óptimo de 100. Estamos lejos de Chile (66), el mejor de Latinoamérica. Dinamarca, líder con 90, también nos recuerda que otro camino es posible.

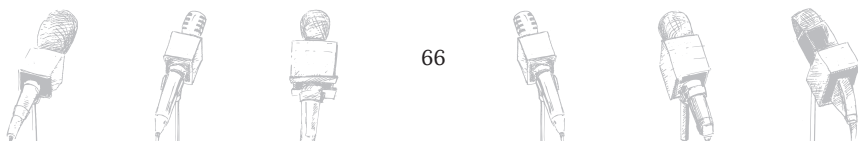
### **La corrupción en el PAE: un pecado mortal**

De todos los casos de corrupción que he presenciado, hay unos que me duelen más que ningún otro: los del Programa de Alimentación Escolar (PAE). Robarles la comida a los niños pobres es un acto de bajeza que no tiene nombre. El PAE, que debería ser un símbolo de solidaridad, se ha convertido en un negocio turbio para unos pocos. Contratos inflados, alimentos en mal estado, empresas fachada, sobrecostos. La lista de irregularidades es interminable y la impunidad es la norma.

Casos en diferentes regiones y gobiernos demuestran que la corrupción no tiene límites. Desde la adjudicación de contratos a dedo hasta la entrega de alimentos podridos, todo vale para los corruptos. Y mientras ellos se enriquecen, los niños sufren las consecuencias. La corrupción en el PAE refleja que nuestro sistema tiene fallas estructurales que no hemos resuelto y que son la gasolina de los corruptos.

### **¿Demasiada democracia favorece la corrupción?**

Desde 1986, alcaldes y gobernadores se eligen por votación. La idea era acercar el poder al ciudadano, para mí terminó

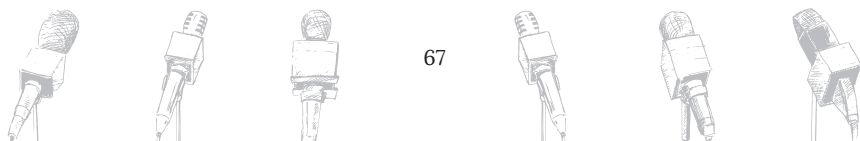


descentralizando la corrupción. Esta tesis puede generar controversia, pero las cifras lo confirman: el 80% de los casos ocurren en entidades locales.

### **Financiamiento de campañas y corrupción**

En Colombia, la financiación de campañas políticas ha sido históricamente un terreno fértil para la corrupción. Las sumas exorbitantes que se manejan en las contiendas electorales abren la puerta a la entrada de dinero ilícito, bien sea proveniente del narcotráfico, de contratistas inescrupulosos o de empresas que buscan favores políticos a cambio de su apoyo económico. Esta situación genera un círculo vicioso en el que los políticos, una vez elegidos, se ven comprometidos a devolver los favores recibidos. Lo anterior se traduce en contratos amañados, prebendas y decisiones gubernamentales que benefician a los financiadores perjudicando el interés público. Todos sabemos que los topes de las campañas no se cumplen y que una campaña por una alcaldía grande puede costar unos 8.000 millones de pesos. Los recursos los deben conseguir los candidatos a través de aportes. Entonces, le quedan debiendo un favor a cada santo, favores que muchos pagan con contratos, contratos que además de cumplir el objeto del mismo deben generar cuantiosas ganancias para el adjudicatario. Eso se traduce en mala calidad, sobrecostos e incluso en elefantes blancos.

Democracia y corrupción: ¿cómo validar la tesis de que nuestro sistema democrático fomenta la corrupción? ¿Qué sistemas de Gobierno tienen los países menos corruptos y los más corruptos? Usando IA, clasifique los países según su sistema de gobierno (democracia plena, democracia defectuosa, régimen autoritario o monarquía constitucional) y calcule el promedio del índice para cada categoría. Esto permitió comparar los niveles de corrupción en diferentes sistemas y extraer conclusiones preliminares sobre su posible influencia.



El análisis de los datos me reveló una posible relación entre el tipo de sistema de gobierno y los niveles de corrupción. Las democracias plenas, caracterizadas por instituciones sólidas, separación de poderes y mecanismos de control, tienden a mostrar un mejor desempeño en el Índice de Percepción de la Corrupción, con un promedio de 77.5. En contraste, las democracias defectuosas, que pueden presentar debilidades en sus instituciones o falta de transparencia, obtienen un promedio de 55.2. Los regímenes autoritarios, donde la concentración de poder y la falta de libertades son la norma, muestran el peor desempeño, con un promedio de 29.3. Venezuela tiene 13 puntos y es el país más corrupto, ubicándose en el último lugar de la lista.

Es importante destacar que las monarquías constitucionales también muestran un buen desempeño en el índice. Esto puede deberse a que suelen contar con instituciones democráticas sólidas y mecanismos de control similares a los de las democracias plenas.

El análisis del Índice de Percepción de la Corrupción revela que los países con democracias plenas y monarquías constitucionales tienden a tener menor corrupción que aquellos con democracias defectuosas o regímenes autoritarios. Una democracia plena es aquella que cuenta con todos estos factores: solidez de las instituciones democráticas, la separación de poderes, mecanismos de control fuertes y participación ciudadana activa. Estos son los elementos que pueden contribuir a un mejor desempeño en la lucha contra la corrupción. Y Colombia, ¿cuenta con ellos? Sin duda, nuestra democracia dista de ser perfecta. La pregunta es, ¿estamos avanzando hacia ella o hacia una más imperfecta? Entre más imperfecta, más corrupción, pues los que desean aferrarse al poder aplicarán tácticas más corruptas.



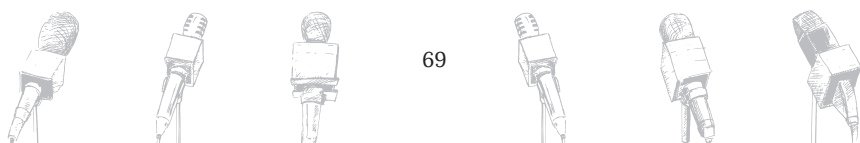
## **Elefantes blancos: monumentos al fracaso**

En el Valle del Cauca, el Hospital de Buenaventura es ejemplo de corrupción sistemática. Los escándalos lo han acompañado durante toda su historia. Desde irregularidades y sobrecostos en su construcción, hasta desfalcos mediante facturas irregulares. Es imposible saber cuánto se ha perdido por cuenta de la corrupción en esta entidad que ahora atraviesa una nueva crisis económica. En Cali, la Planta de Tratamiento de Aguas Residuales también es un ejemplo emblemático que ha ocupado infinidad de páginas e investigaciones. Algunos expertos estiman que acumuló sobrecostos que superaron los 200.000 millones. Estas obras no son simples errores: son la prueba de que robar sin consecuencias es una tradición.

Algunos estudios indican que por cuenta de la corrupción se pierden cerca de 50 billones de pesos al año, equivalente al 5% del PIB. Cifra similar al presupuesto total de sectores como la educación. En un informe de la Contraloría del 2023 se señaló que el 30% de los contratos auditados presentaban hallazgos fiscales. La entidad detectó que infraestructura y salud eran los sectores con mayores pérdidas, pero el problema es transversal a todo el gasto público.

## **Impunidad: el oxígeno de los corruptos**

He documentado decenas de escándalos. Lo frustrante es ver cómo el 90% de los casos nunca llega a una condena. Los procesos se alargan, los testigos callan, y los poderosos negocian su libertad. La justicia, lenta y fragmentada, parece diseñada para proteger a los culpables. Mientras un contratista menor paga cárcel, los grandes operadores siguen en sus escritorios, planeando el próximo fraude.



## **¿Y la sociedad? Entre la indignación y la complicidad**

Criticamos a los corruptos, pero ¿somos inocentes? Normalizamos pagar sobornos por una multa de tránsito o un permiso de construcción. Celebramos a políticos que reparten mercados en campaña, aunque sepamos que ese dinero es sucio. En redes nos indignamos, pero en las urnas priorizamos otras agendas. La corrupción es un virus en el Estado que se alimenta de nuestro silencio.

¿Podemos cambiar? La respuesta está en nuestras manos. Exigir transparencia real, no conformarnos con discursos. Castigar con el voto a los implicados, sin importar su bandera. Apoyar periodistas y fiscales que arriesgan todo por la verdad. Colombia no merece seguir siendo un país donde la corrupción se hereda al igual que un mal genético. La justicia llegará si dejamos de verla como un problema ajeno y asumimos la batalla en su contra.



## La polarización: la gran amenaza

**E**n mis inicios como periodista, la polarización política y social en Colombia no era un término de uso cotidiano. Existía, sí, con matices diferentes. En los años 90, la división se reflejaba principalmente en el conflicto armado, la violencia del narcotráfico y la confrontación entre sectores políticos antagónicos. Sin embargo, lo que hoy vivimos es una fractura aún más profunda que divide familias, comunidades y la esencia misma del debate público.

### De la guerra a la fragmentación ideológica

Colombia ha estado dividida desde siempre. Las guerras civiles del siglo XIX entre liberales y conservadores dejaron heridas que se profundizaron con el Bogotazo y la Violencia de los años 50. Con la Constitución de 1991, el país intentó construir un nuevo pacto social, pero los conflictos no desaparecieron.

En los años 90, más que polarización política, había una fragmentación social causada por la violencia del narcotráfico, el conflicto armado y la crisis institucional. El asesinato de líderes políticos, la influencia de las FARC, la aparición de los paramilitares y la lucha del Estado contra los carteles de la droga marcaron esa década. A pesar de la profunda violencia, la falta de redes sociales y de un discurso estructurado en torno a “nosotros contra ellos” impedía que se configurara una polarización similar a la actual.





Los años 2000 trajeron consigo una nueva configuración del conflicto, donde la lucha contra las FARC y los paramilitares también fue una lucha discursiva. Sin embargo, fue el referendo sobre el Acuerdo de Paz en 2016 el que marcó un punto de quiebre en la polarización política del país.

La polarización política ocurre al momento en que las diferencias ideológicas se acentúan al punto de dificultar el diálogo y el consenso. Según el Pew Research Center y el World Economic Forum, este fenómeno se manifiesta de dos formas principales: la polarización ideológica, que ocurre si las diferencias políticas se amplían hasta hacer inviables los acuerdos entre facciones rivales, y la polarización afectiva, que va más allá de la ideología y se basa en el rechazo y la deslegitimación del oponente hasta considerarlo una amenaza existencial.

En mi concepto, tras el referendo en Colombia enfrentamos ambas formas de polarización. La narrativa dominante redujo el debate a una confrontación binaria entre “amigos” y “enemigos” de la paz, eliminando los matices. La Seguridad Democrática de Álvaro Uribe y el posterior Acuerdo de Paz de Juan Manuel Santos polarizaron al país de una manera que se mantiene hasta hoy. La pregunta no era si se estaba a favor o en contra del proceso de paz, sino cómo se percibía a aquellos que estaban en la otra orilla.

### **Redes sociales: amplificadoras del odio**

Si algo ha profundizado la polarización en Colombia, es la revolución digital. Los medios tradicionales, aunque a menudo alineados con ciertos sectores políticos, solían mantener ciertos estándares de información. Con la llegada de las redes sociales, la narrativa política se volcó a la desinformación, al ataque personal y a la creación de burbujas ideológicas donde se valida exclusivamente la opinión propia.



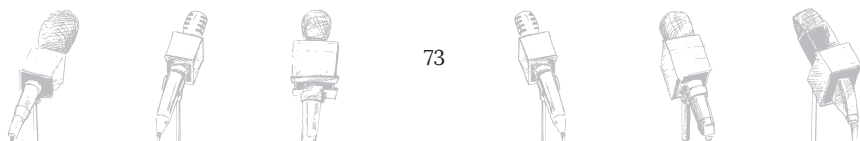
Facebook, Twitter y WhatsApp se transformaron en trincheras digitales que refuerzan posturas preexistentes y aíslan opiniones contrarias. Tras el referendo de 2016, las redes se convirtieron en un campo de batalla constante, reforzando la narrativa de traición o heroísmo en torno al proceso de paz. Esta dinámica se ha intensificado en la administración de Gustavo Petro, donde el propio Presidente ha adoptado una narrativa polarizante que refuerza la confrontación política y la deslegitimación del opositor.

Los líderes políticos, en lugar de construir puentes, han usado estas herramientas para fortalecer su base con discursos que atacan en vez de convencer. El periodismo, por su parte, quedó atrapado en una crisis de confianza fomentada incluso por el Presidente Petro, en un ecosistema donde los ciudadanos consumen aquellas fuentes que refuerzan sus creencias. Ya no buscan información, sino confirmación.

### **El impacto en la democracia**

La polarización ha tenido un efecto negativo en la democracia colombiana. A partir del estallido social de 2021, las divisiones se profundizaron aún más, reflejando el descontento de amplios sectores de la sociedad y la incapacidad del Estado para responder de manera efectiva. La administración de Petro ha intensificado estas dinámicas, generando un ambiente de confrontación permanente desde el Ejecutivo y debilitando los espacios de consenso y diálogo político.

En las últimas elecciones, la discusión se centró menos en propuestas y más en una batalla entre el “bien” y el “mal”, donde cada bando ve al otro como una amenaza existencial. La polarización aumentó la participación electoral, impulsada por el miedo y el rechazo más que por el debate de ideas.



Más allá de la política, la polarización ha permeado la convivencia: las familias evitan hablar de política, los amigos se distancian por discusiones en redes y los periodistas reciben amenazas por hacer preguntas incómodas. En este ambiente, la verdad se convierte en una construcción relativa y peligrosa.

### **Polarización: ¿es irreversible?**

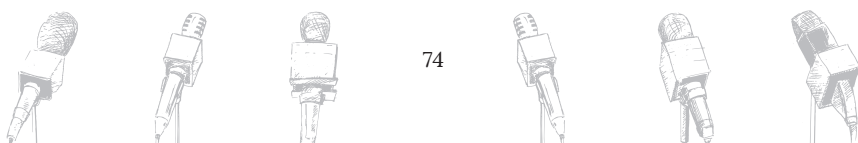
Diversos estudios han analizado la polarización a nivel mundial, identificando a Colombia dentro de los países más polarizados. Informes del World Economic Forum (WEF), el Pew Research Center y la OECD destacan que esta situación es resultado de conflictos históricos, el papel de las redes sociales y la falta de confianza en las instituciones.

A pesar de este panorama, la polarización no es irreversible. En Colombia, diversas iniciativas han tratado de mitigar su impacto a través del diálogo. El Nansen Center for Peace and Dialogue, el Diálogo Democrático del PNUD y el Instituto Kroc han trabajado en la reconciliación y la construcción de consensos.

Alemania y Sudáfrica han logrado reducir sus niveles de polarización con políticas de reconciliación, inversión en educación cívica y promoción de liderazgos conciliadores. En el contexto colombiano, estas experiencias pueden servir de modelo para fortalecer iniciativas locales de reconciliación.

### **Superar la polarización**

Colombia está atrapada en un ciclo de polarización que erosiona la confianza en sus instituciones y debilita su democracia. No es un fenómeno nuevo; en los últimos años, se ha convertido en un obstáculo insalvable para el diálogo y la construcción de consensos.



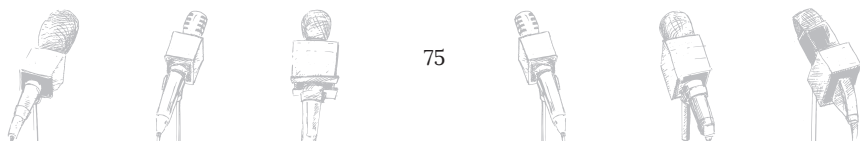
El primer paso para superarla es recuperar la confianza en las instituciones. La percepción de que el Estado está al servicio de unos pocos alimenta la narrativa del enemigo interno. Sin reformas que garanticen justicia, equidad y representatividad real, las diferencias seguirán convirtiéndose en trincheras.

Los medios de comunicación también tienen una responsabilidad clave. Durante demasiado tiempo, algunos han optado por el sensacionalismo en lugar del periodismo con rigor y contexto. Sin una prensa comprometida con la verdad, la polarización seguirá ganando terreno.

Otro pilar fundamental es la educación para el pensamiento crítico. Un país donde los ciudadanos cuestionan la información y dialogan sin odio tiene más oportunidades de reconciliación.

Finalmente, el liderazgo conciliador es urgente. Los políticos deben abandonar la estrategia del miedo y la confrontación. Necesitamos líderes que busquen unir, no dividir.

Colombia ya ha superado fracturas profundas antes. La pregunta es si esta vez tendremos la madurez para hacerlo.

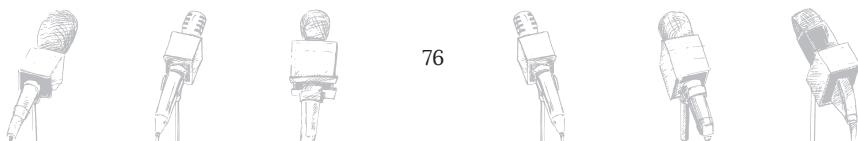


## Venezuela: el espejo que no queremos mirar

Desde el suroccidente de Colombia, la relación con Venezuela puede parecer distante. Sin embargo, en mis inicios como periodista, ya aparecía en mis informes por su importancia económica. En los años 90, Venezuela era el principal mercado de Colombia, y su estabilidad política y económica contrastaba con nuestra crisis interna. Aunque las tensiones por el Golfo de Venezuela habían disminuido, el tema resurgía ocasionalmente en la agenda binacional.

La llegada de Hugo Chávez al poder y la consolidación de su modelo autoritario cambiaron la historia de Venezuela y su relación con Colombia. La crisis de su democracia, el colapso económico y la migración masiva se volvieron recurrentes en mi agenda periodística. He sido testigo de cómo, en menos de 20 años, un país petrolero pasó de ser uno de los más ricos de América Latina a convertirse en un lugar del que millones huyen para sobrevivir.

Venezuela es un espejo incómodo, una advertencia de lo que puede suceder si se erosiona la democracia y el populismo captura las instituciones. Igualmente, un espejo de cómo una economía colapsa cuando se la maneja con ideología. Venezuela no es un caso aislado, ni un destino imposible para Colombia. Entender la historia reciente de Venezuela es también una manera de prevenir nuestro futuro.



## **De socios estratégicos a vecinos en tensión (1990-1999)**

En los años 90, la relación entre Colombia y Venezuela se basaba en la cooperación económica. Venezuela era el principal socio comercial, con un intercambio de bienes que beneficiaba especialmente al suroccidente del país. Sin embargo, la estabilidad no era absoluta. Uno de los primeros episodios de esa tensión lo registré en 1995. La crisis diplomática por el incidente del Corbeta Caldas elevó las tensiones en el Golfo de Venezuela. Sin embargo, Venezuela se volvió un tema recurrente después de 1998, después de que Hugo Chávez ganara las elecciones, marcando el inicio de la “Revolución Bolivariana”.

## **Chávez y el inicio de la crisis venezolana (1999-2013)**

Hugo Chávez transformó a Venezuela en un régimen populista basado en el control del Estado sobre la economía y la política. Su relación con Colombia fue de altibajos, oscilando entre el discurso de hermandad y las acusaciones de intervención en asuntos internos. Durante su mandato hubo varios momentos de alta tensión sobre los cuales, sin duda, escribí muchos titulares.

- En 2002, el golpe de Estado contra Chávez y su regreso al poder fortalecieron su discurso de enemigo del “imperialismo”.
- En 2005, la expropiación de empresas privadas afectó a empresarios colombianos con inversiones en Venezuela.
- En 2007, Chávez intervino en el proceso de paz con las FARC, generando tensiones con el Gobierno de Uribe.
- En 2010, Chávez y Uribe rompieron relaciones diplomáticas por denuncias sobre presencia de guerrilleros en Venezuela.

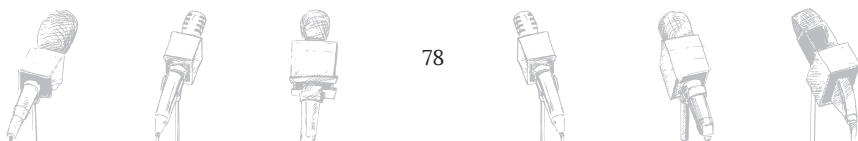


Chávez consolidó un modelo de poder autoritario que terminó destruyendo la economía venezolana y aceleró la crisis democrática.

### **Maduro y el colapso de Venezuela (2013-2024)**

Con la muerte de Chávez, Nicolás Maduro asumió el poder y llevó a Venezuela a una crisis sin precedentes. La escasez de alimentos y medicinas, la inflación descontrolada y la represión política hicieron que millones de venezolanos huyeran del país.

- En 2015, comenzó la ola migratoria venezolana hacia Colombia.
- En 2016, el colapso de PDVSA llevó a la industria petrolera a su peor crisis.
- En 2017, protestas masivas contra Maduro fueron brutalmente reprimidas.
- En 2019, Juan Guaidó se proclamó Presidente interino con el apoyo de EE.UU. y Colombia, pero no logró debilitar el régimen. Ese año empezó la crisis energética. Los apagones, que aún persisten, son atribuidos por el Gobierno a sabotajes y ataques. Otros sectores afirman que se deben a la falta de inversión, el deterioro de la infraestructura y la mala gestión.
- En 2022, Gustavo Petro restableció relaciones diplomáticas con Maduro y reabrió la frontera.
- En 2024, las elecciones presidenciales en Venezuela estuvieron marcadas por denuncias de fraude y la represión de la oposición. Edmundo Gonzalez presentó actas que demostraban ser el ganador de la contienda.
- El 10 de enero de 2025, Nicolás Maduro asumió un tercer mandato presidencial en medio de tensiones políticas y



sociales. El Presidente Petro no asistió a la ceremonia de posesión de Maduro, envió al embajador. Así, no reconoce plenamente la legitimidad del nuevo mandato de Maduro, manteniendo canales de comunicación para abordar asuntos de interés mutuo.

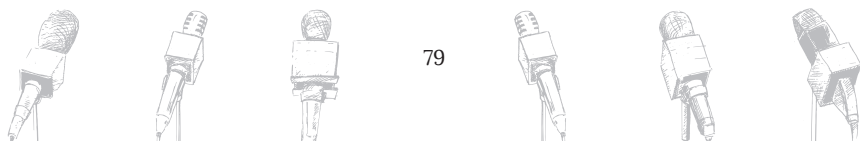
La dictadura de Maduro consolidó el colapso de Venezuela, mientras Colombia ha asumido el reto humanitario de recibir a más de 2.5 millones de migrantes venezolanos.

### **La migración: el rostro de la crisis venezolana**

Desde 2015, la crisis venezolana se empezó a sentir con fuerza en Colombia. En las carreteras empezamos a ver los cientos de caminantes, rostros agotados, familias enteras con sus pocas pertenencias a cuestas, cruzan la frontera buscando una oportunidad para empezar de nuevo. En Cali empezaron a surgir los campamentos cercanos a la terminal. Llegan con hambre y con la esperanza de reconstruir sus vidas en un país que no siempre los recibe con los brazos abiertos. La migración masiva no es solo un reto logístico, sino una prueba para la sociedad. Su llegada ha afectado el mercado laboral, ha exigido mayores recursos para los sistemas de salud y para la educación. Incluso, ha estado vinculada a factores de inseguridad. Los periodistas tuvimos que aprender a cubrir el fenómeno para evitar discriminación y no alentar la xenofobia. La migración venezolana es una crisis humanitaria que seguirá impactando a Colombia en los próximos años.

### **¿Es Venezuela nuestro destino?**

He observado a Venezuela desde la distancia y, al mismo tiempo, ha estado presente en mis reportajes durante décadas. Primero fue un socio comercial clave, luego un país sumido en la crisis, y finalmente, un espejo que nos recuerda lo que no queremos llegar a ser.





El riesgo de repetir ese camino sigue latente. No se trata de alarmismo, sino de entender que la erosión de la democracia y la economía no ocurre de golpe, sino en un proceso lento, casi imperceptible, hasta que es demasiado tarde. Y esta inquietud no es aislada.

Una encuesta realizada en 2025 por el Instituto de Ciencia Política Hernán Echavarría Olózaga y YanHaas reveló que el 51% de los colombianos considera que los gobiernos de Gustavo Petro y Nicolás Maduro siguen trayectorias similares. El 62% percibe una relación demasiado estrecha entre ambos presidentes, algo visto como perjudicial para Colombia. Además, un 8% identificó a Venezuela como una amenaza para la democracia nacional, debido al papel que cumple como refugio de grupos armados ilegales como el ELN y las disidencias de las FARC, que siguen operando con libertad a ambos lados de la frontera.

¿Hemos aprendido algo de la tragedia venezolana o estamos en el camino de repetir sus mismos errores? La historia de nuestro vecino nos enseña que la institucionalidad puede debilitarse sin que nos demos cuenta, que la democracia puede ser sacrificada por la promesa de estabilidad, y si el poder se concentra sin límites, las crisis dejan de ser coyunturales para volverse permanentes.

La seguridad nacional no depende exclusivamente de las fuerzas del orden, sino también de la fortaleza de nuestras instituciones y de nuestra capacidad para evitar que modelos autoritarios o populistas se filtren en la política nacional. Si las percepciones actuales son un presagio o una señal de alerta dependerá de las decisiones que como sociedad tomemos en los próximos años.



## **El Cauca: un territorio que se resiste al olvido**

**S**oy caucana, no de nacimiento sino de tradición. Mi familia es payanesa. José Ayerbe llegó a Popayán hacia 1750, y su hijo, Tomás Ayerbe Rodríguez, tatarabuelo de mi abuelo, nació allí en 1782. Lo cierto es que la desconexión entre las familias payanesas que se consideran de antaño y el resto del departamento ha sido siempre profunda. El racismo y el clasismo han marcado esa distancia desde hace siglos.

Me crié en Cali, ciudad a la que llegué con apenas un año de vida. Durante toda mi infancia y adolescencia, Popayán fue una especie de segunda casa. Los fines de semana eran de carretera y curvas, de paradas en Santander de Quilichao, Mondomo o Piendamó y siluetas blancas al fondo. Y, por supuesto, de Semana Santa. Esa rutina cambió para siempre después del terremoto de 1983. La ciudad blanca se resquebrajó. Las paredes no cayeron solas; también se derrumbó la imagen que muchos teníamos del Cauca. A partir de entonces, empecé a ver el departamento con otros ojos. Desde el periodismo y desde la distancia.

### **De la solemnidad a las balas**

Durante los primeros años de mi carrera, me ofrecía siempre para cubrir la Semana Santa. Era mi forma de no soltar esa tradición familiar. Pronto, mi cobertura del Cauca dejó de



estar marcada por los pasos procesionales y empezó a girar en torno al sonido de las balas. Me tocó registrar tomas guerrilleras, especialmente en el norte del departamento. Toribío, Caldono, Jambaló... nombres que empecé a escuchar con mucha frecuencia.

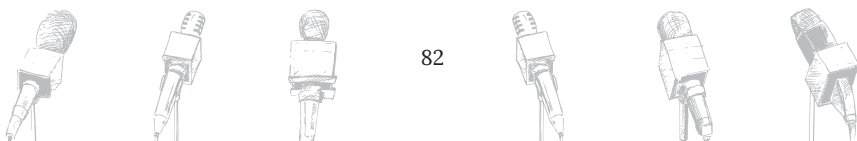
Con el tiempo, los cierres de la Panamericana también se hicieron parte de la rutina informativa. Recuerdo uno en particular que dejó a Popayán completamente bloqueada. Días enteros sin comida, sin combustible, sin medicamentos. Un bloqueo que cortó el paso de vehículos y que también evidenció la fractura entre la capital y el resto del Cauca.

Las invasiones de tierras igualmente comenzaron a escalar en la agenda. El conflicto por el territorio se convirtió en una bomba de tiempo. El norte del Cauca pasó a ser epicentro de una guerra silenciosa entre comunidades indígenas, afros, campesinos y actores armados que encontraron en ese caos una oportunidad para pescar en río revuelto. La tensión con representantes de la agroindustria también ha ido en aumento.

### **Popayán intervenida**

Hace mucho no voy a Popayán. La última vez fue poco después del estallido social. Lo que era una ciudad de un blanco impecable, se había convertido en un lienzo lleno de grafitis. No me escandalizó. Al contrario, me pareció un acto de ruptura simbólica: Imaginé que los jóvenes habían decidido intervenir la memoria de una ciudad que durante años había ignorado las historias que se escribían por dentro.

Esa es, quizás, una de las claves de las heridas del Cauca. Pese a su riqueza cultural y étnica, el departamento ocupa los últimos lugares en calidad educativa y empleo juvenil. Muchos jóvenes indígenas y afros, sin oportunidades reales, son empujados al conflicto o al narcotráfico. Otros, simplemente, se van.



En mi familia también ocurrió. Durante siglos, nuestros apellidos estuvieron ligados a la historia payanesa. Hoy quedan algunos pocos. La mayoría se fue expulsada, no por la violencia directa, sino por la imposibilidad de construir un futuro. Si el territorio deja de ofrecer horizontes, incluso las raíces más profundas se arrancan. No importa si el origen es español o indígena.

### **Tierra disputada, comunidad fragmentada**

En el Cauca, la violencia también se instala en las relaciones entre comunidades que, pese a compartir territorio y dolor, no se sienten aliadas. Las tensiones entre indígenas, afrodescendientes, campesinos mestizos y grandes propietarios han crecido. Aunque rara vez ocupan titulares, explican parte del malestar social que atraviesa la región.

El significado de la tierra está en el centro de esa complejidad. Para los pueblos indígenas, representa identidad y espiritualidad; para las comunidades negras, es memoria y libertad; para los campesinos, es sustento. A esto se suma la presencia histórica de latifundios, especialmente en el norte. Los grandes propietarios ven en la tierra progreso y empleo, visión que no siempre comparten las comunidades vecinas. El resultado es una configuración diversa, con modelos distintos de uso y tenencia que generan fricción.

Mientras los indígenas han logrado avances legales en resguardos y los afrodescendientes avanzan en titulación colectiva, muchos campesinos mestizos viven sin títulos ni acceso a apoyo estatal. En paralelo, los grandes propietarios mantienen su actividad productiva en zonas de creciente presión, y las invasiones se disparan. La violencia en torno a las disputas por las tierras viene de todos los frentes.



La competencia por recursos públicos y representación agrava la fragmentación. A veces, comunidades vecinas compiten por proyectos o atención institucional. El resultado: más desconfianza, menos consensos.

Reconocer estas tensiones no es abrir una herida, sino asumir que la paz en el Cauca requiere diálogo intercultural, claridad institucional y una mirada integral del territorio. Porque la tierra se pisa, también se disputa, se defiende y se sueña.

### **Radiografía de un territorio al límite**

El Cauca se muere. Sus 1.5 millones de habitantes conviven con la guerra. Aquí la vida se cuenta en muertos diarios. Es el tercer departamento con más víctimas del conflicto armado: según el Registro Único de Víctimas, más de 470.000 personas han sido desplazadas, asesinadas o desaparecidas en este territorio (Unidad para las Víctimas, 2023). Eso equivale a casi un tercio de su población. Una generación entera marcada por el conflicto.

La pobreza lo atraviesa: más del 60% de su gente es pobre. En el Pacífico caucano, ese número llega al 85%. La mitad de los hogares no tienen acceso digno a agua potable. La informalidad laboral roza el 80%.

Y mientras tanto, la violencia muta. Las FARC dejaron las armas, mientras que sus disidencias –en especial el Estado Mayor Central– se fortalecieron y retomaron el control de corredores estratégicos. El ELN ha incrementado su presencia, especialmente en la costa pacífica, y según informes de 2024, las acciones armadas en el Cauca aumentaron un 78%. A ellos se suman las AGC, bandas locales y hasta el Cartel de Sinaloa, que disputa el control de cultivos ilícitos, oro y rutas.

El reclutamiento forzado de menores es otra señal alarmante. Según Human Rights Watch, más de 500 niños y niñas, en su



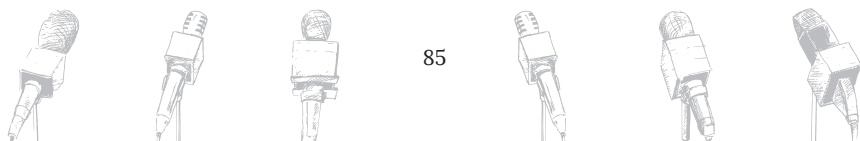
mayoría indígenas, han sido vinculados a estos grupos en los últimos años. Y el reclutamiento de jóvenes ha crecido más del 50% según informes regionales de la Fundación Pares.

Los grupos armados controlan corredores enteros fortalecidos por la rentabilidad de las economías ilegales. En 2022, en el Cauca habían 26.223 hectáreas de coca, el 11% del total nacional. Entre julio y diciembre de 2023, fue el departamento más afectado por acciones bélicas. A veces compiten, otras se reparten el mapa. En esta economía de guerra, quien no obedece, desaparece.

En El Plateado, corregimiento de Argelia, se resume la tragedia del Cauca. Este pequeño enclave, donde el 70% del territorio está bajo influencia de economías ilegales, es disputado por disidencias de las FARC, el ELN y bandas narcotraficantes, que lo codician por su ubicación estratégica hacia el Pacífico y Nariño. La comunidad vive bajo toque de queda impuesto por los grupos armados, con escuelas cerradas, jóvenes reclutados y desplazamientos que se repiten una y otra vez. En 2023, más de 3.000 personas abandonaron sus casas por los combates, y en 2024 los enfrentamientos obligaron incluso al Ejército a replegarse. En El Plateado, la presencia del Estado se limita a los titulares de prensa si hay bombardeos o tragedias. Mientras tanto, la población sobrevive entre cultivos ilícitos, miedo y abandono. Allí, la guerra es la rutina sin que al resto de Colombia le importe.

El Estado aparece con militares, pero la guerra no se resuelve con fusiles. Lo han dicho los líderes sociales, esos que siguen siendo asesinados. Entre 2016 y 2023, fueron 226. En 2023, la Defensoría reportó 28 más, 14 de ellos indígenas.

La vía Panamericana ha sido bloqueada más de 60 veces en los últimos 15 años. La gente se acostumbra a caminar entre escombros, a que falte la gasolina, a que se pierdan los



alimentos. Todo el mundo protesta, para. ¿Quién puede hablar de desarrollo así?

La tierra se ha vuelto trinchera. Entre 2014 y 2022, se registraron invasiones en 71 predios, afectando cerca de 6.600 hectáreas. En los primeros nueve meses de 2022, se sumaron 1.000 hectáreas más. Según Asocaña, las consecuencias han sido más de 6.000 empleos directos perdidos, parálisis productiva y más conflicto social.

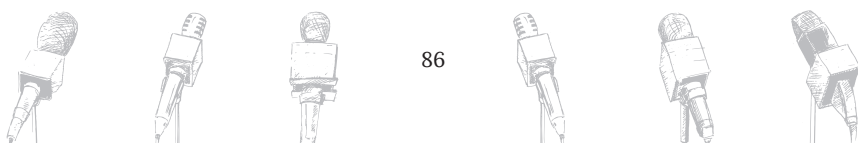
### **Compromiso Territorio: una apuesta por la esperanza**

En medio de la fragmentación y la desconfianza, han surgido iniciativas que muestran que el Cauca no está condenado al abandono. Una de ellas es Compromiso Territorio, una estrategia liderada por ProPacífico que articula a empresas, organizaciones sociales, gobiernos locales y cooperación internacional para impulsar la transformación sostenible del norte del Cauca y el sur del Valle. El proyecto actúa en cuatro frentes: desarrollo social, inclusión económica, fortalecimiento institucional y sostenibilidad ambiental, con acciones en municipios como Guachené, Caloto, Puerto Tejada, Miranda y Santander de Quilichao.

Esta apuesta no se queda en el diagnóstico. Llega con presencia constante, trabajo con liderazgos comunitarios y un enfoque claro: construir soluciones desde el territorio y con sus actores. Es un modelo que no impone, sino que acompaña. Y que entiende que la paz no es ausencia de guerra, sino presencia de oportunidades.

### **El sector privado que sí se compromete**

En ese mismo camino, algunas empresas han decidido no mirar hacia otro lado. El Ingenio del Cauca (Incauca) ha invertido más de \$33.000 millones en programas sociales y ambientales que van desde educación, infraestructura rural y conservación



ambiental, hasta fortalecimiento de iniciativas comunitarias. Los ingenios San Carlos y Carmelita han promovido el liderazgo juvenil, la prevención del consumo de sustancias y la generación de empleo local. Carmelita ha beneficiado a más de 1.500 jóvenes y generado más de 1.300 empleos directos e indirectos en la región.

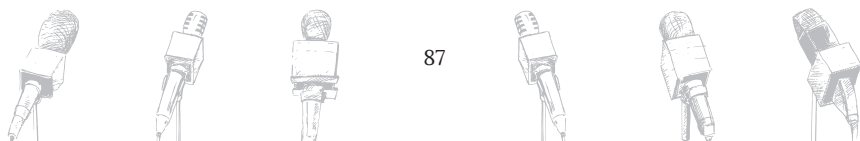
No son acciones caritativas ni aisladas. Son ejemplos de un modelo de responsabilidad compartida, donde el desarrollo no se decreta desde afuera, sino que se construye con ciudadanos que viven, trabajan y sueñan el territorio todos los días.

### **¿Cuál es el futuro del Cauca?**

A veces me pregunto si el Cauca tiene solución. No tengo una respuesta definitiva. Lo que sé es que el primer paso es reconocerlo en su complejidad. Escuchar a los blancos de Popayán, a los Nasa de Toribío, a los afros de Suárez, a los campesinos de Patía. Entender que la solución no pasa por la fuerza, sino por escuelas, hospitales, vías, empleo, respeto por las autonomías, por las diferencias y el compromiso sostenido con las comunidades.

El futuro del Cauca no puede seguir siendo escrito por los que disparan ni por los que deciden desde Bogotá sin pisar su tierra. Debe construirse desde la gente, con sus propias voces, y con el respaldo de los líderes que sí creen que es posible otro destino. Porque allí, entre el fuego cruzado y la desesperanza, también florecen liderazgos, ideas, cooperativas, radios comunitarias, mingas que sueñan más allá del reclamo.

El periodismo –al menos el que yo intento hacer desde hace 35 años– tiene el deber de no dejar que se apague la historia de un territorio que, pese a todo, no se rinde. Esta crónica es también un homenaje: a Julumito y a Santa Rosa, aquellas veredas que recorrí a caballo; al café y la guayaba que aprendí





a cosechar con mis abuelos; a esos campesinos que trabajaban de sol a sol en una época en la que, quizás ingenuamente, yo sentía que todos éramos iguales y que compartíamos la misma agua de panela y balón.

Porque el Cauca duele, también late. Y mientras haya alguien dispuesto a contarlo, a volver, a comprometerse, el olvido no tendrá la última palabra.

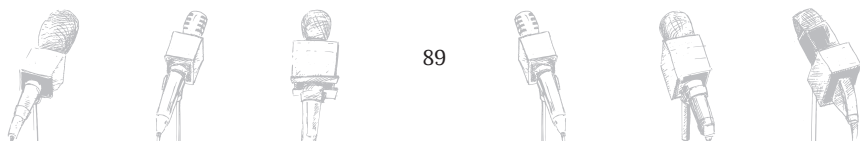


## Valle del Cauca: tierra de oportunidades

Sentarme a escribir sobre el Valle del Cauca es explorar sus contrastes, sus heridas y su fuerza. Un departamento de pujanza económica y diversidad geográfica, también de profundas desigualdades y conflictos sin resolver. Soy testigo de cómo el Valle lucha por consolidarse como el “Paraíso de todos”, una tierra de oportunidades donde el desarrollo aún es una promesa por cumplir para muchos de sus habitantes. Cada vez que escucho el himno del Valle siento inspiración sobre lo que significa esta región, sus retos y sus enormes posibilidades.

### Liderazgo nacional: la eterna lucha por ser escuchados

“Por el bien de mi Valle, ¡adelante!” dice el himno. Esta frase refleja la necesidad constante de abrirse camino por cuenta propia en un escenario nacional que con frecuencia lo relega. Esta ha sido más que una consigna, es un mandato que ha obligado al Valle a luchar por su desarrollo con esfuerzo propio. No ha habido cuatrienio en el que un gobernador no tenga que pelear por los presupuestos para los proyectos o que la bancada de congresistas la haya tenido fácil. Los gremios, los empresarios y la academia han sido fundamentales en la construcción permanente de ese liderazgo que compite con el centralismo bogotano, también con la capacidad de gestión de Antioquia y de la Costa Atlántica. En épocas recientes, ProPacífico y la Unidad de Acción Vallecaucana han jugado un papel fundamental en esta lucha. A pesar de ser



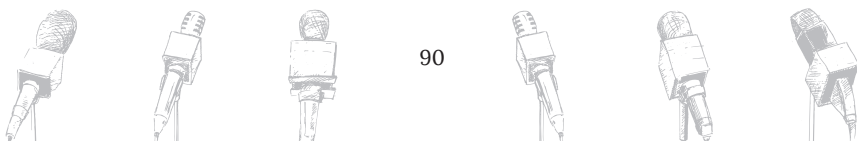
una región estratégica en la economía colombiana, su peso en las decisiones del Gobierno central no siempre ha sido proporcional a su importancia. La relación del Valle con el poder ha estado marcada por altibajos, con liderazgos locales que han logrado avances significativos, también por una constante disputa por mayor inversión y reconocimiento.

### **Pujanza económica: agroindustria y diversificación**

“Verdes campos de vida y solaz” resalta la importancia del sector agroindustrial en el Valle. Sin embargo, el monocultivo de la caña de azúcar sigue produciendo tensiones. Actualmente, el Valle del Cauca cuenta con 9 ingenios azucareros que generan más de 286.000 empleos directos e indirectos en la región. Este sector representa cerca del 15% del PIB del departamento y está presente en 30 de los 42 municipios del Valle del Cauca. Sin embargo, la concentración de la tierra y el impacto ambiental son factores de conflicto en torno a ellos. Igualmente, algunos consideran que el monocultivo también ha impedido que se desarrollen otros tipos de sectores agrícolas, como el hortofrutícola.

Además del sector agroindustrial, la economía del Valle del Cauca se apoya en otras industrias clave. La manufactura representa cerca del 25% del PIB departamental y el comercio exterior posiciona al Valle como una de las principales regiones exportadoras del país.

El sector farmacéutico y la tecnología han ganado protagonismo en los últimos años. La variedad de empresas que integran el tejido empresarial del Valle refleja su capacidad para competir en mercados globales, con una fuerte presencia en los tratados de libre comercio. Sin embargo, la región aún enfrenta desafíos. La inversión en infraestructura sigue siendo insuficiente y las políticas de apoyo a la industria no han logrado consolidar un crecimiento sostenido.

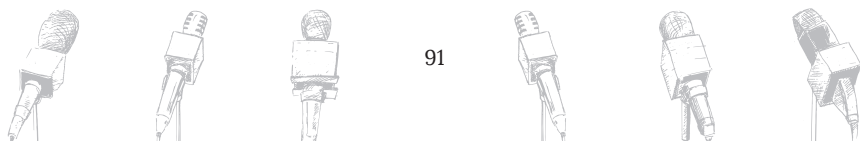


Para mantener al Valle competitivo se requiere una articulación efectiva entre el sector público y privado. El Plan de Desarrollo del Valle del Cauca 2024-2027 prioriza el fortalecimiento de la competitividad y la innovación, con una inversión de 2,1 billones de pesos en cuatro años para diversificación productiva, empleo formal y transformación digital. El objetivo es conectar mejor al Valle con los mercados globales, potenciar su presencia en industrias emergentes y consolidar un ecosistema emprendedor sólido. No obstante, el desafío radica en traducir estos planes en acciones concretas que generen oportunidades reales para los habitantes del departamento, evitando que las estrategias se queden en el papel.

### **Un departamento de ciudades intermedias**

El Valle es más que Cali. Palmira, Yumbo, Tuluá, Buga, Jamundí, Buenaventura y Cartago han sido clave en la dinámica regional y polos de desarrollo. Sin embargo, Cartago y Buenaventura sienten que el Valle no las apoya lo suficiente. Estas ciudades intermedias desempeñan un papel fundamental en la descentralización del crecimiento y la mejora de la calidad de vida en el departamento. Su desarrollo fortalece la economía local, generando empleo y atrayendo inversión.

El Valle es un departamento de contrastes, donde los indicadores de desarrollo de sus municipios principales no pueden ocultar las dificultades que enfrentan las localidades más pequeñas y los sectores rurales. De acuerdo con la Medición de Desempeño Municipal (MDM) del Departamento Nacional de Planeación, Yumbo es el municipio con mejor desempeño del departamento, alcanzando un puntaje de 88,4. En contraste, Caicedonia se encuentra entre los municipios más rezagados, con un puntaje de 39,96. Este indicador mide la eficiencia en la administración de recursos, la calidad de los servicios públicos, la cobertura en salud y educación y



la infraestructura local. Estas cifras reflejan la desigualdad territorial dentro del Valle y la necesidad de estrategias focalizadas para reducir las brechas y garantizar un desarrollo equilibrado en toda la región.

### **Infraestructura: siempre en la mira, siempre en disputa**

Los proyectos de infraestructura siempre han estado en la parte alta de la agenda. En estos 35 años, no creo que haya pasado uno en el que no se hable de las necesidades del puerto de Buenaventura, de la vía al mar o de los aeropuertos. El Valle ha hecho un esfuerzo permanente por velar por su infraestructura. El aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón tiene potencial para ser un hub internacional y necesita mejoras para lograrlo. Además, su conectividad es limitada lo que afecta la competitividad de nuestra región y el desarrollo de actividades como el turismo médico. Cartago y Buenaventura también han luchado por el desarrollo de sus terminales aéreas sin encontrar suficiente respaldo nacional. La geografía favorece al Valle pero sin infraestructura adecuada ese potencial se pierde. En este aspecto, los esfuerzos nunca serán suficientes.

### **Seguridad, un desafío permanente**

El Valle del Cauca es un corredor estratégico para el comercio, también para el crimen organizado. El narcotráfico, la minería ilegal y la presencia de grupos armados siguen afectando la seguridad de la región. El impacto de la violencia se refleja en el Ranking de las 50 ciudades más violentas del mundo, publicado anualmente por el Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal. En 2024, Buenaventura salió del ranking, indicando una mejora en sus índices de seguridad. Cali y Palmira continúan en la lista, en los puestos 29 y 44, respectivamente.



La extorsión mantiene en alerta al Valle del Cauca, con un preocupante número de denuncias que reflejan la persistencia de este flagelo en la región. Un caso emblemático se vive en Tuluá, donde “La Inmaculada” ha llegado a ejercer control sobre actividades económicas básicas a través de la intimidación y el cobro ilícito. Buenaventura también sufre este flagelo con intensidad.

Además, la percepción de inseguridad entre los ciudadanos se mantiene alta. El departamento no puede enfrentar esta crisis solo. Se necesita una política de seguridad nacional específica para el Pacífico, que articule esfuerzos en Cauca, Nariño y Chocó, regiones que comparten los mismos desafíos de crimen organizado. La lucha contra el narcotráfico y la minería ilegal no puede limitarse a operativos temporales; requiere una estrategia integral con inteligencia militar, control fronterizo y presencia permanente del Estado en zonas de alto riesgo.

### **Conflictos sociales en el Valle**

El estallido social en el Valle del Cauca fue la expresión de problemas acumulados durante años: desigualdad, falta de oportunidades y abandono estatal. Sin embargo, más allá del descontento, las protestas también revelaron la presencia del crimen organizado en la región. Mientras miles exigen cambios, grupos ilegales aprovecharon el caos para afianzar su control territorial.

La ausencia del Estado en varias zonas ha permitido que el narcotráfico y la minería ilegal impongan sus propias reglas, afectando la seguridad y la economía local. En este contexto, los movimientos sociales buscan soluciones pero sus demandas chocan con estructuras criminales que prosperan



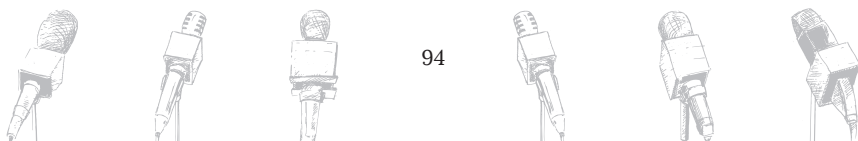
en la inestabilidad. A esto se suma la crisis del Cauca, que ha intensificado las disputas por la tierra, enfrentando a comunidades con grandes empresas y actores ilegales.

El significado de la protesta sigue generando divisiones. Para algunos, es una expresión legítima de resistencia; para otros, un mecanismo de presión que en algunos casos ha derivado en actos violentos o extorsión al Estado. Esta polarización ha dificultado un debate equilibrado sobre el derecho a la movilización y sus límites.

En este contexto, el papel de los líderes sociales es clave y, a menudo, queda en una zona ambigua. Mientras muchos representan legítimamente las necesidades de sus comunidades, otros han sido señalados por intereses políticos o por la instrumentalización de la protesta. La falta de claridad en estas dinámicas refleja un problema estructural sin resolver. Sin fortalecer la institucionalidad y enfrentar los factores que alimentan la crisis social, el desarrollo seguirá siendo una meta lejana.

## **El Valle del futuro**

El Valle del Cauca se encuentra en un punto de inflexión. En plena Cuarta Revolución Industrial y en la era de la inteligencia artificial, el departamento tiene la obligación de reinventarse y consolidarse como un eje de innovación, sostenibilidad y liderazgo. La transformación digital, la biotecnología, las energías renovables, la logística global y la economía creativa son sectores que pueden posicionar al Valle como un referente económico en América Latina. Si logramos articular esfuerzos entre el Gobierno, el sector privado, la academia y la sociedad civil, podremos construir una región competitiva, inclusiva y sostenible. El reto es enorme, la historia nos demuestra que el Valle siempre ha sabido abrirse camino.



El “Paraíso de todos” es una construcción colectiva que haremos realidad si unimos fuerzas para equilibrar desarrollo, inclusión y sostenibilidad. El Valle tiene la energía, el talento y el coraje para lograrlo. Sigamos avanzando con orgullo y propósito: “Por el bien de mi Valle, ¡adelante!”





## Medio ambiente: entre las maravillas y las amenazas

**V**ivo en uno de los territorios más biodiversos del mundo. El Valle del Cauca es un cruce de geografías: del páramo al manglar, de la caña al mangostino, de la montaña neblinosa al río profundo. En 35 años de periodismo he hecho crónicas resaltando su belleza, y también denunciando su deterioro.

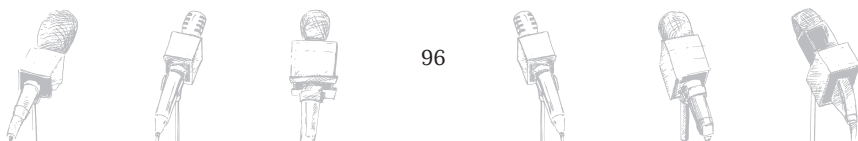
¿Cómo puede un departamento con tantas riquezas naturales estar tan al borde del riesgo ecológico? ¿Por qué seguimos contaminando los ríos que nos dan vida, tumbando los bosques que nos protegen y dejando que las economías ilegales impongan su ley sobre la selva?

La respuesta no es sencilla, sí urgente.

### Agua que ya no purifica

El río Cauca ha sido el gran protagonista de muchas de mis historias. Columna vertebral de la región, abastece de agua, riega cultivos, sostiene ecosistemas y guarda la memoria de cientos de comunidades. En su curso, también arrastra desechos humanos, industriales y agrícolas.

La contaminación no es nueva. Desde los años 90 reporté sobre los vertimientos en Yumbo, la incapacidad de las plantas de tratamiento y los efectos invisibles de los agroquímicos. Hoy el panorama sigue siendo crítico. La CVC, Corporación



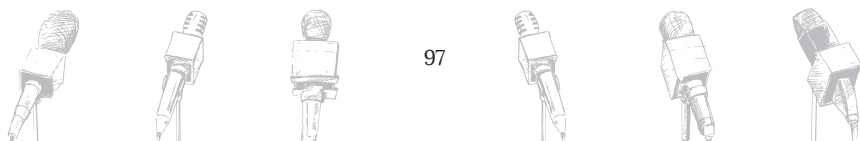
Autónoma Regional del Valle del Cauca, considera “regular” o “mala” la calidad del agua especialmente entre Hormiguero y Mediacanoa. El 9% de las estaciones de monitoreo presentan calidad “mala” y la concentración de oxígeno disuelto no cumple los objetivos establecidos para uso agrícola ni para consumo humano. Entre las causas están los vertimientos sin tratar de aguas residuales domésticas e industriales, la escorrentía de agroquímicos provenientes de los cultivos de caña y la descarga de subproductos como la vinaza, generada por la producción de etanol.

Se han hecho esfuerzos: reforestación, liberación de peces, nuevas PTAR en Jamundí, Buga y Florida. A pesar de ellos, el río no respira con libertad.

Afortunadamente, existen planes de acción para su recuperación. La Plataforma Colaborativa para la Recuperación de la Cuenca Alta del Río Cauca, conformada en 2020, ha establecido un Plan de Acción que incluye proyectos enfocados en la mejora de la calidad del agua, la restauración de ecosistemas y el fortalecimiento de la gobernanza. Además, la CVC ha anunciado la inversión de 2.200 millones de pesos en 23 proyectos ambientales, que abarcan desde la agroecología hasta la conservación de áreas naturales. Estos esfuerzos conjuntos buscan revertir el deterioro del río y asegurar su sostenibilidad a largo plazo.

### **Caña y territorio: un modelo en tensión**

Este tema siempre ha sido álgido. Diversos estudios señalan que la expansión de la agroindustria ha sido un factor clave en la transformación del paisaje. Si bien este sector es fundamental para la economía regional, también ha generado preocupaciones ambientales, incluyendo la reducción de bosques secos tropicales y la alteración de franjas ribereñas esenciales para la regulación hídrica. En 2004, el Valle del Cauca contaba con 184.954 hectáreas de caña de azúcar,



representando el 17.2% de la cuenca del río Cauca. Para 2023, esta cifra aumentó a 241.205 hectáreas, consolidando el liderazgo del departamento en producción azucarera.

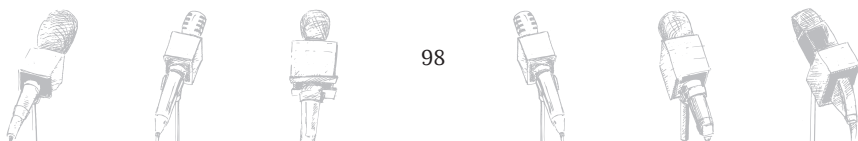
Esta expansión ha transformado radicalmente el uso del suelo. Ha desplazado otros cultivos y reducido la biodiversidad. Además, el uso intensivo de agroquímicos y la alta demanda de agua para riego han generado impactos sobre los ecosistemas circundantes. Estos efectos incluyen la afectación de la calidad del agua, la degradación de los suelos y la contaminación del río Cauca. Los ingenios no son indiferentes a esta problemática y en su mayoría han implementado programas para ser más “amigables” con el medio ambiente.

Uno de los aspectos más debatidos es el uso de aguas subterráneas para abastecer estos cultivos, en un contexto de presión creciente sobre los acuíferos del departamento. Según el informe de Evaluación Ambiental del Valle del Cauca, el acuífero de Yumbo-Cencar presenta signos de sobreexplotación. Esta situación genera tensiones entre los distintos sectores productivos, el consumo humano y los ecosistemas dependientes de estas reservas hídricas.

Sin duda, esta concentración productiva ha traído beneficios económicos para el departamento. Sin embargo, las tensiones ambientales y sociales están en el centro del debate y seguirán siendo un tema prioritario cuando se hable sobre el futuro sostenible de la región.

### **Un bosque rico, una selva saqueada**

Más allá de la planicie cañera, el Pacífico vallecaucano guarda una selva húmeda tropical de una riqueza desbordante. Allí, la crisis medioambiental también es pronunciada. Lo grave es que es ocasionada por actividades ilegales.



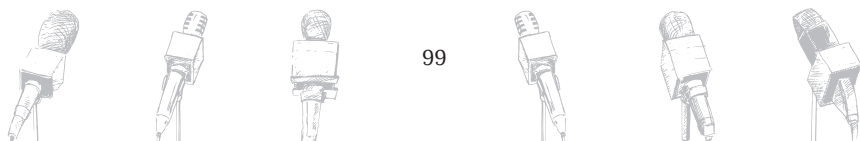
La minería ilegal ha arrasado bosques valiosos del Pacífico vallecaucano. En 2021 se deforestaron 579 hectáreas en el departamento, según datos del IDEAM citados en la Evaluación Ambiental Integral del Valle del Cauca realizada por la Universidad del Valle. Aunque es una cifra menor frente a otros departamentos, es un foco de presión persistente, especialmente en la región Pacífica, los Farallones de Cali y sus zonas de amortiguamiento. La tala, los cultivos de coca y la minería aurífera ilegal son los principales motores de esta pérdida de cobertura forestal. Dragas, retroexcavadoras y mercurio arruinan los ríos Anchicayá, el Naya o el Raposo. La contaminación por metales pesados afecta a los peces, a las comunidades ribereñas, a toda la cadena alimentaria. El tráfico de madera y los cultivos ilícitos completan el panorama.

Aquí, los ecosistemas no solo enfrentan la presión de la codicia: también el abandono. Las autoridades no se dan abasto y tampoco hay marcos legales fuertes para actuar. Las comunidades afrocolombianas e indígenas resisten con sabiduría ancestral, la presencia del Estado es débil, y la ley del más fuerte manda en muchos rincones del bosque.

### **Bahía en riesgo: Buenaventura y los manglares**

Esa misma presión se extiende desde los bosques del interior hasta los ecosistemas costeros del Pacífico.

En el litoral pacífico, la Bahía de Buenaventura refleja una de las tensiones más agudas entre desarrollo y conservación. Esta zona, vital para la biodiversidad marina y costera, presenta altos niveles de contaminación por aguas residuales, sólidos suspendidos, nutrientes y metales pesados. También se ha detectado la presencia de microplásticos, lo cual está afectando tanto a la fauna marina como a la salud de las comunidades costeras.



A esta situación se suma el debate en torno al dragado del canal de acceso. Esta intervención busca facilitar la navegación portuaria, pero también tiene impactos en los ecosistemas marinos. Entre ellos se encuentran la alteración de sedimentos y la afectación de especies vulnerables.

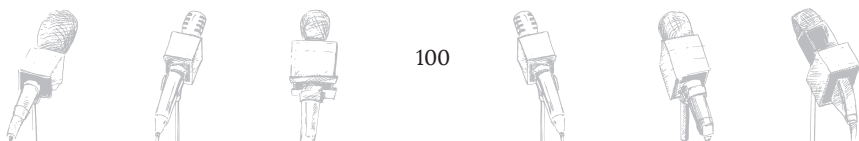
Los manglares, fundamentales para la protección costera y la crianza de especies marinas, están en riesgo por la expansión urbana informal, el vertimiento de residuos y la presión de actividades extractivas. A pesar de su relevancia ecológica y cultural, no siempre son prioridad en la planificación territorial. Organizaciones comunitarias y ambientales han promovido su conservación a pesar de las limitaciones estructurales y falta de apoyo sostenido.

### **Farallones de Cali: una joya natural bajo presión**

En el corazón del Valle, el Parque Nacional Natural Farallones de Cali –uno de los más biodiversos del país– enfrenta serias amenazas. Aunque fue creado para preservar ecosistemas clave de montaña, hoy sus bosques están siendo fragmentados por actividades ilegales que avanzan incluso dentro de sus límites.

La minería del oro, la tala de especies maderables, los cultivos ilícitos y la apertura de vías no autorizadas han afectado de forma crítica las cuencas hidrográficas que abastecen de agua a Cali. Incluso se ha identificado la construcción de acueductos y viviendas sin permisos. Estas intervenciones alteran el equilibrio de este ecosistema protegido.

Estas presiones ponen en riesgo especies endémicas y generan procesos de degradación que, en algunos casos, podrían tardar décadas en revertirse. Aunque se han realizado operativos y acciones de restauración, el parque sigue siendo un punto de tensión entre conservación, ocupación humana y economías ilegales. El mismo parque protege a los ilegales, quienes se camuflan fácilmente tras su espesura.



## **El crimen contamina**

Las economías ilegales son uno de los principales motores de degradación ambiental en el Valle del Cauca. En las zonas más alejadas del Pacífico, la presencia de grupos armados, junto con el avance de la minería ilegal y los cultivos de coca, ha reconfigurado el uso del suelo, desplazado comunidades y fragmentado ecosistemas clave.

A esto se suma la tala ilegal de especies maderables valiosas que continúan arrasando bosques primarios y ampliando la frontera agrícola sin control ambiental.

La extracción ilegal no se limita a minerales también se trafican fauna, flora y madera, mientras que los cuerpos de agua sirven de vías para actividades clandestinas. En muchas de estas zonas, el Estado no tiene capacidad de vigilancia ni presencia institucional.

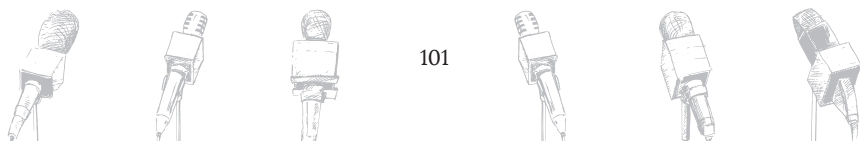
El resultado es un doble impacto: ambiental y social. A la pérdida de biodiversidad y contaminación de ecosistemas, se suma el desplazamiento forzado de poblaciones, la restricción de la movilidad, la vulneración de derechos y el deterioro de las condiciones de vida.

La degradación ambiental no es solo consecuencia de actividades extractivas: es también consecuencia de una geografía en disputa, donde la ilegalidad se impone sobre la sostenibilidad.

## **El futuro se calienta y se inunda**

En este mismo territorio, el cambio climático ya no es una amenaza lejana. Es un presente que se vive con sequías más intensas, lluvias más agresivas y temperaturas más altas.

Las proyecciones no son amables. Para 2040, se espera un aumento de casi 1°C en la temperatura media del Valle. Para



fin de siglo, podría ser de hasta 2.2°C. Los páramos están en riesgo. El nivel del mar podría subir, afectando manglares y comunidades costeras.

El Niño y La Niña se repiten con más fuerza. La 'Ola Invernal' de 2010-2011 casi revienta el jarillón del río Cauca en Cali: el agua estuvo a 10 centímetros de desbordarse. De haber cedido, al menos 900.000 personas habrían resultado afectadas por las inundaciones en la zona de influencia directa del jarillón, incluida buena parte del oriente de Cali.

En 2015, la sequía provocó una caída del 60% en las lluvias y un aumento de 2.5°C en las temperaturas.

### **Institucionalidad ambiental: un reto persistente**

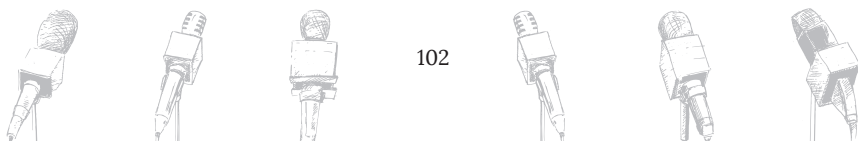
El Valle del Cauca tiene institucionalidad ambiental. La CVC ha impulsado planes, áreas protegidas, campañas. La entidad viene implementando acciones de adaptación al cambio climático en municipios vulnerables. También promueve la articulación entre actores institucionales y comunitarios para una gestión más efectiva del riesgo.

Sin embargo, los resultados no compensan la magnitud del daño. La preservación del medio ambiente no debe ser una tarea solitaria de una autoridad y exige el compromiso de toda la sociedad. Una deuda pendiente que tenemos todos.

### **Territorio y esperanza: comunidades que protegen**

Frente a los múltiples focos de deterioro ambiental, también emergen experiencias locales de protección, restauración y gestión sostenible del territorio.

En municipios como Sevilla, El Dovio y Trujillo, consejos comunitarios, juntas de acción comunal y organizaciones indígenas y afrodescendientes lideran procesos de conservación de microcuencas. También promueven el



monitoreo participativo del agua y acuerdos voluntarios de no deforestación.

En algunas zonas rurales del norte y sur del Valle se han declarado áreas protegidas municipales, con el respaldo técnico de la CVC y universidades regionales. Estos esfuerzos, aunque aún fragmentarios, muestran la capacidad de las comunidades para articular conocimiento tradicional y herramientas de gestión ambiental.

En Buenaventura, por ejemplo, varias comunidades han establecido pactos de conservación de manglares para preservar sus medios de vida y ejercer soberanía territorial.

Estas experiencias, invisibles en las estadísticas generales, son una reserva ética y ecológica valiosa. Representan una base clave para la transición hacia un modelo de desarrollo más equilibrado.

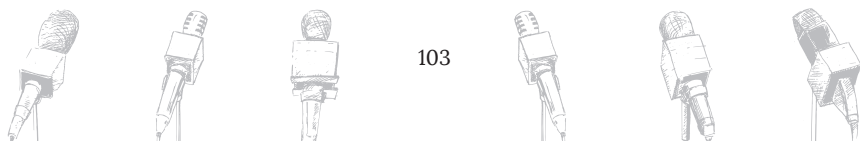
### **La ecología también es humana**

Estos procesos comunitarios se entrelazan con otro factor clave: el impacto directo del deterioro ambiental sobre la vida cotidiana. Los problemas ambientales son ecológicos y sociales, culturales y sanitarios.

La contaminación del agua genera enfermedades gastrointestinales. La exposición al mercurio afecta el sistema nervioso. La erosión reduce la productividad agrícola. Las inundaciones destruyen casas, escuelas, cosechas. Y las comunidades afro e indígenas pierden algo más que territorio: pierden memoria, identidad, futuro.

### **¿Es posible una reconciliación con la naturaleza?**

Yo creo que sí pero no basta con sembrar árboles o firmar convenios. Hay que desactivar los motores del daño: la ilegalidad, la indiferencia, la falta de visión.





El Valle del Cauca puede ser un modelo de desarrollo sostenible, pero necesita decisiones difíciles: regular con firmeza, invertir con inteligencia, educar con constancia y, sobre todo, escuchar a los habitantes de los territorios.

Reconstruir la armonía entre sociedad y naturaleza en el Valle del Cauca es un desafío técnico y un compromiso ético y colectivo. Ya no basta con medir el daño. Es hora de multiplicar las soluciones. El conocimiento científico, la acción comunitaria y la voluntad institucional deben encontrarse en un mismo propósito.

No se trata solo de proteger lo que queda. También debemos regenerar lo perdido y reimaginar lo posible. Porque cuidar el territorio no es una tarea de ambientalistas: es la condición mínima para garantizar vida digna en el presente y esperanza para el futuro.

La COP16, celebrada en Cali en octubre del 2024, ayudó a visibilizar la importancia de la biodiversidad y de la protección del medio ambiente. Más allá del evento, lo que realmente marcó la diferencia fue la movilización social que generó. Hubo más participación, más diálogo y más conciencia ambiental en los territorios. El desafío ahora es que ese impulso se traduzca en compromisos concretos y sostenibles, y no se disuelva con el tiempo y se convierta en documentos olvidados.

La responsabilidad del periodismo ambiental no termina en la denuncia o en la visibilización de los problemas. Nuestro rol también es contribuir a la construcción de una cultura ambiental sólida, crítica y participativa. Informar no basta: debemos educar, conectar saberes, amplificar las voces que cuidan el territorio y promover una conciencia colectiva que trascienda coyunturas. Este es un esfuerzo que requiere constancia, ética y una mirada de largo plazo. Porque cuidar el medio ambiente no es solo una tarea técnica o política; es, ante todo, un compromiso cultural.



## Buenaventura: la ciudad que Colombia olvidó

Cada vez que voy a Buenaventura, me surge la misma paradoja. Un gran puerto, uno de los más estratégicos del país, rodeado de una ciudad marcada por el abandono, la pobreza y la violencia. La contradicción es evidente. ¿Cómo pueden convivir el desarrollo y el rezago? Esta pregunta ha estado vigente durante toda mi carrera periodística y su respuesta es demasiado compleja.

Si a los colombianos les preguntamos cuánto del comercio exterior se mueve por Buenaventura, seguramente se acercan a la respuesta, pero si les preguntamos cuál es el nivel de pobreza o de pobreza extrema, no lo sabrán; menos aún el nivel de alfabetismo o de dependencia económica..

### Un puerto clave en el mapa global

Ubicado sobre el Pacífico colombiano, Buenaventura es el punto de conexión con los mercados de Asia y Norteamérica. Su relevancia para la economía nacional es innegable: aproximadamente el 45% del comercio exterior de Colombia pasa por sus muelles, movilizando alrededor de 18 millones de toneladas de mercancías al año, según cifras oficiales. El informe del Banco Mundial sobre rankings de productividad portuaria, ubica a Buenaventura como el tercer puerto en América Latina y el 21 a nivel mundial. Sin embargo, el desarrollo de la ciudad no ha estado a la par de la importancia estratégica del puerto.



El contraste es contundente. El 33,3% de la población de Buenaventura es pobre multidimensionalmente, según el Índice de Pobreza Multidimensional (IPM) del Dane a 2022. En comparación, el promedio nacional de pobreza multidimensional en Colombia es del 12,1%, lo que significa que en Buenaventura la pobreza multidimensional es casi tres veces mayor que en el resto del país. Este indicador evalúa privaciones en educación, salud, vivienda, empleo y acceso a servicios básicos.

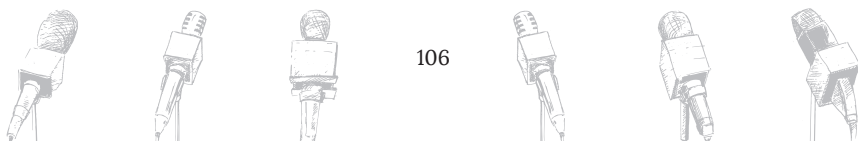
### **Las cifras más allá de las toneladas**

Buenaventura no es solo un puerto estratégico para el comercio exterior de Colombia. Es también una ciudad con desafíos profundos en pobreza, empleo, salud, educación y seguridad. La radiografía de Buenaventura es dramática.

La ciudad enfrenta una grave crisis social y económica. El desempleo estructural sigue siendo un problema crítico: el 43,5% de la población ha estado desempleada por largos períodos, sin acceso a trabajos formales y sostenibles. 63 de cada 100 habitantes son dependientes económicamente.

El acceso a servicios básicos es limitado. Mientras en otras ciudades del país el agua potable es una garantía, en Buenaventura el 24% de la población sigue sin acceso continuo al servicio de acueducto, y la cobertura del alcantarillado apenas alcanza el 54%, lo que impacta gravemente la salud pública. La inseguridad también sigue en niveles alarmantes: en 2023, la ciudad registró 42 homicidios por cada 100.000 habitantes, consolidándose como una de las más violentas de Colombia.

La educación, clave para romper los ciclos de pobreza, tampoco muestra grandes avances. En 2022, la cobertura neta en educación media fue del 35%, con una preocupante tasa de deserción escolar del 5,66%, significativamente más alta



que la media nacional. En las pruebas Saber 11, solo el 3% de los estudiantes de grado 11 alcanzaron el nivel B1 en inglés, una brecha que limita el acceso a oportunidades académicas y laborales.

Buenaventura no puede seguir definida solo por las toneladas de carga que pasan por su puerto. Debería ser prioritario que las inversiones en infraestructura y desarrollo económico sean acompañadas por estrategias de inclusión social, generación de empleo y fortalecimiento de servicios básicos. Sin estas acciones, el crecimiento del puerto seguirá contrastando con una ciudad sumida en el rezago y la desigualdad.

### **¿Por qué Buenaventura sigue en el abandono?**

Después de recorrer sus calles, hablar con sus habitantes y analizar sus datos durante muchos años, no me queda duda: el atraso de Buenaventura no es un accidente, sino el resultado de factores estructurales que han limitado su desarrollo.

#### **1. Falta de apoyo estatal y desorganización**

Buenaventura ha sido históricamente marginada en la distribución de recursos y oportunidades. Las promesas de inversión de los gobiernos nacional y regional rara vez se materializan. A esto se suman el desgreño local y la corrupción, que desvían recursos esenciales y perpetúan el estancamiento de la ciudad, impidiendo que el desarrollo alcance a quienes más lo necesitan.

#### **2. Violencia y desplazamiento: la lucha por el territorio**

Buenaventura no solo es un punto clave para el comercio, sino también para el conflicto. El dominio territorial de grupos armados, narcotraficantes y bandas criminales ha provocado desplazamientos forzados, extorsiones y asesinatos. Comunidades enteras han sido expulsadas de sus hogares, un fenómeno conocido como desterritorialización, que ha



debilitado el tejido social y económico.

### **3. Modelo económico excluyente**

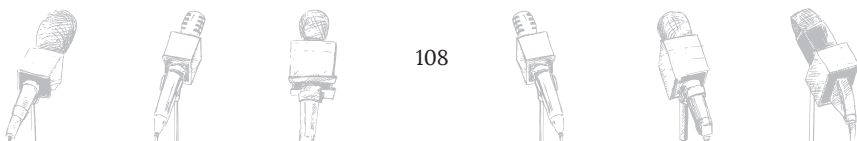
Sin duda, el modelo económico no funciona. A pesar del movimiento de carga y las inversiones portuarias, la riqueza no se traduce en beneficios para la población local. El crecimiento ha sido diseñado para atraer inversión extranjera y favorecer grandes empresas, pero no para generar empleo ni mejorar las condiciones de vida de los bonaverenses. En palabras de un líder comunitario: “El puerto es próspero, pero la ciudad sigue hundida en la miseria.”

### **4. Cultura y corresponsabilidad**

El abandono de Buenaventura no solo puede atribuirse al Estado y al modelo económico. También hay factores culturales que han incidido en la perpetuación de la crisis. La falta de confianza en las instituciones, el arraigo a economías informales y la normalización de la violencia han influido en la manera en que la comunidad enfrenta sus problemas.

Existe una corresponsabilidad de la población en exigir cambios y asumir un papel más activo en la transformación de la ciudad. La apatía ante la corrupción local, la resignación frente al desempleo y la poca organización comunitaria han impedido que las protestas y movilizaciones logren un impacto sostenido.

A pesar de esto, también hay ejemplos de resiliencia y organización comunitaria que demuestran que la población de Buenaventura tiene el potencial de liderar su propio cambio. La clave está en fortalecer la educación, el liderazgo social y la exigencia de transparencia en la gestión pública.

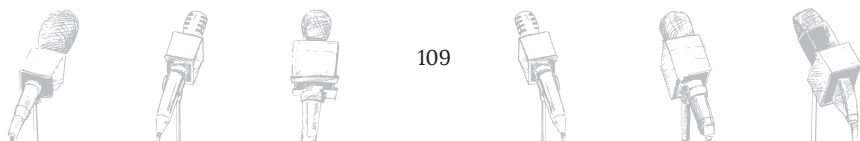


## **La fuerza cívica de Buenaventura**

En medio del abandono y la violencia, la comunidad de Buenaventura ha tejido un camino que trasciende el reclamo y se convierte en acción colectiva. La historia empieza en 2014, cuando los habitantes de la calle Puente Nayero decidieron enfrentarse a las estructuras armadas que dominaban su territorio. Bajo el liderazgo comunitario, con el respaldo de la Iglesia Católica y organizaciones de derechos humanos, declararon la zona como Espacio Humanitario, expulsaron a los grupos violentos y establecieron un perímetro de protección para sus más de mil habitantes. Fue la primera experiencia de este tipo en un contexto urbano en Colombia y sigue siendo un referente de dignidad en medio del miedo.

Esa experiencia preparó el terreno para el Paro Cívico de 2017, una movilización sin precedentes que paralizó la ciudad durante 22 días y logró captar la atención del país. Bajo el lema “Para vivir con dignidad y paz en el territorio”, más de 150.000 personas tomaron las calles, uniendo a líderes barriales, consejos comunitarios afro, sindicatos, iglesias, comerciantes y estudiantes.

Las demandas eran urgentes: agua potable continua, un hospital digno, inversión en educación, acciones contra la corrupción local. El Estado respondió con represión en un primer momento, pero luego tuvo que sentarse a negociar. El resultado fue un acuerdo con 176 compromisos firmados y la creación de un fondo especial de desarrollo (FonBuenaventura), con un presupuesto inicial de 1,5 billones de pesos. Se elevó a Buenaventura como prioridad nacional. Aunque el cumplimiento ha sido lento y desigual, el paro marcó un punto de quiebre en la relación entre la comunidad y el poder central.



Pero la resistencia no se detuvo allí. En 2019, el Comité del Paro decidió dar un paso más: presentarse a elecciones. Así, Víctor Hugo Vidal, uno de los líderes de la movilización, fue elegido alcalde, rompiendo décadas de dominio de las viejas maquinarias políticas. Sin embargo, a pesar de este logro simbólico, la implementación del acuerdo firmado tras el Paro ha sido lenta y fragmentada. A finales de 2024, la evaluación del estado general de los acuerdos presentaba cifras divergentes. Mientras la Vicepresidenta Francia Márquez afirmó que el gobierno actual logró pasar del 6% al 20% de cumplimiento, el Comité del Paro sostuvo que apenas se había avanzado en un 10%, ejecutando solo 14 de los puntos acordados. Entre los logros más destacados están la finalización de obras deportivas, el saneamiento del hospital y la formulación de planes turísticos e hídricos. Aun así, el rezago evidencia que la lucha por el progreso de Buenaventura está lejos de concluir.

### **Un futuro que no puede esperar**

Buenaventura es un reflejo de las contradicciones de Colombia: un país con grandes recursos, pero con profundas desigualdades. Mientras el puerto continúa creciendo, la ciudad que lo rodea sigue esperando desarrollo. La pregunta sigue abierta: ¿Cuánto más puede Colombia ignorar su puerto más estratégico?

La riqueza de Buenaventura no debería estar solo en sus contenedores, sino en su gente. Y hasta que eso no ocurra, el progreso del puerto seguirá siendo una ilusión que no toca tierra firme.



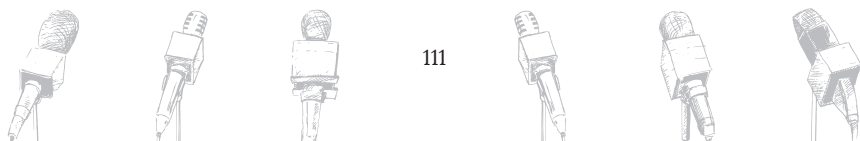
## Cali: de lo que soñamos, a lo que hacemos

Cuando comencé en el noticiero, apenas conocía de lo público que el alcalde era Germán Villegas Villegas. Mi primera nota fue sobre el presupuesto municipal con Eduardo José Victoria, secretario de Hacienda. Con paciencia, me explicó las finanzas públicas y, sin saberlo, despertó en mí el interés por las cifras. Desde entonces, he visto a Cali transformarse, con cada número contando una historia

### ¿Cómo ha cambiado Cali en tres décadas?

En 1992, el informe La Cali que Queremos diagnosticaba una ciudad con grandes desafíos, pero también con una hoja de ruta para el futuro. Participé activamente en ese proceso, el primero de muchos ejercicios de prospectiva sobre la ciudad que he presenciado. La metodología se basó en el análisis de tendencias socioeconómicas, urbanas y ambientales para proyectar los retos y oportunidades a futuro. Se advertía sobre el crecimiento desordenado, las deficiencias en educación, la crisis de seguridad, los problemas de movilidad y la falta de modernización en los servicios públicos. Treinta y cinco años después, esas predicciones no solo se cumplieron, sino que se convirtieron en problemas estructurales que seguimos enfrentando.

Cali ha crecido aceleradamente, pasando de 1.47 millones de habitantes en 1992 a más de 2.4 millones en 2023. Sin embargo, este crecimiento ha sido desigual y poco planificado. La





expansión urbana ha estado marcada por migraciones internas y desplazamientos forzados debido al conflicto armado, lo que atrajo población de otras regiones del suroccidente colombiano.

Desde los años 90, la ocupación informal del territorio ha sido una constante en Cali. Las invasiones y asentamientos subnormales proliferaron en la ladera y en la zona de expansión del oriente. La ciudad también se ha expandido aceleradamente, especialmente hacia el sur, con urbanizaciones que han enfrentado serios problemas de acceso a servicios públicos, transporte y seguridad.

El proceso de conurbación con Jamundí ha generado una mayor presión sobre las vías y la infraestructura urbana. Mientras tanto, en el oriente, la falta de espacio ha llevado a la población a asentarse en zonas de alto riesgo, como las cercanas al jarillón del río Cauca, donde las amenazas de inundación son constantes. En la ladera, la ocupación informal se ha extendido sin ningún tipo de planificación, agravando el riesgo de deslizamientos y la precariedad en el acceso a servicios básicos.

Este crecimiento desordenado ha profundizado las desigualdades. Muchas zonas carecen de infraestructura adecuada, lo que perpetúa la inseguridad, el desempleo y la falta de oportunidades educativas. Cali sigue expandiéndose sin resolver los problemas históricos de su urbanización, dejando a miles de familias en la incertidumbre de vivir en barrios sin regularización, con acceso precario a servicios básicos y expuestas a altos niveles de vulnerabilidad social.

Treinta y cinco años después, Cali sigue enfrentando los mismos retos estructurales que fueron diagnosticados en 1992. ¿Por qué no hemos logrado construir la ciudad que



soñamos? Las cifras demuestran que el tiempo ha pasado, pero las soluciones definitivas siguen pendientes.

Los años de reportería me han enseñado que las ciudades no cambian por decreto, sino por las fuerzas que las moldean: el desplazamiento, la migración, la violencia, el desempleo, la planificación (o su ausencia). En 1992, La Cali que Queremos advertía sobre los desafíos, pero también abría una ventana de esperanza. Tres décadas después, la realidad es más compleja. Hemos hecho lo posible, pero los problemas nos han desbordado.

### **Seguridad: el dilema que nunca se resuelve**

La inseguridad ha sido el fantasma de Cali durante toda mi carrera. Recuerdo las cifras de los años 90, cuando los homicidios superaban los 80 por cada 100,000 habitantes, una de las tasas más altas del mundo. En aquella época se presentaban cerca de 6 homicidios al día. En 2023, la cifra bajó a 47, pero sigue siendo alarmante. Vi nacer la epidemiología de la violencia, una metodología que busca ir más allá de las cifras para entender las razones. Siempre me ha impactado que tanto víctimas como victimarios de los homicidios en Cali son jóvenes. Igualmente, que cerca del 50% de las muertes violentas tienen origen en la intolerancia, lo que evidencia que más allá del crimen organizado, la violencia está arraigada en lo cotidiano y en la forma en que resolvemos los conflictos.

El problema no es solo la violencia letal. El hurto, la extorsión y la violencia intrafamiliar han crecido en las mismas comunas donde el Estado brilla por su ausencia. En la comuna 14, los robos se disparan, mientras en la 15 y 18 los enfrentamientos entre pandillas son parte de la cotidianidad. No es coincidencia que en estas mismas zonas la educación y el empleo sean insuficientes.



## **Las brechas en la educación**

Cali enfrenta una educación marcada por la desigualdad. En el sur y noroccidente la cobertura educativa es alta y los colegios privados obtienen mejores resultados en pruebas estandarizadas. En el oriente y la ladera la situación es crítica: déficit de infraestructura, alta deserción y baja calidad académica.

El Distrito de Aguablanca y el Oriente tienen los niveles más bajos de cobertura y retención en educación media. En la Comuna 14, la cobertura neta es del 57%, muy por debajo del promedio de la ciudad (68.6%). En la Comuna 16, la deserción en educación media alcanza el 30%, y en la Comuna 15, uno de cada cuatro estudiantes abandona el sistema antes de graduarse. En contraste, en la Comuna 22 la cobertura supera el 500% en primaria y secundaria debido a la concentración de colegios privados.

La calidad educativa también refleja esta brecha. Los colegios privados del sur y noroccidente superan en más de 10 puntos a los oficiales en las Pruebas Saber 11. Mientras tanto, en sectores vulnerables, la falta de formación docente, infraestructura inadecuada y entornos inseguros afectan el rendimiento académico. Además, la movilidad estudiantil agrava las diferencias: miles de niños y jóvenes deben trasladarse fuera de sus comunas para acceder a mejores colegios, lo que impacta su permanencia en el sistema. Las fronteras invisibles también afectan a los estudiantes.

Reducir estas brechas requiere inversión en infraestructura, estrategias de retención escolar y fortalecimiento de la educación pública. Sin una acción concreta, el sistema educativo seguirá perpetuando desigualdades que limitan el desarrollo de la ciudad.



Si algo aprendí cubriendo temas sociales es que la educación es la base de cualquier transformación. Pero en Cali, sigue siendo un privilegio para algunos. Cada edición de estudios como el Cali como Vamos o del Cali en Cifras confirma que las comunas con mayores deficiencias en infraestructura educativa coinciden con aquellas que presentan los índices más altos de violencia. Esto se ha convertido en una situación estructural, donde la falta de inversión en educación perpetúa la exclusión social y refuerza el círculo vicioso de la delincuencia y la pobreza.

### **El empleo: la otra cara de la moneda**

El desempleo es una de esas heridas que la ciudad nunca ha cerrado. En 2024, la tasa de desempleo general en Cali fue del 9.3%, pero en comunas como la 21, 14, 15, 12, 6 y 20 ronda el 20%. Estas cifras reflejan cómo el desempleo golpea con más fuerza a las zonas de mayor vulnerabilidad, que coinciden con las más violentas y con menor cobertura educativa

Más allá de las cifras, la situación laboral en Cali responde a una estructura económica dominada por la informalidad. El 90% de las empresas en la ciudad son microempresas, con fuerte presencia en comunas como la 1, 5, 6, 7, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 18 y 20. Mientras tanto, las grandes empresas y sectores industriales están concentrados en las comunas 2, 3, 4, 17, 19 y 22, generando una distribución desigual de oportunidades laborales.

La tasa de desempleo juvenil es una de las más alarmantes, con niveles que superan el 30% en comunas como la 14 y 16. El fenómeno de los NINIS en Cali es un reflejo del rezago en oportunidades educativas y laborales. En las comunas 14, 15 y 21, más del 60% de los jóvenes que no estudian ni trabajan provienen de hogares con condiciones económicas precarias, lo que limita sus posibilidades de acceder a empleo formal



o capacitación técnica. La falta de políticas activas para su inserción en el mercado laboral perpetúa la exclusión de una generación que, sin acceso a educación ni empleo digno, queda expuesta a la informalidad o, en el peor de los casos, a economías ilegales.

La informalidad no es una elección, sino la única alternativa para muchos. Vendedores ambulantes, mototaxistas, empleados sin seguridad social y pequeños comerciantes sostienen una economía paralela que es más visible en el oriente y nororiente de la ciudad. En comunas como la 10 y 17, incluso aquellos con acceso a subsidios del SISBEN III enfrentan tasas de desempleo del 24% y 28%, respectivamente.

El empleo en Cali no solo es una cuestión de cifras, sino de estructura económica y oportunidades reales. Mientras el crecimiento de la ciudad no se traduzca en una mejor distribución de la inversión y la generación de empleo formal, la brecha seguirá ampliándose. Sin políticas laborales inclusivas, sin capacitación pertinente y sin una visión integral del desarrollo, el desempleo seguirá siendo la otra cara de la moneda.

### **El transporte: un sistema en crisis**

Cuando empecé en el periodismo, ya hacíamos notas sobre la congestión y los problemas del transporte público. Las calles abarrotadas y las personas colgadas de los buses eran la imagen de muchas historias que narraban la crisis de movilidad en Cali. Han pasado décadas y, aunque el sistema ha cambiado, la problemática sigue latente.

Mientras la ciudad avanza en diferentes frentes, su sistema de transporte se ha convertido en un obstáculo para el desarrollo. La falta de infraestructura adecuada, la crisis del transporte público y la proliferación del transporte informal han generado un colapso vial que impacta la calidad de vida



de los ciudadanos. Este panorama no es nuevo: informes históricos, como el del programa 'Cali que Queremos' de 1992, ya alertaban sobre la necesidad de una estrategia integral de movilidad. Sin embargo, décadas después, la ciudad sigue atrapada en los mismos problemas estructurales.

Si algo ha marcado la movilidad en Cali en las últimas décadas es la crisis del transporte público. Metrocali, que prometía ser la solución para mejorar la movilidad urbana, ha enfrentado problemas estructurales desde su implementación. Esta empresa nació para liderar el metro de la ciudad pero nos quedamos en un sistema de buses que nunca resolvió el problema. Según Cali en Cifras 2023, la flota operativa del MIO se redujo de 855 vehículos en 2020 a 763 en 2022, mientras que la velocidad operacional promedio cayó a 14.7 km/h. Esto refleja un deterioro en la eficiencia del sistema y una creciente insatisfacción de los usuarios, que enfrentan tiempos de espera prolongados y rutas insuficientes.

En una ciudad sin transporte público eficiente, las alternativas privadas e informales son la única opción para muchos ciudadanos. El parque automotor de Cali sigue creciendo sin un modelo claro de planificación. En 2022, la ciudad registró 774.793 vehículos matriculados, de los cuales 500.686 eran de uso particular y 239.332 eran motocicletas. Mientras tanto, el transporte público apenas representaba 31.869 unidades. En contraste, en 1992, según el informe 'Cali que Queremos', había menos de 250.000 vehículos en circulación. Esto evidencia un crecimiento descontrolado del tránsito sin una estrategia clara para mejorar la infraestructura vial.

Este incremento ha derivado en una mayor congestión y tiempos de desplazamiento prolongados, especialmente en corredores clave como la Autopista Sur, la Calle 5, la Carrera 15 y la Avenida Ciudad de Cali, donde el tráfico colapsa. La ciudad ha tenido que recurrir a medidas como el pico y placa. Sin



duda, la crisis de movilidad impacta la calidad de vida de los caleños. El mototaxismo, los colectivos ilegales y los bicitaxis han proliferado como respuestas a la falta de un buen sistema de transporte público. En materia de movilidad y transporte, es triste decirlo, pero Cali es una ciudad subdesarrollada.

### **Servicios públicos: un reto sin solución definitiva**

Hablar de Cali sin mencionar a Emcali y los problemas estructurales de los servicios públicos sería ignorar una parte fundamental de la vida en la ciudad

Según Cali en Cifras 2023, el 84.1% de las viviendas en la ciudad cuentan con servicio de agua potable. Un elemento muy preocupante es que el 53.2% del agua potable se pierde debido a fugas y conexiones irregulares, un porcentaje alarmante que impacta la eficiencia del servicio. Como si esto fuera poco, el abastecimiento de agua depende en un 70% del río Cauca, un afluente con altos niveles de contaminación.

Con respecto al alcantarillado, el 83,9% de las viviendas tienen alcantarillado, pero la capacidad de evacuación de la red es insuficiente lo que genera continuas inundaciones. Además, el 28,7% de las aguas residuales no reciben tratamiento, lo que representa un problema ambiental y de salud pública.

En términos de energía, el consumo en la ciudad ha fluctuado en los últimos años. Aunque la cobertura es alta, con un 97,9% de hogares conectados a la red, la sostenibilidad del sistema sigue siendo un tema de preocupación. Emcali no genera energía y depende de las fluctuaciones del mercado regulado.

No merece mucho análisis la situación de telecomunicaciones. La ciudad está plenamente atendida por operadores privados de televisión, internet y telefonía móvil. Sin embargo, Emcali sigue con el lastre de esta unidad de negocio en la que perdió competitividad hace muchos años.



## **Cali en el espejo del futuro**

Después de 35 años reportando esta ciudad, sé que Cali es el reflejo de sus decisiones o de la falta de ellas. No hay seguridad sin educación, ni educación sin empleo, ni desarrollo sin planificación. La Cali que queremos no es un sueño, pero sí un reto que exige compromisos reales. Ya no bastan los diagnósticos.

Hoy, al ver las cifras y los barrios que cambian, me pregunto si en diez años seguiremos reportando lo mismo, o si al fin contaremos la historia de una ciudad que decidió cambiar su destino.

Cali no necesita otro diagnóstico, sino una decisión colectiva. Informar, analizar y advertir ha sido parte del trabajo periodístico durante décadas. Pero hoy, el reto va más allá: se trata de construir una cultura ciudadana capaz de exigir, proponer y sostener el cambio. La transformación de Cali no será el resultado de una administración, sino de un pacto social con visión de largo plazo. Y el periodismo, como espejo y motor de conciencia, debe acompañar esa tarea con responsabilidad, crítica y esperanza.





## Cali en pandemia: el virus y las banderas rojas

A veces las noticias no llegan por los medios, sino por la familia. En enero de 2020, cuando el COVID-19 aún era una palabra lejana en portales internacionales, yo ya sabía que algo grave se avecinaba. Mi sobrina Carolina vivía en China. Sus mensajes eran breves, casi cifrados: una enfermedad extraña, controles en las calles, confinamiento. Poco después, las alertas llegaron desde Italia y España, donde tengo amigas cercanas. Con ellas compartí el desconcierto, el miedo y esa sensación de que el mundo se estaba cerrando sin previo aviso.

En la redacción, el tema se asomaba con cautela. Como si fuera un rumor incómodo. Pero yo intuía que pronto sería imposible ignorarlo. El virus ya venía en vuelo, cruzando fronteras sin visa ni pasaporte. Y nosotros, los periodistas, aún no sabíamos qué papel asumir. Era importante aprender de la enfermedad y hacerlo rápido. Nos aliamos con médicos y expertos para enfocarnos en una labor pedagógica. Mientras las autoridades aún dudaban sobre el uso del tapabocas, nosotros lanzamos una campaña para promoverlo. No esperamos a que fuera obligatorio: lo promovimos por salud pública. Ante la escasez, enseñamos a hacer tapabocas y caretas caseras. Fue nuestra forma de informar, prevenir y acompañar a la comunidad desde la primera línea de la información.



## **Cuando el miedo era nuestra única certeza**

El 6 de marzo de 2020, Colombia confirmó su primer caso. Una mujer que regresaba de Milán. Ese día todo cambió, aunque aún no lo sabíamos. Informar sin alarmar, orientar sin certezas: esa fue nuestra tarea durante semanas. Publicábamos sobre contagios, toques de queda, pruebas PCR, ocupación UCI. El país entró en cuarentena el 24 de marzo. Las ciudades se vaciaron. Nosotros también nos encerramos, pero en otra rutina: la de contar una pandemia sin precedentes.

Una de las noticias que más me impactó transmitir fue el anuncio del aumento en la capacidad de los crematorios en Cali. Era una medida necesaria, aunque dolorosa. La ciudad se preparaba para evitar escenas que ya se veían en otras partes del mundo: cadáveres en las calles, morgues colapsadas. Fue una de esas noticias que uno nunca quisiera escribir, pero que la realidad obligaba a publicar. Nos enfrentábamos a una verdad cruda: estábamos en medio de una tragedia que superaba cualquier previsión.

Para septiembre de 2020, Colombia ya acumulaba más de 600.000 casos y 19.000 muertos. El año cerró con más de 50.000 muertes y el COVID-19 se convirtió en la primera causa de fallecimiento en el país. En total, se reportaron más de 6,3 millones de contagios y 143.000 muertes, según datos del Ministerio de Salud, la OMS y el portal Worldometer. En Cali, la situación fue igualmente crítica: se registraron 307.471 casos confirmados y 7.676 muertes por COVID-19, de las cuales más del 60% ocurrieron en 2021, según cifras de la Secretaría de Salud Municipal. Las cifras hablaban, pero aún no alcanzábamos a comprender el terremoto social que se venía.

## **Lo que no vimos venir**

Nos concentramos tanto en los contagios que dejamos de mirar alrededor. Mientras hacíamos seguimiento a la curva



epidemiológica, otra curva se disparaba: la del hambre. En barrios de Cali, la necesidad llegó antes que el virus. Las neveras vacías, los empleos informales suspendidos, la desesperación diaria.

La inseguridad alimentaria en el Valle del Cauca alcanzó el 53,6%. Cali tuvo una de las tasas de desempleo más altas del país: casi 28% en el peor momento. Recuerdo una escena que me marcó profundamente: recorrer las calles del centro de Cali y ver banderas rojas colgadas en las ventanas. Cada bandera significaba que en ese hogar no había alimentos. En una cuadra entera, todas las casas tenían su bandera. Era imposible no conmovirse, pero también era urgente actuar. En ese momento, presionar para que los mercados y las ayudas llegaran no solo era necesario, era vital.

### **La otra pandemia**

La casa, que debía ser refugio, se convirtió en muchas ocasiones en lugar de tensión. Con el confinamiento, aumentaron los casos de violencia intrafamiliar, especialmente contra mujeres, niñas y niños. El miedo al virus se sumó al miedo cotidiano dentro del hogar. Al mismo tiempo, la salud mental se deterioró en silencio: ansiedad, insomnio, irritabilidad, ataques de pánico. Muchos vivieron en soledad el duelo, la incertidumbre y la presión económica. No teníamos respuestas ni redes suficientes para sostenernos emocionalmente. Fue una pandemia dentro de la pandemia.

### **La escuela cabía en un celular... si había señal**

La educación fue otra gran víctima. En el papel, las clases seguían. En la realidad, miles de niños quedaron sin acceso. Una familia con tres hijos y un solo celular no podía garantizar aprendizaje. En zonas sin conectividad, la educación simplemente se evaporó. Se perdió un año, tal vez una generación.



Los maestros improvisaban, los estudiantes desertaban, los padres se agotaban. La brecha digital se convirtió en una brecha educativa. Y mientras unos aprendían por Zoom, otros sobrevivían en silencio.

### **Jóvenes: entre el encierro y la reinención**

La pandemia golpeó con especial dureza a los jóvenes. Perdieron empleo, aulas, redes sociales y sueños. Muchos se refugiaron en la desesperanza. Otros se reinventaron: emprendimientos caseros, activismo digital, voluntariados.

Un año después, esa energía contenida explotó en las calles. El estallido social de 2021 no fue casual. Fue consecuencia. Fue rabia acumulada. Pero esa es otra crónica. Aquí solo diré que la pandemia marcó a una generación. Aún hay quienes no logran salir del laberinto emocional que les dejó.

### **Después de la vacuna, ¿volvimos a ser los mismos?**

Cuando llegaron las vacunas, sentimos alivio. Cali vivió su propia campaña de inmunización, y con ella, una esperanza. Pero también enfrentamos otro desafío informativo: combatir la desinformación. En redes sociales circulaban temores, mitos y mentiras que minaban la confianza. Fue necesario explicar, insistir, desmentir. Lograr que los colombianos se vacunaran no fue solo un reto logístico, sino una batalla por la verdad. Volvieron los abrazos, los cafés, los encuentros. Pero algo había cambiado. Las cicatrices eran invisibles, pero hondas. Ansiedad, duelo, desconfianza. Algunos regresaron al ritmo anterior. Otros, simplemente no volvieron del todo.

Aprendimos mucho. Pero también olvidamos rápido. Nos adaptamos a una “nueva normalidad” como si nada hubiera pasado. El virus se fue, pero las desigualdades se quedaron.



## **Lo que el virus nos vino a decir**

El COVID-19 puso a prueba nuestro sistema de salud. Pero también nuestra forma de vivir, de convivir, de informarnos. Nos recordó que la vida es vulnerable, que el Estado es insuficiente y que la solidaridad no es un lujo: es una urgencia.

Como periodista, como ciudadana, como testigo, la pandemia me transformó. Me enseñó a mirar donde nadie mira, a contar las historias que no están en los boletines. Porque el virus no solo enfermó cuerpos. También dejó al descubierto lo que veníamos ignorando. Todavía no podemos dimensionar del todo el impacto de la pandemia. Los muertos los lloramos, los cuerpos los sanamos, pero las mentes y las emociones siguen lidiando con lo vivido.



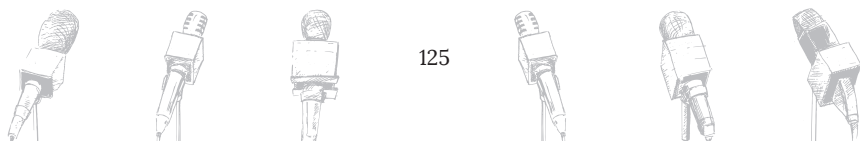
## **Estallido social: la historia que se escribió en las calles**

**E**l día en que empezó el estallido social, yo estaba en mi casa haciendo teletrabajo como lo había hecho desde el inicio de la pandemia. Pero aquella noche todo cambió. Desde mi habitación, en una zona cercana a Siloé, escuchaba los helicópteros sobrevolando la ciudad, disparos y estallidos. Eran los sonidos de fondo de una ciudad que había estallado. A lo largo de mi carrera periodística había cubierto muchas situaciones de “combate” pero nunca pensé que lo tendría que vivir a solo unas cuadras de mi casa.

Pero, a pesar del ruido y la sensación de peligro, yo no sabía realmente qué estaba pasando en la calle. La televisión mostraba imágenes fragmentadas, las redes sociales se llenaban de versiones contradictorias. En mi propia ciudad, en mi propio barrio, se libraba una batalla cuyo verdadero rostro aún no entendía. Entonces decidí salir.

### **El primer encuentro con la protesta**

Obviamente no quería hacerlo sola, no podía. Así que me puse en contacto con compañeros de Univalle al Barrio, un grupo de profesores que estaban yendo a los bloqueos. Ese domingo, irían a la glorieta de Siloé. Me uní a ellos porque quería ver lo que ocurría, quería escuchar a quienes estaban en la primera línea del descontento.



Lo que encontré fue muy distinto a lo que muchos describían desde la distancia. No vi una toma guerrillera, como aseguraban algunas narrativas. Vi jóvenes con ansias de cambio, frustrados pero organizados, indignados pero también esperanzados. Lo que más me sorprendió fue la presencia de familias enteras, reunidas en torno a ollas comunitarias, tejiendo lazos de solidaridad que en otros sectores difícilmente comprendemos. Sin embargo, con el paso de los días, también descubrí que en muchos puntos sí había infiltraciones y que algunas células urbanas de grupos subversivos estaban aprovechando la coyuntura. Para mí, el estallido social es como un cubo de Rubik: con muchos lados, con muchos colores y muy difícil de armar.

### **La resistencia de la Nave y Belén**

Desde el sexto día del paro y hasta el fin de los bloqueos, pasé muchas horas en el punto de resistencia de la NABE, un sector que conectaba a los barrios La Nave y Belén.

El punto de resistencia no era solo un lugar de protesta. Se convirtió en un espacio de diálogo, de organización y de tejido social. La gente compartía comida, se organizaban charlas sobre derechos humanos y política, se discutían estrategias para que la manifestación no se saliera de control. Fue allí donde conocí a personas con las que aún mantengo contacto, líderes que no nacieron en la protesta, sino que ya venían trabajando en sus barrios y que, después del estallido, siguieron luchando por un cambio real. Yo estaba haciendo mi trabajo: periodismo, escuchando todas las voces. Uno de los momentos más importantes fue cuando uno de los empresarios de Cali me llamó a preguntarme si era verdad que yo estaba yendo a los bloqueos y si él podía ir conmigo. Yo no sabía lo que eso significaría después. Efectivamente, fuimos. Él se sentó en un andén con los jóvenes de la primera línea. Los escuchó y ese diálogo ayudó a consolidar Compromiso Valle.



## **La Ruta Isabel Pérez: un puente entre sectores**

La Ruta Isabel Pérez fue una de las primeras iniciativas, una victoria temprana, de Compromiso Valle. Participé activamente en el proceso, un testimonio de un esfuerzo colectivo que nació en medio de la tensión y el descontento. Durante casi un año, cada semana llegábamos a Siloé con un grupo de empresarios y representantes de diversos sectores. Lo que comenzó como una iniciativa para conocer de cerca las demandas de una comunidad diversa, se transformó en un puente de comunicación y colaboración entre sectores que parecían irreconciliables.

La transformación física de la ruta es innegable. Me gustan las estatuas, jardines y murales que hicimos. Sin embargo, la metamorfosis que más me enorgullece es la que logramos en las relaciones humanas. Aquellos que al inicio caminaban como desconocidos, hoy están unidos por lazos de amistad y cooperación. Este cambio de dinámica es un reflejo de lo que soñamos: una Cali construida sobre el entendimiento mutuo, la inclusión y la prosperidad compartida.

## **Llegamos a La Estrella**

Recuerdo con especial significado una de nuestras caminatas. Un sábado, los líderes nos llevaron a La Estrella, un símbolo de la ciudad. Todos los caleños vemos La Estrella desde lejos, pero pocos saben que los 1.600 bombillos que la iluminan son a veces cambiados por la comunidad. Tampoco muchos conocen que en el tanque que la sostiene hay una sala de cómputo, también liderada por habitantes del sector.

La culminación de la caminata en la cima de Siloé nos recompensó con una vista espectacular de Cali, pero también se convirtió en una metáfora del camino que la ciudad tiene por delante. Para llegar a La Estrella caminamos tres horas, bajo un sol intenso y una pendiente desafiante. Llegamos cansados,





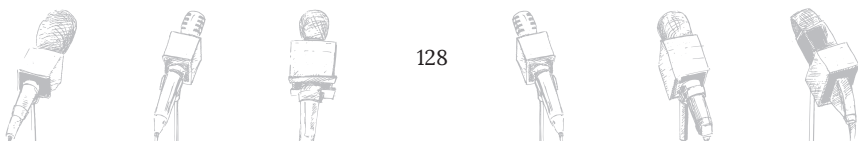
sudados pero felices. Para mí, eso significa que, a pesar de las dificultades y los desafíos, unidos, los caleños somos capaces de superar cualquier obstáculo y construir un futuro mejor.

Durante más de un año, Siloé me ofreció innumerables historias por contar. La experiencia que viví allí trascendió el ejercicio periodístico; fue un testimonio de transformación y esperanza. Demostró que la colaboración entre distintos sectores puede generar cambios profundos, tanto en la ciudad como en su tejido social. El futuro de Cali se construye con el esfuerzo conjunto de todos, más allá de diferencias sociales, políticas o económicas.

### **Las voces del estallido**

Durante el estallido escuché muchas voces, algunas todavía las escucho. Me reafirmaron mis valores y creencias. El periodismo no puede estar al servicio de los poderosos; debe estar al servicio de los ciudadanos y ser el puente que los conecta con quienes tienen las soluciones. El estallido social no fue un fenómeno homogéneo. En la calle, la protesta tenía múltiples rostros y discursos. Algunos hablaban desde la indignación, otros desde el dolor, y otros desde la esperanza de que las cosas realmente podían cambiar.

Tres de esas voces siguen presentes en mi vida. Mayra Mueses, una joven activista, me hizo ver que el estallido fue también un despertar colectivo. Para ella, la protesta demostró que la juventud tiene un poder que no siempre reconoce y que, cuando se organiza, puede transformar la realidad. Como muchos jóvenes, no encontró el camino a su futuro en nuestro país y emigró a Europa. Andrés López me recordó que la rabia en las calles no nació de un día para otro, sino que era el reflejo de una frustración acumulada por años de abandono y falta de oportunidades. Su camino hacia el cambio lo está recorriendo



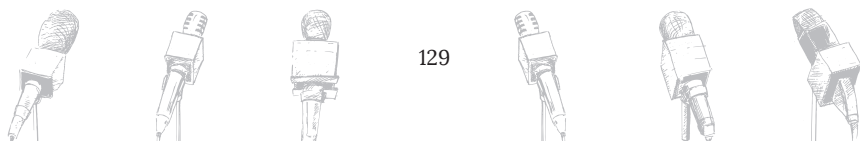
en el mundo de la política. No me lo ha dicho pero empiezo a percibir algo de frustración. Geovanny Jurado ('Eco') me mostró la complejidad humana de la protesta: su hermano era miembro del ESMAD y murió durante el estallido, y en ese duelo entendió que más allá de los bandos, la lucha de fondo era la misma. Él sigue lidiando con las dificultades y la falta de recursos de los líderes sociales.

Tres años después del paro, organicé un conversatorio con personas que lo vivieron de maneras muy distintas. En la Biblioteca Departamental nos dimos cita para escucharnos. Allí conocí a Yojan Gómez, quien me reforzó la idea de que, a pesar de las diferencias ideológicas que podamos tener, con respeto podemos construir juntos y que, al final, todos queremos lo mismo: una mejor calidad de vida, prosperidad y progreso. Su proyecto, Cali Habla, encarna de manera hermosa lo que creemos en el poder del diálogo, recordándonos que unidos podemos construir un futuro mejor. Él encarna para mí que podemos sentir afecto, admiración y respeto por personas que piensan distinto y que por el contrario nos enriquecen con su visión.

Ellos son solo cuatro de las valiosas personas que conocí con motivo del paro y que sigo escuchando en actividades periódicas. Son un polo a tierra que me recuerda que, si bien todos estamos en la misma tormenta, no todos vamos en el mismo barco.

## **El poder del diálogo**

Uno de los procesos más impactantes que surgió después del estallido fue el diálogo entre policías y manifestantes, facilitado por el Instituto para la Paz de Estados Unidos. En esos encuentros, ambos grupos dejaron de verse como enemigos. "Cuando conocí a Alejandro, un patrullero de la Policía, me di



cuenta de que era un joven como yo”, me contó Daniel, uno de los manifestantes que participó en el proceso.

El reconocimiento mutuo no borra lo que ocurrió en las calles, pero abre la posibilidad de imaginar un futuro distinto, donde las diferencias no conduzcan al enfrentamiento.

### **Las cicatrices del estallido**

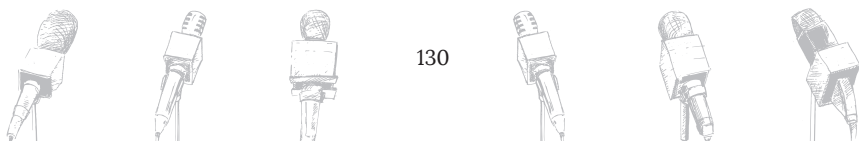
El estallido dejó heridas profundas. Las noches de helicópteros y disparos no se borran fácilmente. Los bloqueos trajeron consecuencias para la ciudad, los enfrentamientos con la fuerza pública marcaron a muchas familias, y la polarización no desapareció con el fin de las manifestaciones. Las consecuencias del estallido son tantas, las heridas tan profundas que el miedo sigue latente. Cali debe seguir avanzando en la reconciliación. Los estallidos no pueden convertirse en una amenaza, ni en un anhelo, mucho menos en una táctica política.

### **Más allá de la resistencia**

Hoy, el estallido social ya no llena titulares. Pero eso no significa que sus causas hayan desaparecido. Los problemas que llevaron a los jóvenes a las calles siguen allí: la falta de oportunidades, la desconfianza en las instituciones, la desigualdad.

Sin embargo, también han quedado semillas de cambio. Aquellos que se encontraron en las calles han seguido construyendo desde distintos frentes: en el activismo, en la educación, en el trabajo comunitario. Porque la protesta, por más intensa que sea, solo es el inicio de la transformación.

La pregunta que sigue en el aire es: ¿qué se hace después de una crisis social de esta magnitud? Los estallidos no son puntos finales, sino pausas incómodas que obligan a replantear el camino.



Lo que quedó del estallido no es solo una serie de recuerdos. Es una lección de que la sociedad está en constante construcción, de que la indignación puede ser el inicio de un cambio y de que la historia de una ciudad no la escriben solo quienes gobiernan, sino también quienes exigen ser escuchados.



## Jóvenes: entre promesas y realidades

Hace 35 años comencé a escribir sobre jóvenes. Tenía 20 años, tan joven como los protagonistas de mis crónicas. Recuerdo especialmente un hecho que marcó mi visión sobre la juventud en Colombia: un disturbio en el centro de reclusión Valle del Lili. Conocí allí a jóvenes atrapados por el delito, manipulados por grupos criminales que usaban la ley del menor como escudo. La falta de opciones los convertía en piezas de un engranaje violento.

En esos días, la policía organizaba torneos de fútbol en Aguablanca como alternativa. Un día, la actividad se canceló por amenazas a los organizadores. Muchos jóvenes preferían entrenar antes que servir de campaneros a bandas criminales. Lo que viví entonces no fue un hecho aislado. Ha sido un eco constante en mi trabajo: la desconexión entre educación y oportunidades, y el vínculo entre delito y falta de opciones.

Años después, en un foro sobre empleo juvenil tras la pandemia, un panelista dijo algo que me impactó: muchos jóvenes preferían ganar 400 mil pesos en una tarde con grupos delictivos que 50 mil trasnochando en un empleo legal. Lo he visto, en los barrios muchos admiran a quienes logran cumplir sus sueños gracias al crimen rentable.

Durante un tiempo, programas como Ser Pilo Paga parecían una respuesta. Iniciativas que premiaban el esfuerzo



académico y daban esperanza a quienes más lo necesitaban. También conocí apuestas locales públicas y privadas valiosas, pero aisladas. No se han consolidado como políticas de Estado sostenidas y con impacto. Mientras tanto, vi cómo crecía el desencanto. Medidas del actual gobierno que “pagan por dejar de delinquir” no alejan a los jóvenes del delito; al contrario, refuerzan la idea de que entrar en él puede ser rentable.

### **Desempleo juvenil: un futuro incierto**

Entre diciembre de 2023 y febrero de 2024, el desempleo juvenil en Cali fue del 17,8%, según el DANE. Aunque es la segunda cifra más baja entre las principales ciudades, sigue siendo alta. A nivel nacional, la tasa bajó del 19,9% al 15,6%, pero la brecha frente al desempleo general (9,7%) persiste.

La falta de experiencia, la desconexión entre educación y empleo, las barreras socioeconómicas y la informalidad laboral mantienen a los jóvenes atrapados en trabajos precarios. Durante el estallido social conocí a muchos. Luego, en el programa de empleabilidad de Compromiso Valle, les hablé de oportunidades. Nadie envió su hoja de vida. “La calle da más plata, doña Rosita”, me dijeron.

Pero la situación no afecta solo a jóvenes con educación media. En 2023, Cali tuvo el menor porcentaje de jóvenes empleados con educación superior entre las cinco ciudades principales. El observatorio de empleabilidad del Ministerio de Educación indica que el 34,9% de los jóvenes sigue sin trabajo un año después del grado. A pesar de que tener un título reduce el riesgo de desempleo, el panorama no es alentador. Esto sugiere un desajuste entre la oferta académica y el mercado. Igualmente justifica la migración de jóvenes preparados, una gran pérdida para el país.

Buena parte del empleo juvenil se concentra en agroindustria, turismo y cultura, sectores con alta informalidad. Construcción,



finanzas y servicios públicos emplean menos jóvenes por requerimientos técnicos que muchos no pueden alcanzar.

El desempleo juvenil no es solo una cifra. Es frustración. Es sentir que no hay lugar en el sistema. Esto alimenta pobreza, inseguridad y violencia.

### **Educación: ¿puente o promesa vacía?**

En los 90, La Toma de las Comunas, una iniciativa del Diario Occidente y el Noticiero del Pacífico, me permitió recorrer barrios del oriente de Cali. Me enseñó mucho de la ciudad, pero sobre todo de su gente. Una mañana, pregunté a un joven por qué no estudiaba. “¿Estudiar para qué, si después no hay en qué trabajar?”, respondió. Esa frase resume lo que piensan los jóvenes. Un concepto arraigado que afecta el futuro de nuestra sociedad.

La pandemia agravó el problema. Más de 770 mil estudiantes desertaron en 2020, según el Ministerio de Educación. Muchos no encontraron razones para volver. En 2021, el 22% de los jóvenes entre 15 y 28 años no estudiaba ni trabajaba. En Cali, esa proporción fue del 32,7%, según el DANE. Un caldo de cultivo perfecto para el estallido social. Una realidad que se nos mostró con violencia.

Durante décadas se ha dicho que la educación es el camino al progreso. Pero en Colombia, ese camino suele conducir a un callejón sin salida. Aunque la cobertura bruta en educación superior superó el 50% en 2022, millones no logran terminar el bachillerato, y pocos acceden a la universidad. El costo, la falta de cupos, la deserción por necesidad o la baja pertinencia de los programas expulsan a miles cada año.

Y no se trata solo de entrar. Una vez adentro, el panorama tampoco es alentador. En las pruebas PISA 2022, el 71% de los estudiantes colombianos obtuvo resultados por debajo del nivel



mínimo en matemáticas, y más del 50% tuvo dificultades para leer y comprender textos básicos. En pensamiento creativo, Colombia fue uno de los países con menor puntuación. No es culpa de los jóvenes. Es el reflejo de un sistema desactualizado, con baja inversión, escaso vínculo con el mundo laboral y docentes sin condiciones dignas.

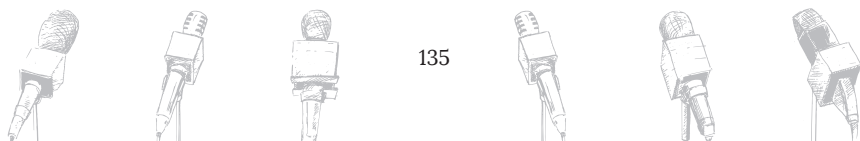
La educación promete movilidad social, pero muchas veces refuerza la desigualdad. Jóvenes en contextos vulnerables estudian en colegios con menos recursos, compiten con quienes lo tienen todo. La brecha no es solo académica, es estructural.

Programas de educación para el trabajo, técnicos y tecnológicos han intentado cerrar esa brecha, sobre todo los que articulan estudio y trabajo. Pero siguen siendo apuestas fragmentadas. Necesitamos un sistema que amplíe el acceso y forme para el mundo real: digital, cambiante, competitivo. Nuestra sociedad debe devolverle a los jóvenes la convicción de que estudiar sí vale la pena.

### **Cuando ni trabajar ni estudiar son opciones**

En el Valle del Cauca, miles de jóvenes enfrentan una doble exclusión: ni estudian ni trabajan. Según el DANE, en 2020, el 32,7% de los jóvenes en Cali (175.059 personas) eran “NINIs”. El 57,7% vivía en pobreza monetaria. Esta desconexión entre oportunidades y acceso real crea un círculo vicioso: sin recursos no se puede estudiar ni buscar empleo, y sin eso, la pobreza se perpetúa.

La situación es crítica para las mujeres. Lina, una joven de 17 años en el oriente de Cali, dejó el colegio para cuidar a su hijo recién nacido. Soñaba con ser enfermera, pero en su casa siempre había algo más urgente que estudiar. Muchas jóvenes enfrentan lo mismo: embarazo adolescente, tareas de cuidado, informalidad, desempleo de sus padres y bajos





niveles educativos en el hogar. La mayoría de NINIs inactivos son mujeres fuera del sistema productivo.

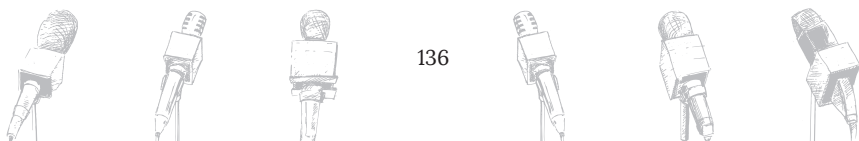
El reto no es solo cuantificar el problema, sino enfrentarlo con decisiones estructurales. Las soluciones deben ir más allá de programas sueltos. Se necesita una estrategia integral que conecte educación media y técnica con empleo, que incluya políticas de cuidado para liberar a las mujeres jóvenes. También es clave fortalecer el entorno familiar y garantizar que ningún joven abandone sus sueños por falta de oportunidades.

### **Pandillas: la violencia como refugio**

El tema de las pandillas y la delincuencia juvenil ha sido una constante en mis crónicas. Desde hace décadas, he documentado cómo muchos jóvenes, sin opciones reales, terminan atrapados en redes criminales que les ofrecen lo que el sistema les niega: respeto, pertenencia y dinero rápido. Con la llegada de las redes sociales, incluso llegué a escribir sobre jóvenes que se citaban por Facebook o Messenger para enfrentarse a golpes, como si la violencia fuera una forma de validarse frente a los otros.

Según datos del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), cada año, alrededor de 8.000 adolescentes son sancionados penalmente por la comisión de delitos. Los principales delitos cometidos por estos jóvenes incluyen el hurto, el porte y tráfico de estupefacientes y armas, seguidos por lesiones personales. La mayoría de estos jóvenes infractores tienen entre 16 y 17 años, y la proporción de hombres involucrados en actividades delictivas es significativamente mayor que la de mujeres, con una relación de 10 a 1.

Según datos de la Policía Nacional, en Santiago de Cali, el 54% de los capturados por delitos entre 2010 y 2017 tenían entre 18 y 30 años, y el 84% eran hombres. Estos jóvenes, en su mayoría



desempleados o con ocupaciones informales, encuentran en las pandillas una salida a la falta de oportunidades.

Además, informes recientes indican que, entre enero y febrero de 2024, se registraron 1.244 casos de violencia intrafamiliar en los que las víctimas fueron menores de edad, lo que refleja un entorno de vulnerabilidad que puede propiciar la vinculación de los jóvenes a actividades delictivas.

Hoy, las bandas no solo reclutan, moldean. En muchos barrios de Cali, ser parte de una pandilla es casi un destino. Para algunos adolescentes, portar un arma, tener una moto y “mandar en la cuadra” es más accesible que terminar el bachillerato. La calle se vuelve un atajo tentador frente a un sistema que les exige mucho y les ofrece poco.

Pero hay caminos distintos. Experiencias como los Distritos de Mejoramiento Comercial en Los Ángeles lograron reducir delitos violentos con inversión urbana, limpieza y seguridad. En Richmond, restringir la venta de alcohol y controlar el expendio de drogas disminuyó drásticamente las lesiones por violencia. En Baltimore, mediadores comunitarios lograron reducir homicidios en barrios marcados por las pandillas.

La lección es clara: la violencia juvenil no se combate solo con castigo. Se disputa con presencia institucional, oportunidades concretas y espacios seguros. Las pandillas ofrecen sentido de pertenencia. El reto es que la sociedad ofrezca algo mejor.

### **Un futuro posible: ¿qué podemos hacer?**

Después de tantos años de promesas, sigo preguntándome: ¿qué más debe pasar para que reaccionemos? Treinta y cinco años de discursos, esfuerzos y frustraciones. ¿Por qué no hemos podido ofrecer a los jóvenes las oportunidades que merecen? Necesitamos un cambio de enfoque. No más parches. Hay que



dejar de ver a los jóvenes como un problema y reconocerlos como el recurso más valioso del país. Siguen luchando, incluso cuando el sistema los margina. Es hora de ofrecerles más que palabras. Es hora de construir un país donde puedan soñar y, sobre todo, hacer realidad sus sueños.



## Del estallido al tejido: agujas que unen

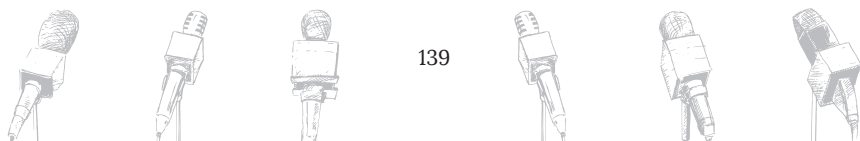
**D**espués del estallido, vino algo inevitable: la necesidad de volver a tejer. Desde el dolor y la rabia, surgieron redes, diálogos y proyectos que intentaban transformar lo que antes apenas se denunciaba. Durante estos 35 años he acompañado muchas iniciativas ciudadanas que buscan precisamente eso: reconectar, sanar, construir comunidad. La Ruta Isabel Pérez, el Mural de Tapitas, las campañas de útiles escolares o de ayudas para damnificados, entre muchos, me han enseñado que la unión por una causa común crea tejido social.

### **Hacer también es resistir**

Todas las experiencias son únicas, pero para mí el “Tejido Social por el Medio Ambiente”, que se presentó en Cali durante la COP16, tiene un sentido especial.

Antes de entrar en los detalles de esta obra, vale la pena detenerse en el concepto de tejido social. No se trata de una idea abstracta o un eslogan de campaña. El tejido social es la red de vínculos, confianzas, afectos y compromisos que sostiene a una comunidad. Es lo que permite que, ante una emergencia, los vecinos se organicen; que un grupo de madres de barrio impulse una biblioteca; que jóvenes de distintas comunas trabajen juntos por una causa ambiental.

En épocas recientes, hemos visto cómo el concepto de resistencia en nuestro país ha sido asociado, con frecuencia,



a la destrucción, al daño a lo colectivo o a expresiones de violencia. Resistir también puede significar lo contrario: construir, sumar, persistir en medio de la adversidad. El tejido social es una forma de resistencia que no rompe, sino que une; que no destruye, sino que repara. Y eso lo hace profundamente poderoso.

En ese sentido, el tejido social no es algo que se decreta desde arriba ni se impone por políticas públicas aisladas. Se construye desde abajo, con trabajo colectivo, con voluntad ciudadana, con actos que, aunque parezcan pequeños, sostienen lo común. Y en ese proceso, se tejen también valores: la solidaridad, la empatía, la generosidad, la cooperación. Valores que hoy parecen desdibujados, en una sociedad donde muchas veces se aplaude más el atajo que el esfuerzo, la fama que el compromiso, el provecho individual que el bien común.

El tapiz vino a recordarnos que otra escala de valores es posible, y que sigue viva en cientos de personas que, sin esperar nada a cambio, entregaron su tiempo, su arte y su corazón para construir algo juntas.

### **Una idea que unió a desconocidos**

Por eso, cuando una sola persona lanza una idea que moviliza a cientos, como ocurrió con este tapiz, estamos viendo el tejido social en acción, fortaleciéndose en tiempo real.

¿Qué tiene de especial un tapiz de diez metros de ancho por cinco de alto, compuesto por casi 5.000 piezas de crochet? Todo.

Lo primero que quiero resaltar es la forma en que surgió: la iniciativa de una sola persona que, en medio de un clima de desconfianza generalizada, logró convocar a cientos de personas desconocidas, unidas por el deseo de aportar.



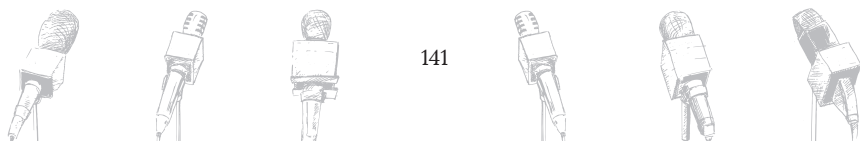
El tapiz no fue hecho por artistas consagrados ni por encargo estatal. Surgió de un acto de fe colectiva. Más de 350 personas, desde niños hasta adultos mayores, desde tejedores caleños hasta abuelas del Meta, desde estudiantes de Univalle hasta tejedores de Alemania, se unieron sin conocerse. Tenían un propósito común: darle a Cali un regalo que la representara frente al mundo.

### **La diversidad, punto de encuentro**

Este no fue solo un proyecto ambiental. Fue una acción de resistencia frente a la desconfianza y la fragmentación que dejaron la pandemia y el estallido social. En una ciudad como Cali, marcada por la polarización, el tapiz demostró que es posible construir algo hermoso desde las diferencias. Cada hexágono, con sus imperfecciones, sus colores intensos o desiguales, representa la diversidad de sus tejedores.

El proceso de creación colectiva tuvo obstáculos: escasez de hilos, piezas sobrantes de un color, ensamblajes fallidos, ajustes de última hora. También hubo soluciones tejidas a punta de paciencia, reuniones y mucha creatividad. Colombia, por ejemplo, no se destacaba en el mapa. Hasta que se tomó la decisión de bordearla, añadirle mariposas, una orquídea, una flor de Inírida. Y entonces brilló.

Durante la COP16, el tapiz fue instalado en el edificio Coltabaco, donde miles de personas lo visitaron. Muchos lloraron, otros compartieron historias personales vinculadas al tejido, y unos cuantos aprendieron a tejer frente a él. Hubo testimonios que me siguen rondando la cabeza: una mujer que recuperó el deseo de tejer tras perder parcialmente la vista, un hijo que recordó a su madre con alzhéimer al ver los grannies, una niña que vio en el tapiz la manta que su abuela tejió antes de morir.



## **¿Qué estás tejiendo por tu comunidad?**

Hablar de tejido social también es hablar de corresponsabilidad. No basta con admirar el trabajo, si no nos preguntamos qué tanto estamos haciendo nosotros. Los que no participan, no se integran ni aportan, también son parte del problema. No todo se resuelve desde el Estado, nada se transforma si la ciudadanía permanece indiferente. Tejer comunidad es un esfuerzo compartido. Cada acción cuenta, cada vínculo suma, cada compromiso fortalece lo común.

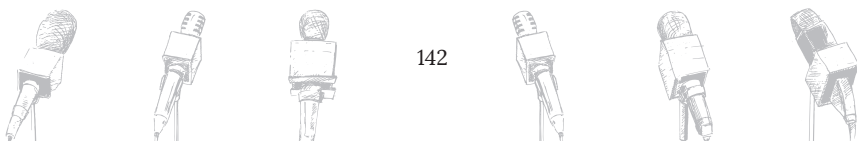
En mi recorrido, he aprendido que los proyectos que dejan huella no son los más grandes en presupuesto, sino los que logran conmover, reunir y transformar. Este tapiz es una de esas raras piezas que logra todo eso. Es arte, es memoria, es acción colectiva.

Hoy, los titulares están llenos de desesperanza por eso creo que vale la pena mirar este ejemplo. Porque si algo nos recordó este proyecto es que el tejido social se construye como se hace un grannie: con tiempo, cuidado, con otros. Y que no hay puntada pequeña si el propósito es común.

## **El desafío de mantener viva la inspiración**

¿Qué viene después para estos proyectos? Tras la COP16, una de las grandes frustraciones fue el poco valor que las autoridades locales le dieron a esta obra colectiva. A pesar del impacto emocional que generó, y del símbolo de unidad que representó, al momento de escribir esta columna el tapiz permanece guardado en una caja. Los funcionarios de la Alcaldía de Cali llamados a definir su ubicación definitiva nunca hicieron la gestión.

Este hecho evidencia un problema más profundo: en Colombia, la construcción colectiva de la ciudadanía muchas veces es ignorada o minimizada, mientras que otras formas de resistencia, ligadas a la destrucción o el enfrentamiento,



reciben mayor atención. Lo que falta es una conexión auténtica entre los funcionarios y la ciudadanía que los eligió. Las personas que llegan a lo público parecen olvidar que están allí para servir a los ciudadanos, no para administrar desde la distancia. Cuando una comunidad construye algo y no encuentra eco en la institucionalidad, el mensaje que se envía es desalentador. Y sin embargo, la gente sigue creando, sigue creyendo, sigue tejiendo.

Lo más potente es que, mientras el tapiz esperaba destino, ya estaba naciendo un nuevo proyecto inspirado en él: la creación del primer techo de crochet de Colombia, con nuevas tejedoras, nuevos participantes y el mismo espíritu colaborativo. Porque eso es lo que hacen las buenas ideas: se replican, inspiran, invitan a otros a actuar. Ese es el verdadero mensaje del tejido social: todos tenemos la capacidad de motivar, de sumar, de activar cambios desde lo cotidiano.

Tejer comunidad es una apuesta real por construir país desde abajo, una puntada a la vez.





## Mujer y periodista

**A**ntes de ser periodista, antes de enfrentar una redacción o de dirigir un medio de comunicación, mi primer “no” por asuntos de género lo recibí en mi proceso de ingreso a la universidad.

Quería estudiar Ingeniería Industrial. Me gustaban los números, la lógica, los desafíos estructurados. Mi ICFES era alto, había sido una de las mejores alumnas de mi colegio. Confiaba en que tenía el perfil para entrar a la Universidad Javeriana de Cali pero no me recibieron.

Pedí una cita con el rector para entender por qué, y me la concedieron a pesar de que tenía apenas 17 años. Creía que si exponía mi caso, cambiaría la decisión.

Su respuesta me dejó confundida:

—Educar a las mujeres es muy costoso. Muchas desertan en quinto semestre, se casan y dejan la carrera. Según sus pruebas psicotécnicas, usted tiene el perfil de casarse joven. La universidad consideraba que educarme sería un recurso perdido.

No importaban mis calificaciones, mi esfuerzo, ni mis ganas. Importaba el prejuicio de que una mujer debía casarse antes que construir una carrera.



Muchos años después, ya como directora de Occidente, tuve la oportunidad de hablar con otro rector de la Javeriana. No era el mismo, pero le conté la anécdota. No buscaba revancha ni disculpas, solo quería que supiera que, a pesar de lo que la institución pensó de mí, había construido una carrera, había dirigido medios de comunicación, había tomado decisiones en espacios donde pocos esperaban ver a una mujer. Ah, y no me había casado.

No hubo respuesta. Solo un breve silencio y una sonrisa de los dos. Los tiempos habían cambiado, pero la historia no se borra.

Ese mismo año fui aceptada en Univalle para estudiar Ingeniería Industrial. Sí, deserté, pero no para casarme, sino para seguir mi verdadera pasión: el periodismo.

### **Rompiendo el molde**

En quinto semestre comencé a hacer reportería en televisión, en el recién nacido Telepacífico. En ese momento, el periodismo estaba dominado por la prensa y la radio, donde casi todos los reporteros eran hombres. Las “chicas” de la televisión no éramos vistas como periodistas, sino como imágenes decorativas. Era difícil que nos dejaran preguntar en las ruedas de prensa. Además ¿qué hacíamos cubriendo temas serios y no farándula? La situación se moderó con el tiempo, pero no cambió del todo.

Diez años después, siendo directora del Noticiero del Pacífico recibí la visita de un alcalde de un municipio nariñense. Entró a la redacción preguntando por el director. Salí a recibirlo y volvió a preguntar por el director, insistiendo en que era con él con quien quería hablar.



—Yo soy la directora —respondí con la seguridad de quien ha vivido esa escena demasiadas veces. Su expresión pasó de la incredulidad a la incomodidad. Se disculpó amablemente, explicando que esperaba a un hombre mayor. Me acostumbré a esas reacciones.

Durante años, tuve que demostrar que estaba en el periodismo por talento y trabajo, no por una cuota de género o peor por ser “amiga” de un hombre importante. Mi ascenso fue constante, pero cada nuevo reto venía acompañado de una nueva prueba.

### **El choque de visiones: mi llegada al Diario Occidente**

Cuando llegué al Diario Occidente, lo hice como directora encargada. Los dueños del medio confiaban en mi trabajo, pero su intención era nombrar como director a un hombre mayor, con trayectoria en el sector público, preferiblemente alguien que hubiera sido ministro o que tuviera un alto cargo político en su historial. Ese era el perfil que tradicionalmente ocupaba la dirección del periódico. Cuando él llegara yo sería la subdirectora.

Sin embargo, pasaron tres años y el director nunca llegó. No porque no hubiera candidatos, sino porque los jefes se dieron cuenta de que el periódico estaba bien dirigido. Finalmente, me nombraron directora en propiedad. No fue una concesión, sino el reconocimiento de que, más allá del género o de la edad, lo que importaba era la capacidad de hacer el trabajo.

Pero la resistencia no solo vino desde arriba. Dentro del equipo, algunos compañeros, especialmente aquellos con más años en la redacción, no estaban acostumbrados a recibir órdenes de una mujer. Recuerdo a un periodista de la vieja guardia que aún usaba máquina de escribir cuando el mundo ya había migrado a las computadoras. Cuando le pedimos cambiar su máquina por un computador, lo tomó como una afrenta personal.



Sin embargo, lo que realmente marcó la distancia fue un consejo de redacción en el que propuso una nota y le dije que no. Horas más tarde, al revisar la pre prensa del periódico, ahí estaba la nota.

—Esa nota no va —le dije.

—¿Y ahora una mujer que ha hecho televisión me va a decir qué es periodismo? —me respondió en voz muy alta, garantizando que todos sus compañeros escucharan.

No era la primera vez que enfrentaba esa actitud, pero sí la primera vez que lo hacía desde un cargo donde mi autoridad debía ser incuestionable.

—Llevo quince años en televisión haciendo periodismo todos los días. Sí, una mujer puede decidir qué es noticia.

De este episodio lo que más me impactó fue que algunas de las periodistas mujeres se pusieron de su lado. No sentí solidaridad de género.

### **Liderazgo femenino y el impacto en lo personal**

El liderazgo no solo me trajo desafíos en la redacción. También tuvo impacto en mi vida personal. Siempre ha sido más difícil para un hombre aceptar a una mujer en un cargo directivo, en un oficio de riesgo.

En nuestra sociedad, el modelo de la mujer sigue estando ligado a la dependencia económica o al rol de apoyo en la sombra de un hombre. Muchas veces, las relaciones afectivas se convierten en otro espacio de lucha. La independencia económica y profesional no siempre encaja con la idea de pareja que muchos hombres tienen.



Antes de dirigir noticias, estuve a cargo de un magazín de variedades llamado 9PM, que se emitía en vivo por Telepacífico. Era uno de los programas más vistos del canal, hasta que llegó Betty, la fea y desplazó nuestra audiencia. Unos meses después, el programa llegó a su fin. Entonces, los dueños de la programadora me ofrecieron dirigir el Noticiero de fin de semana.

En ese entonces tenía un novio. Le conté primero la “mala noticia” para ver su reacción. Se alegró, para él significaba que ya no tendría que estar hasta tarde en un estudio de televisión. Pero cuando escuchó la otra parte—que no solo seguiría con jornadas extensas, sino que además trabajaría los fines de semana y pasaría de hacer “variedades” a cubrir noticias en plena guerra—su entusiasmo se desvaneció. Pocas semanas después, la relación terminó.

Por esos días, mi jefe, consciente de la situación, bromeó: “Creo que te va a tocar decir que eres la ‘secretaria’ del noticiero”.

### **Situación de la mujer en Colombia**

En las últimas tres décadas he visto que la situación de las mujeres en Colombia ha experimentado avances en áreas como educación, empleo, salarios, violencia de género y participación política. Sin embargo, aún persisten desafíos que reflejan la necesidad de seguir trabajando por la equidad de género.

En 1933, se permitió por primera vez que las mujeres accedieran a la educación superior en Colombia. Las mujeres han logrado avances notables en el ámbito educativo. Según datos del Observatorio Laboral para la Educación (2022), las mujeres representan el 55% de los graduados de pregrado y el 56% de quienes culminan un posgrado en el país. A principios de los 90, la tasa de matrícula universitaria femenina era cercana al 10%.



## **Participación laboral y brecha salarial**

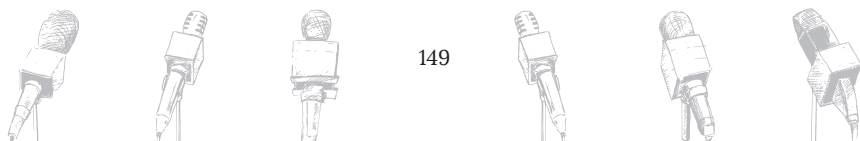
A pesar de su alta formación académica, la participación de las mujeres en el mercado laboral sigue siendo inferior a la de los hombres. En 2021, el 48% de las mujeres en edad de trabajar (15-64 años) estaban empleadas, en contraste con cerca del 74% de los hombres. Además, persiste una brecha salarial de género. Los estudios estiman que las mujeres llegan a recibir un 19% menos de salario para cargos similares.

## **Participación política**

En 1991, la Constitución Política de Colombia estableció la igualdad de derechos y oportunidades entre hombres y mujeres, sentando las bases para una mayor participación femenina en la política. En 2000, se promulgó la Ley 581, conocida como Ley de Cuotas, que estipuló que al menos el 30% de los cargos en los niveles decisorios de las diferentes ramas y órganos del poder público debían ser ocupados por mujeres. A pesar de lo anterior, la presencia de las mujeres en la política aún es limitada. Actualmente, solo el 30% de las curules del Congreso colombiano son ocupadas por mujeres, solo hay seis gobernadoras y 146 alcaldesas en el país. Estos porcentajes reflejan la necesidad de continuar promoviendo la participación equitativa de las mujeres en espacios de toma de decisiones.

## **Violencia de género**

La violencia contra la mujer sigue siendo una problemática alarmante en Colombia. Entre 2015 y 2019, se reportaron 27.594 casos de violencia contra niñas y mujeres adolescentes, siendo las más afectadas las de 10 a 14 años con 9.893 casos. En 2019, se registraron 42.134 casos de violencia de pareja contra mujeres, con una tasa de 196,2 por cada 100.000 habitantes. Para 2022, se estimó que más de 2 millones de mujeres y niñas estaban en riesgo de sufrir violencia de género en Colombia, con 330.000 de ellas, predominantemente indígenas y



afrodescendientes en la región del Pacífico. Aunque el registro y la visibilización de la violencia han aumentado en las últimas décadas, el problema persiste y sigue representando una de las principales barreras para el bienestar y la seguridad de las mujeres en el país.

Estos datos subrayan que, si bien se han logrado avances en la equidad de género en Colombia, aún existen brechas significativas que deben ser abordadas para garantizar una verdadera igualdad de oportunidades y derechos para las mujeres en todos los ámbitos de la sociedad. En estos treinta y cinco años como mujer profesional he sido testigo de cómo hemos ganado terreno en lo empresarial, en lo político, en lo gremial. Hemos demostrado que no necesitamos permisos ni validaciones para ocupar los espacios que nos corresponden pero todavía nos faltan muchas batallas por ganar para las mujeres de las nuevas generaciones.

Este camino no lo recorrimos solas. Detrás de cada paso que damos hay mujeres que empujaron, que soñaron en voz baja, que resistieron y ganaron sus pequeñas batallas. Pienso en mi madre, que desafió los prejuicios de su época, que soñó con ser médica pero le dijeron que una mujer no podía ver hombres desnudos sin ser su esposa, y que casarse con una profesional era impensable. No pudo estudiar, pero vivió con la certeza de que sus hijas sí podrían hacerlo. Tal vez por eso celebró con tanto orgullo cada uno de mis grados, cada decisión que fortalecía mi independencia. Fue ella, con sus renunciadas y su fuerza, quien me enseñó que ser mujer no es una desventaja, sino una forma valiente de habitar el mundo.



## **Cali a pie: relatos de quienes la construyen cada día**

**E**n mis inicios en Notipacífico me asignaron la fuente de barrios. No era la más codiciada: no había chivas ni grandes escándalos. A menudo, las notas se caían por falta de tiempo. Pero a mí me encantaba. Ir a las ollas comunitarias, a las jornadas de limpieza o a los albergues improvisados de animales era una forma de conocer a personas profundamente generosas. Personas que, aun en medio de la precariedad, daban lo mejor de sí.

La Toma de las Comunas, un programa que impulsamos desde el Noticiero del Pacífico y el Diario Occidente, fue otra oportunidad para recorrer la ciudad y contar las historias de sus líderes. Durante cuatro años, cada 15 días, visitábamos una comuna distinta. En el día caminábamos los barrios conversando con sus líderes y habitantes; en la noche, disfrutábamos de muestras culturales locales.

Por un tiempo dejé de salir a los barrios, aunque nunca dejé de hablar con la gente. El estallido social me llevó de nuevo a la calle.

Para hacer este relato, me imagino un recorrido simbólico por esos sitios que alguna vez visité, guiada por líderes emblemáticos de cada sector. Líderes que construyen ciudad y que, a lo largo de estos 35 años, me han permitido ver a Cali





con otros ojos. La mirada de esos líderes silenciosos que sin estridencias hacen que la ciudad funcione. ¿Cómo haría ese recorrido? Sin duda, a pie, poniéndome en los zapatos de otros. Este viaje no sigue rutas oficiales, sino la del compromiso y la esperanza

### **Desde el Jarillón: donde Cali cultiva**

Comenzaré en el Jarillón del río Cauca, uno de los lugares más importantes para Cali porque protege a la ciudad de las crecientes. Lo que pocos saben es que, a lo largo de casi dos kilómetros, florecen allí huertas comunitarias que dan vida y sentido al territorio. Gracias a la Fundación Carvajal conocí a Jhon Alexander Rodríguez, habitante de la Comuna 21. Con entusiasmo me contó cómo muchos vecinos, desplazados y antiguos campesinos han encontrado en estas huertas un vínculo profundo con sus raíces. “Aquí se sienten como en sus parcelas”, me dijo mientras caminábamos entre surcos y cultivos, bajo el sol tibio de la tarde.

Pero su vocación urbana va más allá del surco. Jhon Alexander es parte activa de la Fundación Huellas Ambientales, una organización que dignifica la labor del reciclador y promueve una cultura del reciclaje con sentido social y ambiental. A través de su trabajo impulsa el manejo responsable de los residuos, tejiendo puentes entre sostenibilidad, inclusión y educación. Cree, con razón, que cuidar el planeta también es una forma de cuidar la ciudad y a quienes la habitan.

No puedo irme de la Comuna 21 sin hablar de Célimo Sinisterra. Su nombre está ligado a Noti21, un medio comunitario que fundó con una cámara prestada, una voz clara y una convicción inquebrantable: que la información también transforma. Célimo entendió que contar lo que pasa en el barrio no es solo un acto periodístico, sino una forma de resistencia y organización. Hoy, Noti21 es una escuela de ciudadanía, una red de apoyo.



## **El Este que aprende, canta y transforma**

Desde allí, sigo hacia la Comuna 13. Me espera Jeison Aristizábal, fundador de la Universidad Asodisvalle. A pesar de sus propias limitaciones físicas, creó una institución educativa única en el país. Su trabajo, orientado a brindar atención integral a niños y jóvenes con discapacidad, es una prueba de que la voluntad y el amor transforman vidas. Jeison, nombrado Héroe CNN en 2016, es el tipo de líder que no necesita levantar la voz para dejar huella.

Muy cerca está el renovado Bulevar del Oriente. Años atrás, visité muchas veces el canal Cauquita para hacer notas sobre sus desbordamientos y malos olores. Volver ahora y encontrar un parque lineal lleno de árboles, senderos y vida, es esperanzador. Allí me gustaría encontrarme con Andrew Silva. Él lo llamaría el “Bulevar del Este”. No es una corrección geográfica, es una declaración de dignidad. En una ciudad donde el oeste ha sido símbolo de privilegio, nombrar este espacio como “Este” es resignificarlo.

Andrew lidera la Fundación Ser Para Ser que trabaja con niños y adolescentes. A través del arte, la educación emocional y la formación integral los apoya en la construcción de sus proyectos de vida. En este lugar, antes marcado por el abandono, florece la posibilidad de un futuro más consciente y comprometido.

## **Donde Cali habla: nuevas ciudadanías en movimiento**

Sigo en el “Este”, en compañía de amigos que también creen en la transformación desde abajo. Yojan Gómez lidera la Fundación Cali Habla con Impacto, presente en varias comunas. Desde puntos estratégicos, impulsa procesos comunitarios a través de la cultura, el deporte, la seguridad alimentaria y el emprendimiento. Donde muchos ven carencias, él ve oportunidades.



En la misma comuna, me detengo a conversar con Lina Tatiana Bedoya Villa. Su historia tiene la fuerza del renacimiento. Habla con serenidad, pero en su voz se escuchan muchas batallas. No lidera desde la teoría, sino desde la vivencia. Con ella entendí que la esperanza no es ingenua: es una decisión diaria. Su coraje y ternura son una luz para los jóvenes de su entorno.

Justo allí también está Jhon Eyder Viafara Quiñones, cuya presencia confirma que la vida, incluso en contextos difíciles, se defiende con dignidad. Desde la Fundación Bochiche acompaña a las juventudes, crea espacios culturales y promueve la reconciliación. Su liderazgo se forja en la calle, en los abrazos que llegan a tiempo. Bochiche nació en medio del dolor y hoy siembra cultura, escucha y paz desde el territorio.

### **Donde el arte levanta la voz**

Más al sur, llego a la Comuna 15. Allí me encuentro con William David Angulo. Bajo la sombra de unos árboles espectaculares, un grupo de jóvenes improvisa versos sobre una tabla de madera. William los observa con atención. Él fundó “Rompiendo Fronteras x la Paz”, un colectivo que usa el rap como herramienta para desarmar los corazones. “El micrófono no es un arma, es una herramienta”, me dice con firmeza.

Sigo hacia la Comuna 16, donde Cristian Botina lidera la Asociación Vida, Esfuerzo y Cambio. Su proyecto es una apuesta cotidiana por la transformación desde lo humano. Cristian sueña con una Cali más empática, más respetuosa, más cívica. Y trabaja cada día para lograrlo. Cree en el poder del buen trato, en la necesidad de recuperar la convivencia como base para una ciudad posible. Su liderazgo no necesita alardes: está en los gestos, en los talleres, en la forma en que mira y escucha.



Caminar esa comuna junto a Graciela Trochez es otra lección. Ella es presidenta de la Junta de Acción Comunal del barrio Mojica. Ha liderado procesos por la seguridad, la convivencia y la participación de las mujeres. Cree firmemente en el ejemplo, en la fuerza del cuidado y en abrir espacios donde antes reinaba el miedo. Su voz inspira confianza; su acción deja huella.

### **Cuando el confort no adormece, sino impulsa a actuar**

Muy cerca, en la Comuna 17, me esperan otros dos líderes. Carolina Ordóñez Cedeño, edil de la comuna, transita con naturalidad entre lo institucional y lo comunitario. Ha promovido la recuperación de espacios públicos, la seguridad barrial y los emprendimientos liderados por mujeres. Su sello es la escucha. Su convicción: la transformación no se impone, se construye paso a paso, con la gente.

A su lado, Antony Parra, con solo 21 años, ya impulsa procesos desde el colectivo Juventud Activa. Cree, y con razón, que los jóvenes deben ser protagonistas, no espectadores. Organiza actividades culturales, deportivas y espacios de diálogo en sectores donde antes había silencio y miedo. Su energía es contagiosa. Su liderazgo, firme y cercano, va a pie, escucha y propone.

Desde allí sigo hacia la Comuna 22, donde a veces cuesta imaginar liderazgos comunitarios. Sin embargo, allí florecen procesos discretos pero potentes. Como el de Edwin Arce Córdoba, abogado que decidió convertir su profesión en una herramienta al servicio del territorio. Trabaja con colegios, iglesias y comunidades en la formación de jóvenes, derechos humanos y liderazgo social. Cree en el poder del ejemplo y en la importancia de estar presente.



## **En la ladera: donde el dialogo se vuelve esperanza**

Mi siguiente parada es en la Comuna 18, en uno de los ejemplos más alentadores de colaboración entre sectores distintos. Líderes sociales y el Club Campestre de Cali tejieron una alianza que hoy se concreta en espacios como el Centro de Desarrollo Infantil, donde se desarrollan programas para la niñez del sector. Allí también encuentro a Carolina Caicedo y sus Reporteritos al Derecho: niñas y niños que entrevistan líderes, cuentan historias y usan el periodismo como herramienta de ciudadanía. Con Carolina, la palabra se convierte en juego, crónica y conciencia desde la infancia.

## **Siloé: memoria, tapitas y futuro**

Subo por la ladera hacia Siloé. Allí me encuentro con Ximena Cangrejo, quien me guía por la Ruta Isabel Pérez. Más que un sendero turístico, es un camino de memoria y resistencia. Ximena ha impulsado desde jornadas de salud hasta actividades culturales. Conoce cada calle y cada historia. Ha construido confianza con instituciones y recuperado espacios públicos. A su lado, la ladera es más que historia: es futuro posible.

Muy cerca está el mural de tapitas, en la escuela La Celanese, en el barrio Belén. Una obra vibrante hecha con miles de tapas recicladas, símbolo de transformación colectiva liderado por la Fundación Carvajal. Allí me espera Andrés López, líder comunitario que luchó por recuperar esa escuela abandonada. Hoy sueña con un gran parque que frene la urbanización descontrolada. Su liderazgo es firme y cercano. Belén, gracias a él y a su gente, se resignifica cada día.

En la Comuna 20 todavía quedan rutas por recorrer. Desde La Estrella se ve Cali con otros ojos. Allí está Romario Valencia, un joven que apostó por la palabra como herramienta de transformación. Desde la comunicación comunitaria lidera



espacios de expresión y participación juvenil. Siloé, dice Romario, “no es como la pintan, sino como la pintamos”. Y tiene razón.

### **Terrón y Santa Rita: puentes entre mundos opuestos**

Ya en el oeste, o en el occidente –como bromea Andrew Silva– el punto de encuentro es La Tertulia. Allí está Natalia Gaviria, junto con el equipo de la Fundación IPO, Iniciativas de Paz del Oeste. O del Occidente. Más allá del nombre, lo cierto es que han logrado algo valioso: tender puentes entre territorios históricamente divididos. IPO nació durante el estallido social, cuando un grupo de vecinos decidió pasar de la espera a la acción. Hoy promueve liderazgo juvenil, convivencia y cultura de paz entre barrios como Terrón Colorado y Santa Rita. No son solo proyectos: son puentes que cruzan desigualdades.

### **En el centro, late el corazón de la ciudad**

Ya casi cierro mi caminata. Estoy en el centro de Cali, cerca del Diario Occidente, en el barrio Santa Rosa. Allí es ineludible hablar del padre José González, quien lleva 27 años acompañando a quienes viven en la calle. Desde la fundación Samaritanos de la Calle construyó un modelo de atención integral que no solo ofrece techo o comida, sino dignidad. De él me impresiona su serenidad y su convicción: todos merecen una segunda oportunidad. ¿Qué sentido tiene construir ciudad si no pensamos en sus ciudadanos más vulnerables?

### **El norte florece: activismo y territorio verde**

Antes de terminar, paso por el norte. En la Flora me espera Adriana Reyes Aparicio. Su activismo ambiental ha recuperado espacios como el bosque urbano Senderos de La Flora y el Parque Ambiental Bataclán. Lo que antes eran lotes olvidados, hoy son pulmones vivos y aulas al aire libre. Ella logra que la comunidad se apropie del entorno con respeto y conciencia.



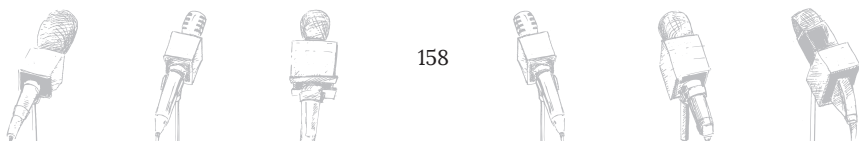
Y cierro en la Comuna 5, con Miguel Ángel Suárez. Todo empezó con la frustración de ver cómo se destruía una zona verde. En vez de quejarse, organizó mingas, talleres, y con sus propias manos levantó un parque. Hoy es un símbolo de compromiso colectivo. Habla claro: el derecho a un entorno digno no se negocia. Su liderazgo es callado, pero profundamente transformador.

### **De vuelta a la tierra: la gran huerta del occidente**

Finalmente, regreso al punto de partida: la tierra. En la Comuna 7, Geovanny Jurado Paz lidera la huerta comunitaria más grande de Cali. Su apuesta por la paz se cultiva entre surcos, arte, espiritualidad y comunidad. Geovanny sueña con un malecón y una ruta turística para su comuna. “La ciudad empieza y termina en la tierra”, me dice. Y tiene razón. En manos como las suyas, esa tierra florece.

Cada paso de este recorrido es un homenaje a cientos de líderes que he conocido durante mi carrera periodística. Los que cito en este recuento son parte de ese batallón de ciudadanos que construyen nuestra ciudad. Ellos son ejemplos de manos que cuidan, que siembran, que enseñan, que sanan. Estos liderazgos no salen en portadas, pero sostienen lo esencial: la dignidad, la esperanza, la vida en comunidad.

Tal vez no cambien el mundo en un solo acto, pero lo transforman cada día, desde donde están, con lo que tienen. Por eso, aunque este relato termina, la caminata sigue. Porque mientras existan personas que crean, que sumen, que abracen, siempre habrá ciudad para construir.



## Empresas que construyen país

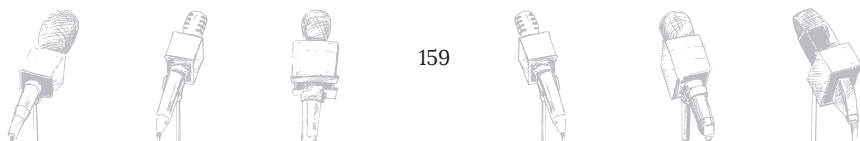
Más allá de las marcas, hay empresarios que desde lo local transforman vidas, crean empleo y sostienen el tejido social. Esta es una mirada a su impacto real, sus desafíos y lo que necesitan para seguir creciendo.

En Diario Occidente tenemos una sección llamada Empresario, una de las que más disfruto, en la que contamos sus historias y destacamos su aporte más allá de la producción de bienes o servicios. Desde ahí, he podido ver de cerca cómo asumen su papel con una mezcla de pasión, resiliencia y un profundo compromiso con la sociedad.

Por eso me cuesta entender cómo no vemos a estos empresarios como lo que realmente son: ciudadanos comprometidos que impulsan el desarrollo económico y social del país. Líderes que, en silencio, transforman la sociedad.

### Percepción social: ¿valorados o estigmatizados?

Para la realización de este reportaje, llevé a cabo una encuesta virtual a 30 empresarios de distintos tamaños. Una de las respuestas que más me impactó fue a la pregunta sobre si sienten que la sociedad valora a las empresas: el 33,3% considera que existe una percepción negativa, el 63,3% cree que sí hay reconocimiento con desconfianza, y solo una persona siente que las empresas son plenamente valoradas.





Al profundizar en las causas de esta percepción, las respuestas apuntan en varias direcciones: el discurso político hostil hacia las empresas, especialmente desde sectores de izquierda y el actual Gobierno; el desconocimiento generalizado de que más del 90% de las empresas en Colombia son MiPymes y no grandes conglomerados; y la falta de una narrativa empresarial que comunique el impacto positivo más allá de los productos, servicios y empleos que se generan. También se mencionan la informalidad, la falta de educación financiera y una cultura tributaria aún frágil.

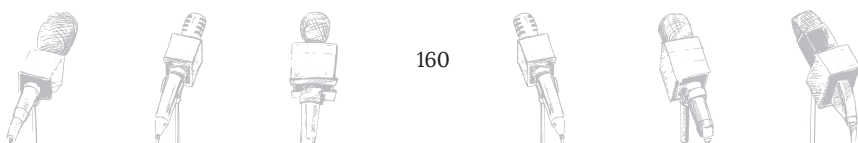
Todos estos factores alimentan un círculo vicioso: empresas invisibles y empresarios estigmatizados

### **El peso real del sector privado**

Según datos del BBVA Research (2023), en Colombia existen cerca de 1,7 millones de empresas formales, de las cuales el 99,5% son MiPymes. Estas generan el 79% del empleo formal del país y contribuyen con alrededor del 40% del PIB nacional. Son ellas, más que los grandes conglomerados, las que sostienen la economía colombiana desde lo local.

En el Valle del Cauca, tercer motor económico del país, el aporte empresarial representa casi el 10% del PIB nacional. No es casualidad que las regiones con mayor actividad empresarial –Bogotá, Antioquia y Valle– concentren también los mejores indicadores de empleo y menor pobreza.

En consecuencia, cabe preguntarse, ¿es posible una sociedad sin empresas? Difícilmente. La empresa es un articulador de oportunidades, innovación, inversión social y desarrollo. Las cifras lo confirman, también las historias. Detrás de cada negocio formal hay empleos, formación, redes de apoyo, impuestos que sostienen lo público y proyectos que generan futuro. Pensar una sociedad sin empresas es imaginar un país sin base productiva ni escalera social.



## **Liderazgo con propósito social**

“El empresario debe liderar, debe proponer, debe hacer parte de la transformación social”, afirma Pedro Carvajal, convencido de que el sector privado tiene una responsabilidad activa en el desarrollo nacional. Varios empresarios coinciden en que el crecimiento económico solo cobra verdadero sentido cuando se traduce en oportunidades reales para las personas. Jesús Mejía, gerente de Calzatodo, lo expresa con claridad: “Cumplir la ley, contratar bien, pagar bien, dar condiciones de equidad... eso no es un favor, es una obligación moral”.

## **Inclusión y entornos más humanos**

Esa visión ética del liderazgo empresarial se amplía con un compromiso más profundo por la inclusión. Para Keis Stapel, gerente de Yoffice, ese es el verdadero desafío: “Construir un país que funcione para todos, no solo para unos pocos, incluyendo poblaciones diversas y marginadas que deben tener cabida en el desarrollo empresarial”. Juan Ramón Guzmán, presidente de Bivien, lo refuerza: “El empresario tiene la posibilidad de cambiar entornos, de conectar esfuerzos, de hacer más por la gente”. Cambiar entornos y conectar esfuerzos no es solo una posibilidad técnica. Es, sobre todo, una misión profundamente humana.

## **Movilidad social y desarrollo sostenible**

Cuando el sector privado asume ese papel, se convierte en motor de movilidad social. No se trata solo de generar empleo, sino de abrir caminos para que las personas transformen sus condiciones de vida, accedan a educación, mejoren sus ingresos y eleven sus aspiraciones. Desde esta visión, María del Mar Palau, directora ejecutiva de la Cámara de Comercio de Cali, sostiene que el empresariado debe contribuir a cerrar brechas, generar oportunidades reales y aportar al desarrollo integral del país.



En esa línea, Gerardo Silva, presidente del Banco de Occidente, afirma: “El empresariado desempeña un papel esencial en la transformación social y económica de Colombia. Más allá de generar empleo y crecimiento, en el Banco de Occidente creemos que las empresas deben comprometerse activamente con el desarrollo sostenible, la inclusión y la equidad”. Para lograrlo –agrega– es clave invertir en educación, impulsar modelos de negocio sostenibles e incluyentes, y actuar con ética y transparencia para consolidar la confianza. “Un país más próspero se construye cuando las empresas generan un impacto positivo en sus comunidades y fortalecen el tejido productivo”, concluye.

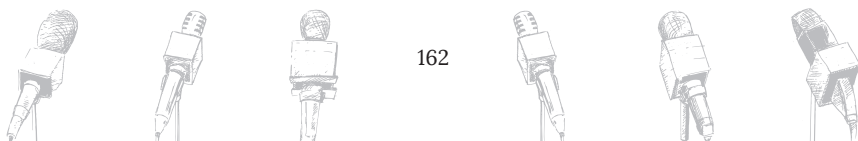
### **Poder con humildad**

A muchos de estos empresarios no los conocí en grandes foros ni en eventos de gala. Los encontré en barrios populares, en encuentros comunitarios, en proyectos sociales donde el poder no se exhibe, se ejerce con humildad. Son presidentes, gerentes, líderes de empresas reconocidas en la región, pero, ante todo, son personas que han decidido poner su conocimiento y estructura al servicio del desarrollo. Son líderes que entienden que la empresa no se mide solo en cifras, sino en la huella que deja en las vidas que toca.

### **Ecosistema de impacto: fundaciones y alianzas**

En esta labor, las fundaciones empresariales han sido actores fundamentales. En el Valle del Cauca existen más de 140 fundaciones activas que trabajan en educación, cultura, salud, medioambiente y desarrollo económico. Algunas, como la Fundación Carvajal –creada en 1961–, tienen más de seis décadas dedicadas a mejorar la calidad de vida de las comunidades más vulnerables.

Un ejemplo potente es Compromiso Valle. En esta alianza participan cerca de 730 empresas y organizaciones. Hasta



la fecha, ha movilizado recursos por 118.000 millones de pesos, generado 3.800 empleos y beneficiado a más de 100.000 personas. Tiene presencia en ocho municipios: Cali, Buenaventura, Palmira, Yumbo, Buga, Jamundí, Candelaria y Tuluá. “Aquí logramos sentarnos todos. Y cuando eso pasa, se ven resultados”, afirma María Isabel Ulloa, directora de ProPacífico.

### **Relación con el Gobierno: una tensión latente**

Según la encuesta, el 70% de los empresarios considera que la relación con el Gobierno es mala y el 30% la considera regular. Ninguno la definió como buena. El 97% cree que sus medidas no favorecen el crecimiento empresarial, y el 68% afirma que los ha afectado directamente.

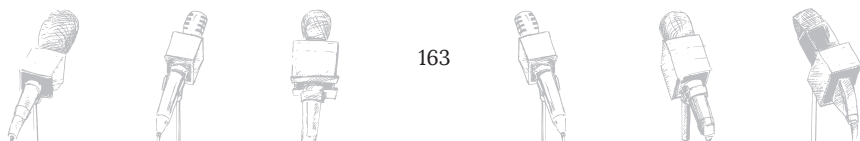
“Hay exceso de burocracia y una narrativa que nos pone siempre a la defensiva”, afirma uno de los encuestados. Las tensiones institucionales generan incertidumbre y dificultan la articulación de esfuerzos conjuntos con el sector público.

A la pregunta sobre cómo debería ser esa relación, la mayoría habló de confianza, reglas claras, articulación sin clientelismo y respeto mutuo. Piden una narrativa pública menos estigmatizante y más cercana a lo que realmente hacen: construir desde lo privado.

### **¿Qué necesitan las empresas para seguir aportando?**

Los empresarios lo tienen claro. Las empresas necesitan estabilidad jurídica, seguridad institucional y confianza. También requieren incentivos para innovar, apoyo en formación de talento, y reconocimiento público de su papel.

Demandan menos trabas burocráticas, un marco tributario razonable y políticas públicas que fomenten la formalización. Piden, además, que se visibilice su contribución más allá de los estigmas.



## **La empresa es un proyecto de vida**

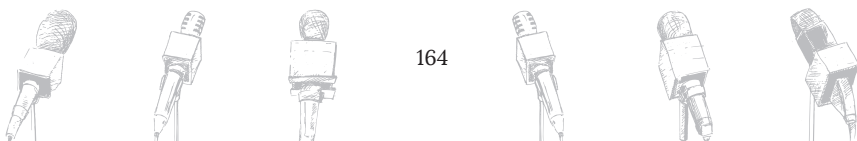
Hablamos de empresas y empresarios como si detrás no hubiese personas. Las empresas son el reflejo del esfuerzo, la disciplina y la terquedad de miles de colombianos que han apostado su capital, su tiempo y hasta su tranquilidad para construirlas. Son proyectos de vida.

La encuesta también revela esa dimensión humana: el 37% de los encuestados lidera empresas con menos de 10 empleados; el 33% está al frente de compañías con entre 21 y 50 trabajadores; y el 3% dirige empresas con más de 50. Estos datos confirman que la mayoría de las empresas en Colombia son micro y pequeñas.

El 40% de esas empresas lleva más de 25 años en funcionamiento. El 15% tiene menos de 5 años. Son cifras que hablan de perseverancia. De negocios contruidos a pulso, en medio de crisis, reformas y discursos contrarios. Por eso cuesta entender por qué no vemos a los empresarios como líderes que construyen país desde abajo.

El país que soñamos no se construye desde el poder ni desde los discursos. También se teje, día a día, en los talleres, oficinas y barrios donde empresarios y emprendedores apuestan por algo más grande que ellos mismos.

Empresas que nacen del esfuerzo, que resisten crisis, que generan empleo y transforman vidas. Porque donde hay una empresa comprometida, hay esperanza. Y donde hay esperanza, hay futuro.



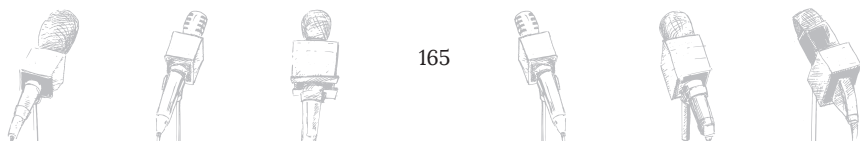
## **Del almacén a la arepería: la informalidad que sostiene**

“Después de la pandemia me llamaron otra vez al almacén, les dije que no. Ya había probado lo que era trabajar para mí misma y decidí quedarme vendiendo arepas”. Así empieza la historia de Laura, una joven universitaria que encontró en la informalidad no un castigo, sino una forma de sobrevivir y, paradójicamente, vivir mejor.

Antes de la pandemia, Laura trabajaba de día y estudiaba de noche. Ocho horas de pie en un local comercial del centro de Cali. Se ganaba el salario mínimo y no tenía ni tiempo para almorzar. La pandemia cerró el negocio y la empujó de vuelta a su corregimiento. Allí, junto a su madre, empezó a preparar arepas. Descubrió que en media jornada ganaba lo mismo, y con menos desgaste. No era de extrañarse que cuando la “formalidad” tocó de nuevo a su puerta, ya había tomado una decisión, seguiría con su puesto de arepas.

### **Más de la mitad del país trabaja en la informalidad**

En Cali, durante este año (2025), se han presentado varios enfrentamientos entre autoridades y trabajadores informales. Por un lado, operativos para recuperar el espacio público han generado riñas con vendedores ambulantes que llevan años ubicados en ciertos puntos. Por otro, agentes de tránsito han intensificado los controles contra motos sin papeles, afectando a cientos de mototaxistas y mensajeros. Lo que para algunos



es un llamado al orden, para otros es un atentado contra su derecho a sobrevivir. Estas escenas, cada vez más frecuentes, evidencian la fractura entre una normativa pensada desde el escritorio y una realidad que se resuelve en la calle.

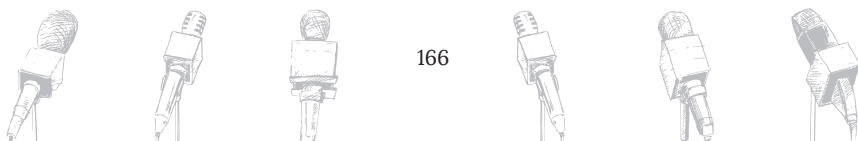
Esta realidad en Colombia es medida periódicamente por el DANE. Las cifras fluctúan un poco pero la tendencia se mantiene inalterable. Es una condición estructural del mercado laboral colombiano que, lejos de ser coyuntural, ha persistido durante décadas. A pesar de planes, más de la mitad de los trabajadores siguen por fuera del sistema formal, lo que evidencia que no estamos ante una crisis pasajera. La informalidad es una forma de organización económica que el país no ha logrado transformar.

Según el Dane, a comienzos de 2025, el 56% de los ocupados en Colombia trabajaba por fuera de la formalidad. Eso equivale a más de 12 millones de personas sin seguridad social, sin contrato, sin pensión, sin estabilidad pero con ingresos.

En Cali, la tasa ronda el 40%. La cifra es menor que el promedio nacional, pero igual alta. La estadística esconde realidades como la de los mototaxistas, los vendedores ambulantes, las familias que venden fritanga en esquinas y las miles de mujeres que, como Laura, decidieron quedarse en la calle porque allí les rinde más.

### **De la casa ajena al rebusque propio**

Otra historia. Una mujer que trabajó toda su vida empleada interna en casas de familia, con jornadas eternas desde las cinco de la mañana hasta que se durmiera el último. Sin prestaciones, con salario bajo y ningún reconocimiento. Hoy vende fritanga en el mismo punto, todos los días desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche. Tiene clientes



fijos, comida en la mesa y, sobre todo, autonomía. “Informal me va mejor que en un trabajo dizque estable”, dice sin dudar. No tiene pensión y ronda los 60 años.

### **La calle: escuela y sustento**

En el sur de Cali, tres pelados se turnan para controlar el tráfico en un semáforo. Trabajan en horas pico, con coordinación improvisada y reflejos agudos. Uno dirige los carros, otro vigila el entorno y el tercero se encarga de recoger las monedas. En tres horas pueden ganar lo mismo que un obrero de construcción en toda una jornada. “La calle da plata, es salir a buscarla”, me dijo uno de ellos con convicción.

### **El mototaxismo y las apps: el nuevo oficio urbano**

Mototaxistas, conductores de Didi, Rappi o Uber Eats son parte del paisaje urbano y de las nuevas formas de trabajo. Uno de ellos lo resume así: “Prefiero mi moto que un trabajo esclavizante y mal remunerado. Trabajo todo el día, pero al menos sé que lo que me gano es mi decisión”.

Estas nuevas formas de empleo, conocidas como gig economy, se han expandido rápidamente en Colombia. Las plataformas digitales ofrecen una solución temporal al desempleo, también una nueva forma de rebusque. Estos trabajadores no tienen contrato laboral, no cotizan a pensión y no cuentan con seguros en caso de accidente. Son independientes y vulnerables. La normatividad colombiana no se atempera a las nuevas realidades tecnológicas.

Este tipo de empleo plantea un reto urgente: adaptar el sistema laboral y de protección social a unas condiciones que ya no responden a los modelos tradicionales. El informe de la Misión de Empleo lo dice claro: necesitamos repensar el trabajo para incluir estas realidades, no para seguir ignorándolas.





## **No es elección, es necesidad**

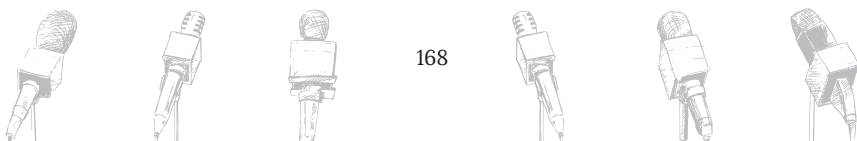
Según el estudio Informalidad laboral en Colombia (1990-2025), la mayoría de las personas que trabajan de esta manera no lo hacen por gusto, sino por necesidad. La falta de educación, el desempleo, el subempleo, los costos de la formalidad y la burocracia alejan a millones de colombianos del empleo regulado.

También vale decir que estar vinculado a una empresa “formal” no garantiza un empleo digno. El 84,3% de los trabajadores en microempresas –negocios con menos de 10 empleados– laboran sin todas las garantías legales. Es decir, muchas personas que cada día cumplen un horario, incluso dentro de un local o una oficina, siguen por fuera del sistema de protección laboral. La carga prestacional de un empleo formal es difícil de sostener para muchas empresas.

En la Guajira, el Chocó o Buenaventura más del 70% de los trabajadores están en la informalidad. En el campo, la cifra supera el 80%. Allí, el trabajo formal es casi una fantasía.

## **Informalidad femenina: una doble carga**

Para las mujeres, la informalidad no solo está ligada a la falta de educación, a la pobreza o a las condiciones económicas adversas. También se relaciona con su rol de madres y cuidadoras, que les impide acceder a empleos formales, incluso si han estudiado. En Colombia, el 92% de las mujeres sin educación básica trabaja sin garantías. También lo hacen miles que, pese a tener formación, no encuentran oportunidades que se ajusten a sus responsabilidades familiares. En muchas regiones, ser mujer, madre y trabajadora implica cargar con una triple jornada: producir ingresos, cuidar del hogar y hacerlo todo sin garantías.



## **¿La solución? Formalizar la dignidad**

El camino no es perseguir a los informales ni incomodarnos con su presencia. El camino es crear condiciones reales para que formalizarse valga la pena. Simplificar trámites, reducir costos, ampliar protección social. También hace falta romper el ciclo de pobreza que se hereda de generación en generación. La informalidad limita el presente, también hipoteca el futuro. Sin ingresos formales ni seguridad social, millones de personas envejecerán sin garantías mínimas.

Combatir esta trampa requiere más que subsidios. Requiere voluntad política, reformas fiscales inteligentes, y una visión de desarrollo que ponga a las personas en el centro. Porque el rebusque, más que un problema estadístico, es una herida abierta en la estructura social del país.

La informalidad no se supera con discursos, sino con oportunidades. Y eso implica reconocer que, hoy por hoy, el rebusque sostiene buena parte de la economía colombiana. Y que detrás de cada puesto de arepas, cada semáforo, cada app de transporte, hay una historia de supervivencia que merece ser escuchada, entendida y dignificada.



## Compromiso Valle: el poder del dialogo

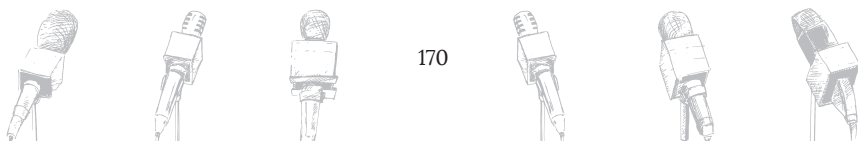
Nadie imaginaba que, en medio de la tormenta, nacería algo tan potente como Compromiso Valle. Lo vi surgir cuando Cali era el epicentro de una rabia legítima y desbordada. Los puentes entre los sectores sociales parecían haberse roto para siempre.

En esos días de 2021, las calles estaban bloqueadas y los ánimos crispados, entonces apareció una palabra que parecía ingenua: “compromiso”. Sin embargo, fue precisamente desde ahí, desde la voluntad de escuchar al otro, donde se empezó a tejer una nueva narrativa. Una que no negaba el conflicto, pero que apostaba por la transformación colectiva. Yo estuve ahí, como periodista, también como ciudadana. Desde entonces participo activamente en sus programas.

Uno de los espacios que más disfruto es El Palabreo. Suena simple: una reunión mensual para conversar. En un país donde el diálogo suele disfrazarse de monólogo, sentarse a hablar –y escuchar– ya es un acto revolucionario.

### Del estallido a la construcción

Compromiso Valle no nació en una sala de juntas, sino en la calle. El primer paso lo dieron algunos empresarios, muchos de ellos con experiencia previa en las fundaciones de sus empresas. Se cuestionaban por qué se había llegado a un punto de ruptura tan profundo. En lugar de quedarse en la queja, se



arriesgaron a hacer algo distinto: abrir el diálogo, escuchar y construir en medio del polvo.

Cuatro años después, esta iniciativa articula a más de 700 organizaciones. No se limita a entregar ayudas; promueve huertas urbanas, transforma proyectos de vida, fortalece el liderazgo social, mejora la empleabilidad, fomenta el emprendimiento y apuesta por la educación. Lo hace desde el territorio, con los pies en la tierra y el oído en la comunidad.

Es fácil hablar de paz cuando no hay riesgos. Compromiso Valle entendió que el verdadero cambio no se decreta, se conversa. Y en El Palabreo lo hemos comprobado. Jóvenes, empresarios, artistas, gestores culturales, todos compartimos ideas, frustraciones y propuestas. Aunque no siempre estamos de acuerdo, nos escuchamos. Y eso, en Colombia, ya es avanzar.

### **Ejes que nacen desde el territorio**

Los seis ejes de acción de Compromiso Valle –alimentación, educación, empleabilidad, emprendimiento, liderazgo y transformación de proyectos de vida– no salieron de una oficina. Son el resultado de escuchar lo que necesitan los que requieren apoyo. Cada línea de trabajo se construyó desde el diálogo, y se ajusta de forma permanente a las realidades de las comunidades.

Por eso funcionan. Porque detrás de cada huerta comunitaria, cada formación laboral o cada emprendimiento, hay una historia concreta, un rostro, una comunidad que hace parte del proceso. No se trata de llevar soluciones empaquetadas, sino de entender el contexto, sumar capacidades y crear nuevas rutas.

Esta forma de actuar también deja lecciones valiosas para lo público. La primera: que escuchar no es ceder, es comprender. La segunda: que los programas no deben nacer del afán por



ejecutar recursos, sino del deseo genuino de transformar realidades. Y la tercera: que con corresponsabilidad, hay sostenibilidad.

### **Trabajar juntos sí funciona**

Uno de los grandes logros de Compromiso Valle ha sido demostrar que el trabajo conjunto multiplica el impacto. Muchas de las organizaciones que hoy hacen parte de la iniciativa ya venían trabajando en los territorios. Tenían experiencia, recursos y conocimiento, pero actuaban de forma aislada y desarticulada.

Unirse les permitió compartir saberes y buenas prácticas. Igualmente, movilizar más recursos y lograr mayor alcance. Al trabajar en red, lo que antes era un esfuerzo fragmentado se convirtió en una estrategia colectiva con mayor capacidad de incidencia.

Esa articulación, que no es fácil ni automática, ha sido uno de los aprendizajes más valiosos. Escuchar, ceder, construir consensos y confiar en el otro ha requerido tiempo, pero ha valido la pena. Hoy se logran impactos que ningún actor, por grande que sea, podría alcanzar de manera aislada

### **Del cheque al compromiso**

Una vez, en los inicios de Compromiso Valle, un empresario me preguntó por qué creía que las fundaciones empresariales no habían logrado transformar los territorios a pesar de los cuantiosos recursos invertidos. Le respondí con una metáfora que aún significa mucho para mí: “Han sido como un padre rico, ausente. Mandan el cheque, pero no crean una relación con sus hijos. Y al final, no los conocen.”

Eso es justamente lo que ha cambiado. En Compromiso Valle, los aportes económicos siguen siendo fundamentales.



Sin embargo, lo que marca la diferencia es la presencia, el acompañamiento, la disposición de dedicar tiempo y trabajar en equipo. La confianza no se compra, se gana.

Hoy veo a empresarios que van a los barrios, que conversan con líderes sociales, que conocen las historias de los jóvenes que apoyan. Igualmente, a líderes comunitarios que saben que su voz cuenta, que su experiencia es valorada. Esa reciprocidad no se logra con dinero, sino con compromiso real.

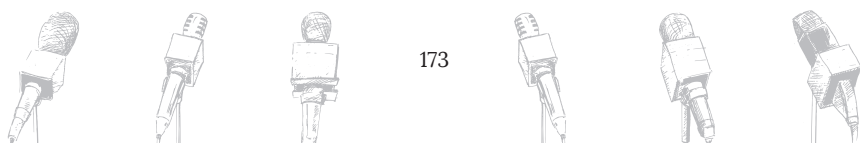
Este proceso nos recuerda que, si bien se necesitan recursos para enfrentar los problemas de nuestra sociedad, se necesita mucho más que eso para construir relaciones sólidas, confianza y un futuro compartido.

### **Permanecer para transformar**

En El Palabreo he escuchado historias duras, conmovedoras e inspiradoras. Las experiencias de los participantes me han hecho pensar que necesitamos compromiso de largo aliento. No estamos corriendo una carrera de velocidad, sino una maratón.

Recuerdo que en uno de los aniversarios de Compromiso Valle, una lideresa contó que al conocer a los empresarios, en pleno estallido social, pensó que irían una vez y no volverían. Ella creía que apenas se levantarán los bloqueos, desaparecerían. En su intervención hizo énfasis en que si bien valoraba el apoyo que le habían brindado, pero mucho más que seguían ahí: escuchando, apoyando, enseñando.

Porque al final, uno se cansa de pedir, y el otro se cansa de dar –dijo ella–. En este proceso hemos aprendido a hacer juntos, a forjar un camino compartido, a volvernos autosostenibles. Esa, insistía, es la diferencia de Compromiso Valle: no solo nos ha dado herramientas, también nos ha enseñado a usarlas, y a confiar en que podemos avanzar por nuestra cuenta.



## **Más que un reemplazo, un complemento**

Una frase que repiten con frecuencia los empresarios de Compromiso Valle es que esta iniciativa no busca reemplazar al Estado. Y tienen razón. Lo que me asombra, después de estos años, es haber sido testigo de todo lo que se puede hacer con muchos menos recursos de los que posee el Gobierno, y en mucho menos tiempo.

Eso me lleva a una pregunta incómoda: ¿por qué algunos segmentos de nuestra sociedad siguen aferrados a la idea de que todo debe ser centralizado por el Estado y controlado por los políticos? La experiencia de Compromiso Valle demuestra que si hay voluntad, articulación y un propósito claro, es posible generar impacto real desde lo privado, los ciudadanos, desde lo colectivo. Es más, es un buen ejemplo de que incluso la inversión social puede ser mejor gestionada por el sector privado o por los propios ciudadanos, si hay compromiso, transparencia y sentido de propósito compartido.

No se trata de renunciar a lo público, sino de complementarlo con inteligencia, compromiso y acción. Porque mientras se tramita un convenio o se expide un decreto, en Compromiso Valle ya se tejó una red, se activó un programa, se transformó una vida.

## **Un modelo que debería replicarse**

Lo que más me impacta de Compromiso Valle es su método: escucha activa, confianza, corresponsabilidad. No hay paternalismo ni soluciones de escritorio. Cada programa se construye con la comunidad, no para ella.

En tiempos donde la polarización nos encierra en trincheras, este modelo demuestra que sí es posible cooperar desde las diferencias. Que empresarios y líderes sociales pueden sentarse en la misma mesa, no para negociar poder, sino para transformar el futuro.



## **¿Y si nos diéramos la oportunidad?**

A veces me pregunto qué pasaría si esta experiencia se replicara a gran escala. Si en vez de esperar que todo venga del Gobierno, apostáramos por la inteligencia colectiva. Si en vez de dividirnos en etiquetas, nos atreviéramos a conversar como en El Palabreo.

Estoy convencida de que el camino pasa por ahí: por el compromiso y también por la humildad de reconocer que nadie transforma solo. Que el verdadero cambio se construye en red, con persistencia, confianza y colaboración.





## Colombia y Estados Unidos: una relación asimétrica

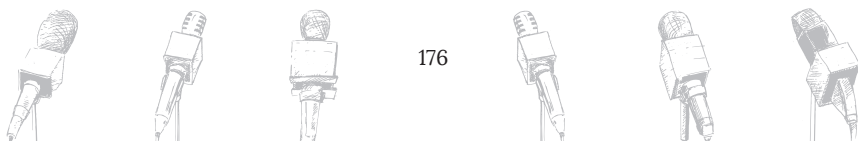
**E**n abril de 2025, una amenaza arancelaria de Washington volvió a poner en tensión la relación entre Colombia y Estados Unidos. No es un episodio aislado. Llevo más de tres décadas observando de cerca este vínculo, marcado por alianzas, choques y una constante asimetría.

Comercio, lucha antidrogas, migración y cooperación internacional han sido ejes constantes de una alianza compleja. Aquí repaso los principales hitos de esa relación, sus impactos y los desafíos que siguen vigentes.

### La apertura económica y los tratados

Durante el Gobierno de César Gaviria, la gran discusión en el país giraba en torno a si la industria nacional estaba preparada para enfrentar la apertura económica. La medida implicaba reducir aranceles, recibir más inversión extranjera y competir en condiciones equilibradas.

El debate fue intenso entre los que veían una oportunidad de modernización y los que advertían riesgos para sectores vulnerables. Con el paso de los años, algunas advertencias se confirmaron: las industrias del calzado y las confecciones no lograron sostenerse frente a la competencia externa. Esto



derivó en el cierre de numerosas pequeñas empresas y la pérdida de empleos.

Antes de la apertura económica de 1990, Colombia producía más de 100 millones de pares de zapatos al año, abasteciendo ampliamente el mercado interno. Para 2023, la producción nacional cayó a cerca de 50 millones de pares, lo que cubre el 42 % de la demanda interna, según la Asociación Colombiana de Industriales del Calzado, el Cuero y sus Manufacturas (Acicam).

En ese contexto, se firmaron el ATPA (1991) y el ATPDEA (2002) que otorgaron acceso preferencial a productos colombianos en el mercado estadounidense. Sin embargo, el gran debate vino durante la discusión del Tratado de Libre Comercio entre Colombia y EE. UU.

Las negociaciones comenzaron en 2004, durante el Gobierno de Álvaro Uribe, y despertaron una fuerte controversia nacional. Gremios empresariales, sindicatos, campesinos y organizaciones sociales participaron activamente en el debate público. Mientras el Gobierno destacaba las oportunidades para aumentar las exportaciones, muchos sectores advertían sobre los riesgos para la agricultura, la industria nacional y el empleo.

Finalmente, el acuerdo fue suscrito en 2006 pero su aprobación en Estados Unidos se demoró hasta 2011. Tras incorporar compromisos laborales y ambientales, el TLC entró en vigor en 2012, marcando un nuevo capítulo en la relación bilateral.

Según cifras del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) y del Departamento de Comercio de Estados Unidos, desde la implementación del TLC el comercio bilateral ha aumentado, pero también ha revelado desequilibrios. En



2024, las exportaciones colombianas a EE. UU. alcanzaron los USD 17.700 millones, mientras que las importaciones desde EE. UU. sumaron USD 19.000 millones. Lo anterior generó un déficit comercial de USD 1.300 millones para Colombia.

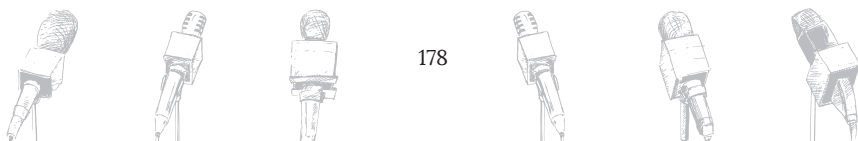
Estados Unidos sigue siendo el principal destino de las exportaciones colombianas (28,9 %) y la mayor fuente de inversión extranjera directa. En 2024, Colombia recibió USD 14.234 millones en inversión extranjera directa, de los cuales USD 5.508 millones provinieron de EE. UU., equivalentes al 38,7 % del total.

### **Plan Colombia: cooperación con condicionamientos**

La política antidrogas ha sido otro de los pilares de la relación bilateral. En 1999, los Gobiernos de Andrés Pastrana y Bill Clinton lanzaron el Plan Colombia, una estrategia integral para combatir el narcotráfico, fortalecer la seguridad y consolidar el Estado de derecho. Entre 2000 y 2015, Estados Unidos aportó cerca de 10.000 millones de dólares en asistencia militar, policial y social.

Este apoyo permitió reducir parcialmente los cultivos de coca y desarticular estructuras armadas ilegales. También fortaleció las capacidades de las fuerzas armadas colombianas. Sin embargo, el plan generó críticas por su énfasis militar, el uso extendido del glifosato en fumigaciones aéreas y los impactos negativos en comunidades rurales, especialmente en zonas de frontera y regiones con economías ilegales. El uso del glifosato generó un intenso debate por sus posibles efectos en la salud y el ambiente.

En 2015, Colombia decidió suspender el uso del glifosato en las fumigaciones aéreas, tras una alerta de la Organización Mundial de la Salud sobre los posibles efectos cancerígenos del herbicida. Esta decisión, adoptada por el Consejo Nacional de Estupefacientes, generó una fuerte reacción por parte



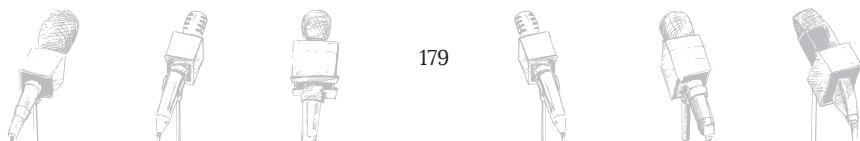
del Gobierno de Estados Unidos, que históricamente había respaldado esta estrategia en la lucha contra los cultivos ilícitos.

Funcionarios estadounidenses expresaron su preocupación por la suspensión y presionaron para que Colombia reconsiderara la medida, argumentando que afectaría los resultados en la erradicación de cultivos. Además, la decisión influyó en la revisión de recursos y estrategias en el marco de la cooperación bilateral, reorientando fondos hacia la erradicación manual y programas de sustitución de cultivos, más costosos y riesgosos para los erradicadores.

Durante los Gobiernos de Álvaro Uribe (2002-2010), la cooperación con Estados Unidos se intensificó. En el marco de la Seguridad Democrática se incrementaron las operaciones conjuntas de inteligencia y lucha contra el narcotráfico. En 2022, como reconocimiento a esa relación sostenida, Estados Unidos designó a Colombia Aliado Estratégico Extra-OTAN, una categoría que facilita la cooperación en defensa y adquisición de tecnología militar.

Sin embargo, más allá de la cooperación, también han existido mecanismos de presión. La descertificación es una acción utilizada por Estados Unidos si considera que un país no está cumpliendo con sus compromisos en la lucha contra las drogas. En 1996, Colombia fue descertificada durante el Gobierno de Ernesto Samper.

Aunque desde entonces no se ha aplicado nuevamente, Donald Trump amenazó con hacerlo en 2017 y 2019 debido al aumento en los cultivos de coca. Esta posibilidad ha vuelto a mencionarse durante su nuevo mandato, lo que refleja que la descertificación sigue siendo una herramienta de presión vigente en la agenda bilateral.



## **Migración: remesas, asilo y deportaciones**

La migración también ha sido un eje relevante en la relación. Cerca de 2 millones de colombianos, entre migrantes y sus familias, residen en Estados Unidos. Las remesas enviadas desde ese país representan el 53 % del total recibido por Colombia, y son una fuente clave de ingresos para muchas familias.

En los últimos años se ha incrementado el número de colombianos detenidos o deportados por intentar ingresar irregularmente a Estados Unidos. En 2024, se registraron 14.268 deportaciones y cerca de 135.000 detenciones en la frontera sur, según el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de Estados Unidos (ICE, por sus siglas en inglés).

Sin embargo, esta política migratoria no ha afectado particularmente a Colombia. Ciudadanos de otros países de América Latina también han experimentado un aumento en los controles migratorios y expulsiones. Lo anterior refleja un enfoque más restrictivo por parte del Gobierno estadounidense frente a la migración irregular en la región.

Este fenómeno ha generado tensiones diplomáticas. A comienzos de 2025, el Gobierno colombiano expresó su rechazo a la forma en que migrantes colombianos estaban siendo deportados y Estados Unidos respondió con amenazas arancelarias. Aunque el incidente se resolvió por la vía diplomática, evidenció la sensibilidad del tema y la forma en que Estados Unidos impone, sin negociación, decisiones que impactan directamente a sus aliados.

## **Tensiones históricas**

La relación entre Colombia y Estados Unidos ha enfrentado distintos momentos de tensión y crisis diplomática. Estos episodios han puesto a prueba la solidez de la relación bilateral.



Uno de los más críticos fue el escándalo del Proceso 8.000, que involucró el ingreso de dineros del narcotráfico a la campaña presidencial de Ernesto Samper. En 1996, Estados Unidos revocó la visa del entonces Presidente y descertificó a Colombia. La descertificación es una medida que permite al Gobierno estadounidense retirar apoyo a países que no cumplen sus compromisos antidrogas. En este caso, la medida implicó restricciones económicas y congeló parcialmente la cooperación bilateral.

Otro momento de tensión fue la creación de la Lista Clinton en 1996. El gobierno estadounidense incluyó a personas y entidades vinculadas al narcotráfico, el lavado de activos y otras actividades ilícitas. Aunque se aplica globalmente, en Colombia tuvo un impacto particular. Estar incluido en esta lista conlleva sanciones económicas severas: congelación de activos, restricciones comerciales y bloqueo del acceso al sistema financiero internacional.

Varios empresarios y compañías del Valle del Cauca fueron señalados, lo que generó consecuencias económicas graves y afectó la imagen empresarial de la región. A lo largo de los años, se han hecho esfuerzos legales y diplomáticos para lograr la exclusión de algunas personas y empresas, con resultados diversos.

Otra controversia importante surgió en 2009. El Gobierno colombiano firmó un acuerdo que permitía a fuerzas militares estadounidenses el uso de siete bases en territorio nacional: Malambo, Palanquero, Apiay, Tolemaida, Larandia, Cartagena y Bahía Málaga. El objetivo era reforzar la cooperación en operaciones antinarcóticos y entrenamiento militar.

Sin embargo, la iniciativa generó un amplio rechazo en América Latina, donde se interpretó como una expansión del poder militar estadounidense en la región. A nivel interno, sectores



políticos y sociales cuestionaron la falta de debate público y los riesgos para la soberanía nacional. Finalmente, la Corte Constitucional tumbó el acuerdo por falta de aprobación legislativa, lo que obligó a su renegociación.

Uno de los elementos más sensibles de la relación entre ambos países es la extradición. Reinstaurada plenamente en 1997, tras una suspensión en los años noventa, esta medida ha permitido que cientos de ciudadanos colombianos sean enviados a Estados Unidos para responder por delitos relacionados con narcotráfico, lavado de activos o crimen organizado.

Durante los Gobiernos de Álvaro Uribe se registraron más de 1.100 extradiciones. Aunque es defendida por aquellos que la consideran un mecanismo eficaz de justicia internacional, también ha generado críticas por la percepción de que Colombia cede soberanía judicial. El debate sobre su aplicación continúa vigente, especialmente en casos donde los crímenes han ocurrido en territorio nacional.

A pesar de estas fricciones, ambos países han mantenido canales de diálogo y han buscado preservar la cooperación en áreas clave. Sin embargo, los episodios descritos muestran que la alianza no está exenta de conflictos y que su estabilidad depende en buena medida del contexto político en ambos países.

### **El caso del Valle del Cauca**

El Valle del Cauca ha vivido de manera directa los impactos de la relación entre Colombia y Estados Unidos. La apertura económica de los años noventa y la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC) en 2012 transformaron su estructura productiva.

Durante la década de 1990, el departamento experimentó una fuerte desindustrialización. Su participación en el PIB



nacional disminuyó, el desempleo aumentó y muchos sectores tradicionales no resistieron la competencia internacional.

Aunque se esperaba una modernización del aparato productivo, en la práctica muchos sectores se debilitaron o desaparecieron. En muchos casos, el efecto fue la pérdida de empleos formales y el cierre de empresas.

A pesar de lo anterior, el balance no ha sido del todo negativo. En los primeros diez años del TLC, las exportaciones no mineras del Valle del Cauca a Estados Unidos crecieron a un ritmo promedio del 8 % anual. El azúcar, frutas, flores y alimentos procesados ganaron espacio en el mercado estadounidense.

Según cifras de 2024, el departamento aporta el 3,9 % de las exportaciones colombianas a ese país. Aunque esto lo ubica por debajo de Antioquia y Bogotá, se destaca la diversidad de su canasta exportadora, que incluye productos farmacéuticos, químicos, confecciones, partes eléctricas y derivados del cacao.

Sin embargo, esta integración también ha dejado desafíos. La región sigue siendo vulnerable a decisiones unilaterales de Estados Unidos, como la imposición de aranceles o cambios en normativas fitosanitarias.

Además, la presencia de empresas vallecaucanas en la Lista Clinton ha generado crisis empresariales, restricciones financieras y estigmatización. Cali llegó a tener más de 270 entidades en la lista.

En materia de seguridad, el Valle del Cauca vivió de cerca el accionar del Cartel de Cali y sus repercusiones internacionales. La extradición de capos, la cooperación judicial con Estados Unidos y el señalamiento de empresas locales afectadas por vínculos con el narcotráfico también marcaron la agenda regional.





Aunque el Plan Colombia no tuvo en el departamento un impacto directo sí dejó huellas en términos de cooperación institucional, programas sociales y presencia de agencias estadounidenses.

Hoy el Valle del Cauca mantiene una relación comercial estratégica con Estados Unidos. Sin embargo, la experiencia demuestra que las dinámicas globales no siempre traen beneficios equitativos. La región ha buscado adaptarse, diversificarse y reposicionarse, pero su desempeño sigue condicionado por decisiones tomadas en Washington. Esa dependencia evidencia cómo, en una relación asimétrica, las decisiones del socio mayor siguen marcando el rumbo económico local.

### **Conclusión: una relación clave y desigual**

La alianza entre Colombia y Estados Unidos es profunda, duradera y estratégica, pero no equilibrada. Ha permitido enfrentar desafíos comunes y sostener cierta estabilidad regional, aunque siempre bajo condiciones asimétricas.

Colombia ha buscado mantener los beneficios de esta relación sin perder autonomía. A pesar de todo, en los últimos años el desequilibrio se ha hecho más evidente.

Estos hechos reflejan cómo decisiones unilaterales del socio mayor impactan de forma directa a la economía colombiana. La experiencia demuestra que la estabilidad de la relación depende de los vínculos históricos, la coyuntura estratégica y del contexto político y económico en ambos países.



Colombia necesita revisar y fortalecer los términos de esta alianza para evitar que se traduzca en una dependencia costosa. La relación con Estados Unidos debe sostenerse en el respeto mutuo, la corresponsabilidad y el equilibrio de intereses. La alianza debe actualizarse, o el costo político y económico de esta dependencia seguirá creciendo.



## Educación: la gran deuda con el futuro

**M**ientras el país discute reformas pensional, laboral y de salud, el sistema educativo sigue esperando una transformación estructural. ¿Por qué el Gobierno no propuso una reforma educativa? Tal vez porque sus efectos no se ven en cuatro años, su ausencia se siente a diario en los barrios, aulas y esquinas.

En una reunión comunitaria en el barrio Belén de Cali, organizada tras el estallido social, tres jóvenes resumieron sin saberlo los problemas estructurales de nuestro sistema educativo. Uno, de apenas 16 años, había dejado el colegio en noveno grado. “Eso no es para mí”, dijo sin rodeos. Otro, recién salido de la cárcel tras cumplir condena desde los 17 años, aseguraba que ya era “muy viejo” para volver a estudiar. Y un tercero, con título de diseñador gráfico, confesó que le iba mejor siendo barbero en el barrio que con un empleo formal en su profesión.

Los tres casos revelan una misma conclusión: la educación no conecta con la vida real de millones de jóvenes. No es una afirmación ideológica, sino una constatación empírica. Lo que está en crisis no es solo la cobertura o la calidad académica, sino la pertinencia y el sentido mismo de estudiar.



## **Una cobertura que avanza, pero no alcanza**

He visto infinidad de cifras, he asistido a múltiples foros y debates sobre el estado de la educación en Colombia. La preocupación es genuina, pero también la inacción. En las últimas dos décadas, el país ha mejorado sus indicadores de cobertura. En 2020, el 89% de los niños estaba matriculado en primaria, el 79% en secundaria y el 47% en media, según el Ministerio de Educación. Son avances importantes frente al inicio de siglo, pero aún insuficientes. Casi la mitad de los jóvenes no cursa los grados 10 y 11, lo que limita seriamente su proyección educativa y laboral.

El problema se agrava en zonas rurales, donde apenas el 9% de las sedes ofrece grados de educación media (Banco Mundial, 2021). La deserción es estructural. En 2020, en plena pandemia, se registraron tasas de abandono del 2,1% en primaria, 2,9% en secundaria y 2,5% en media (MEN, 2021). Aunque estos porcentajes pueden parecer bajos, representan miles de jóvenes que salen del sistema cada año.

## **Calidad: el otro déficit**

El rezago no es solo en cobertura. En las pruebas PISA 2018, Colombia obtuvo 412 puntos en lectura, 391 en matemáticas y 413 en ciencias, frente a promedios OCDE de 487-489 puntos. En matemáticas, el 35% de los estudiantes colombianos alcanzó el nivel mínimo de competencia, frente al 76% de la OCDE.

El desempeño académico está fuertemente vinculado al nivel socioeconómico. En el quintil más bajo, apenas el 26,6% de los adolescentes logra competencias básicas de lectura, mientras que en el más alto lo consigue el 69,2% (Banco Mundial, 2021). Es decir, la escuela no cierra brechas: las reproduce.



En zonas rurales y municipios con Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET), los estudiantes obtienen entre 26 y 41 puntos menos en Saber 11 que sus pares urbanos (ICFES, 2022). Las razones no son nuevas: falta de infraestructura, conectividad, docentes estables y formados, y entornos escolares estimulantes.

### **Educación sin conexión al futuro**

A la baja calidad se suma otro factor: la desconexión con el mundo real. Según el Observatorio Laboral para la Educación del Ministerio, el 77,9% de los graduados en 2021 estaba cotizando al sistema de seguridad social en 2022. Esto significa que más de uno de cada cinco jóvenes con título profesional no tenía empleo formal un año después de graduarse. No puede ser que un joven que soñaba con ser diseñador termine de barbero porque no encuentra oportunidades dignas. Ese joven no abandonó su carrera por desinterés ni falta de talento. Lo hizo porque el sistema le ofreció un título, no un camino. Igual que él, muchos prefieren oficios informales que, aunque inestables, les permiten vivir con autonomía. Esta decisión no es un fracaso individual, es una señal de alerta colectiva.

El sistema educativo colombiano sigue centrado en un modelo memorístico, homogéneo y lineal. Pocos estudiantes acceden a formación técnica o tecnológica articulada con sectores productivos. Lo anterior a pesar de los esfuerzos del SENA.

En la educación superior, la deserción es también un problema crítico: según cifras del Ministerio de Educación para 2023, cerca del 10% de los estudiantes universitarios y el 16% de los técnicos y tecnólogos abandonan sus estudios antes de graduarse. Si se cruza este dato con la cobertura del sistema, que apenas alcanza el 55%, se estima que alrededor del 40% de los jóvenes logra completar la educación superior. La política de gratuidad de matrícula representa un avance importante.



Sin embargo, no basta por sí sola: siguen faltando estrategias de acompañamiento académico, orientación psicosocial y una mayor pertinencia entre la formación y el mundo laboral.

### **Inversión sí, transformación no**

Colombia destina cerca del 4,5% del PIB a educación (Banco Mundial, 2022), cifra cercana al promedio OCDE. Sin embargo, el gasto por estudiante sigue siendo bajo en términos absolutos. Además, la distribución de recursos no siempre responde a criterios de equidad.

En 2024 se asignaron 73,8 billones de pesos al sector, el mayor presupuesto educativo en la historia del país (MEN, 2024). El problema no es cuánto se invierte, sino cómo. La OCDE ha señalado que la eficiencia del gasto sigue siendo baja y que la falta de continuidad en las políticas impide avances sostenidos.

### **La escuela pierde sentido, el crimen gana narrativa**

Hace poco participé en un foro sobre el crimen organizado y su impacto en los jóvenes. Allí dieron a conocer un estudio que me dejó pensando durante días. Se aplicó en 100 colegios públicos de zonas vulnerables de Medellín y encuestó a casi 10 mil estudiantes de entre 12 y 15 años. No hablaban de cifras abstractas: hablaban de niños que reconocen, admiran o temen a los grupos criminales.

El crimen no solo recluta por necesidad. Recluta porque sabe prometer: estatus, respeto, ingreso rápido, diversión. El sistema educativo, en cambio, muchas veces no promete nada. Ni siquiera ilusiona.

Según el estudio, los estudiantes más expuestos a violencia o con menor contención familiar más simpatizaban con las reglas del crimen. Cuatro perfiles aspiracionales aparecían con claridad: querían ser admirados, buscaban dinero rápido, anhelaban un rol útil o deseaban experiencias emocionantes.



Lo más inquietante es que muchas escuelas no tienen herramientas para competir con esa narrativa. Docentes sobrecargados, orientadores sin recursos, discursos que no emocionan. La escuela pierde terreno no porque el crimen sea más fuerte, sino porque conecta mejor con lo que muchos jóvenes desean: pertenecer, avanzar, ser alguien.

Esto reafirma la historia que les conté del empresario nocturno en Cali, que poco después de la pandemia no pudo recontractar a sus exempleados porque ahora preferían “campanear” para las oficinas de cobro.

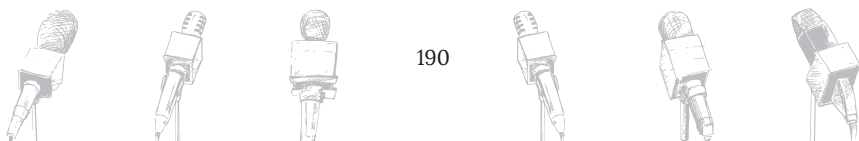
Y otra historia, aún más cruda. Hace mucho hicimos una nota sobre prostitución en Universidades. Una joven, estudiante de psicología nos dijo que había decidido ser dama de compañía porque ganaba 800 mil pesos en una tarde. Lo decía sin culpa, con lógica pragmática: “Yo no voy a matarme por la miseria que le pagan a los profesionales”. No era una joven necesitada: venía de una familia acomodada. Lo que la alejaba del camino profesional no era la escasez, sino la certeza de que su carrera no le daría prosperidad. Si el sistema no ofrece alternativas viables y dignas, lo ilegal se vuelve opción racional.

Ahí está el verdadero desafío: construir un modelo educativo que conecte con las emociones, los sueños y las urgencias de los jóvenes.

El mismo estudio concluye que en colegios donde hay presencia psicosocial constante, docentes formados para detectar riesgos y propuestas vinculadas al entorno, la atracción por las estructuras criminales disminuye. Es decir, sí hay alternativas pero requieren presencia, coherencia y decisión política.

### **Hacia una educación con sentido**

Desde hace 12 años, el Diario Occidente lidera EDUKA, una iniciativa que busca enamorar a los jóvenes de la educación.



En ese programa, un día invitamos a un conferencista que habló del “ikigai”. Era la primera vez que oía ese término. Es un concepto japonés que, desde entonces, marca para mí el rumbo de lo que debería ser un proyecto educativo para las nuevas generaciones: una educación que invite a preguntarse qué los apasiona, para qué son buenos, qué necesita el mundo y por hacer qué podrían pagarles.

Ese enfoque resume lo que necesitamos transformar. No basta con ampliar cobertura ni repartir becas. La educación requiere una reforma profunda en sus objetivos, contenidos y metodologías. Necesitamos una escuela que enseñe, motive, apasione, inspire y haga soñar. Que les muestre a los jóvenes que hay caminos posibles y deseables, que su talento vale, y que sus sueños no son un lujo, sino una meta alcanzable. Una educación que conecte con la realidad, también que la trascienda. Que articule saberes con habilidades, valore el contexto y promueva la creatividad, el pensamiento crítico y la esperanza.

Eso implica cambiar las preguntas: no solo ¿cuántos se matriculan?, sino ¿cuántos aprenden algo significativo? Implica también replantear el rol del Estado: de gestor de programas a garante de trayectorias. Una política educativa efectiva no se mide en indicadores aislados, sino en la capacidad del sistema para acompañar a cada niño y joven desde la primera infancia hasta su inserción laboral.





## **Tarimas, canchas y murales: el alma de las comunas**

**L**a Toma de las Comunas, del Diario Occidente y el Noticiero del Pacífico, también incluía luces, sonido y una tarima que se llenaba de vida. Power Sound, nuestro aliado logístico, sabía que lo técnico era fundamental. Sin embargo, el corazón del espectáculo estaba en los talentos que emergían desde los barrios, con energía, con ganas, con orgullo.

Cantantes, bailarines, poetas, cuenteros... de todas las edades. A veces nos costaba más elegir quién quedaba por fuera que armar el programa. Lo mismo ocurría en los recorridos diurnos. Las escuelas de fútbol eran hervideros de sueños. No era raro encontrar a un niño sin uniforme, con una zurda de crack. Tampoco era raro ver a una madre que no entendía de tácticas, sí de sacrificios para que su hijo entrenara.

Allí confirmé una verdad que aún me acompaña: en Cali, la cultura y el deporte son “lujos” por los que se lucha. También son lenguajes cotidianos. Formas de resistencia. Escenarios de comunidad. Y si bien mi ejemplo nace desde Cali, ciudad que conozco bien, estoy segura de que esta vivencia se repite en cualquier población colombiana donde una madre acompaña a su hijo a entrenar, donde un joven pinta su historia en una pared, o donde un barrio entero se reúne en torno a una canción.



## **El deporte que espanta la violencia**

Años después de la toma de las comunas visité el barrio 7 de Agosto. Allí, tras 14 años azotados por el microtráfico, la comunidad decidió recuperar su parque. No con discursos, sino con torneos. “Si la gente ocupa masivamente los espacios recreativos, la delincuencia se espanta”, me dijo Arley Meneses, líder barrial.

200 niños participaron en el campeonato. No hubo premios costosos, sí una celebración auténtica: fútbol, tambores, alegría. El deporte forma atletas pero también construye convivencia. Hoy, el modelo de ligas comunales, escuelas de base y CicloJam, ese festival que mezcla bici, hip hop y arte urbano, son parte de una apuesta que integra cultura ciudadana con vida barrial.

En cada cancha iluminada en la noche hay una historia que vale más que cualquier trofeo.

## **Murales que hablan**

Durante el estallido, una de las batallas se libró por las paredes. De los murales coloridos a los grises de un día para otro. Una lucha simbólica y estética que vale la pena comprender. En Llano Verde, Siloé, Mojica en las paredes hay memoria, duelo, esperanza. Los jóvenes que antes eran invisibles hoy firman con orgullo sus nombres al pie de un mural. No son grafiteros por rebeldía: son artistas por convicción.

En Siloé, vi cómo las paredes grises se convirtieron en lienzos. En Llano Verde, gracias a Escuelas Taller, más de 100 vecinos pintaron sus propias casas con escenas de su vida cotidiana. “Queremos que esto sea un museo vivo”, me dijeron. Y lo lograron. Lo que empezó como intervención artística terminó siendo una atracción turística que deja ingresos.



No hay política pública más eficaz que la que involucra a la comunidad en la transformación de su propio relato.

### **Fe y alegría sobre las tablas**

En la celebración de los 60 años del Diario Occidente, reviví esa conexión con la cultura. Jóvenes de Fe y Alegría nos regalaron una obra de teatro poderosa y un show de música urbana que aún me emociona. No tenían grandes recursos, pero sí talento y una convicción arrolladora. “Profe, este escenario es como estar en el Petronio”, me dijo uno. Tenía razón: ese día, ellos eran las estrellas.

Y es que en Cali, la salsa se baila en discotecas. Además, se enseña en los patios y se aprende en las esquinas. Igual que el breakdance, el freestyle, el folclor urbano. Esa mezcla de ritmos y realidades ha hecho de la ciudad un abanico cultural, donde los jóvenes se forman, se expresan y se reinventan.

### **El Petronio: identidad que retumba**

No se puede hablar de cultura en el suroccidente sin mencionar el Petronio Álvarez. El festival empezó para rendirle un homenaje a la música afro del Pacífico, hoy es símbolo de inclusión. Cada año, cientos de miles celebran su herencia negra y la posibilidad de reencontrarse con la raíz. El Petronio es tambor, bunde, viche... también es política, memoria, resistencia.

Para muchos jóvenes, tocar en esa tarima es una declaración de existencia. Es decirle al país: aquí estamos. Y valemos. Por eso el Petronio es una lección. Nos recuerda que una sociedad también debe aprender a reconocer las diferencias étnicas y culturales, a vivirlas, a disfrutarlas. Me alegra profundamente saber que en Cali tenemos una orquesta sinfónica, también que reconocemos la marimba como parte de nuestra herencia. Ambas caben. Ambas cuentan. Ambas nos representan.



## **Lo que vi, lo que aprendí**

En estos 35 años de periodismo he cubierto conflicto, crisis, marchas, elecciones. Pero son los días en las comunas, los aplausos en la tarima, los goles en las canchas polvorientas, los murales al sol de la tarde, los que me han enseñado de verdad qué es construir ciudad.

El deporte y la cultura no resuelven todos los problemas. Pero abren puertas. Crean vínculos. Salvan vidas. Una comunidad que canta, pinta, juega o baila unida, empieza a imaginar un futuro distinto. Sobre todo, no empuña un arma.

## **Falta el Estado, sobra voluntad**

En el Presupuesto General de la Nación para 2025, el Gobierno colombiano asignó \$511 billones, tras un recorte de \$12 billones por la no aprobación de la reforma tributaria. Esta reducción afectó duramente la cultura y el deporte, que sufrieron recortes del 24,2% y 62%, respectivamente, frente al año anterior. El Ministerio del Deporte, por ejemplo, pasó de contar con \$1,3 billones en 2024 a \$464 mil millones en 2025, según reportes oficiales. Históricamente, estos sectores representan menos del 1% del presupuesto nacional, una proporción que evidencia su baja prioridad dentro de la política fiscal.

A nivel local, la situación no es diferente. La participación de los sectores de cultura y deporte en el presupuesto municipal de Cali ha oscilado entre el 1,5% y el 2% del gasto total.

Estas cifras contrastan con la realidad de los barrios, donde la demanda por espacios culturales y deportivos crece día a día. Las ligas barriales, las escuelas de danza o los talleres de muralismo sobreviven no por el respaldo institucional. El compromiso de las comunidades, la terquedad de algunos líderes y, sobre todo, el esfuerzo silencioso de madres -que hacen milagros para conseguir un uniforme, pagar un pasaje o



cocinar para toda la comparsa- le dan vida a estas iniciativas. La verdadera política cultural se cocina en las casas, se entrena en las canchas y se ensaya en los patios.

### **Un plan de desarrollo diferente**

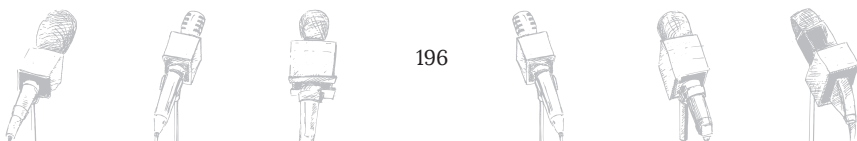
En tiempos donde todo parece fragmentarse, tal vez debamos mirar más hacia esos liderazgos silenciosos que desde una tarima o una cancha, desde una pared o una rima, siguen sosteniendo la ciudad.

Porque construir ciudad también se hace con micrófonos, pinceles y balones.

Muchos de estos ciudadanos hoy aparecen en los titulares por sus hazañas deportivas o sus logros artísticos. Sin embargo, su verdadero triunfo, y la razón por la que merecen un homenaje, no está en las medallas ni en los aplausos. Está en haber superado contextos marcados por la pobreza, la exclusión, la violencia o la discriminación, y aun así haber construido un camino propio. Su historia inspira no por el lugar al que llegaron, sino por todo lo que fueron capaces de vencer para llegar allí.

Son muchos los nombres que inspiran. María Isabel Urrutia, nacida en Candelaria y criada en el barrio Mariano Ramos de Cali, se convirtió en la primera medallista de oro olímpica de Colombia. Óscar Figueroa, desde su infancia en Zaragoza, alcanzó la gloria en levantamiento de pesas. Mauricio Valencia desafió los límites físicos y brilla en el paratletismo internacional. Ana Copete, desde el corazón del Petronio Álvarez, ha llevado la música del Pacífico a escenarios internacionales. También están los integrantes de Herencia de Timbiquí, que convirtieron su sonido ancestral en una marca global desde uno de los rincones más olvidados del país.

En el ámbito musical, Nidia Góngora ha transformado su



herencia timbiquireña en una escuela y en un legado cultural. Betty Garcés, soprano nacida en Buenaventura, venció barreras raciales y sociales para cantar en los escenarios más exigentes del mundo. Y desde la expresión performática, Johnjohn Campo, artista y activista caleño, ha roto más que barreras económicas, también identitarias, culturales y de género. Su trabajo y su rol en la formulación de políticas públicas para personas no binarias son ejemplo de cómo el arte también puede transformar desde la diversidad.

Todos ellos son referentes. La inspiración no siempre nace del éxito convencional. Muchas veces surge de las personas que abren camino donde antes no lo había, de las que resisten y crean sin reflectores

Por eso, los verdaderos frutos de estos procesos no son los campeones o los artistas consagrados. El destino más valioso que puede tener una escuela de fútbol o un taller de danza es formar seres humanos valientes, disciplinados y resilientes. Personas que, aunque no aparezcan en los medios, hacen de cada día una obra, un entrenamiento, una canción o una vida con propósito.



## Cultura ciudadana: una revolución silenciosa

¿Cómo se construye una sociedad desde la calle? No desde las urnas, sino desde la cotidianidad. Desde el acto simple de respetar una fila, de ceder el paso, de no tirar basura. He pasado décadas reportando planes de gobierno por eso sé que lo que cambia una ciudad es la decisión de sus habitantes de portarse distinto. Nos quejamos mucho de lo que el Estado no hace, pero pocas veces nos detenemos a pensar en lo que los ciudadanos dejamos de aportar. La cultura ciudadana empieza al momento en que reconocemos que también tenemos una parte de la responsabilidad.

En ese aspecto, he visto cómo Cali se mueve como un yo-yo entre el comportamiento ideal y el caos total. A principios de los 90 fuimos considerados una ciudad modelo de buen comportamiento. Treinta años después, tras la pandemia y el estallido social, nos convertimos en un caos urbano y cívico. Hoy siento que estamos recomponiendo el rumbo, volviendo a preguntarnos por las normas básicas de convivencia y por lo que significa realmente ser ciudadanos en comunidad.

Para escribir este reportaje, salí a recorrer la ciudad. Me subí al MÍO y confirmé que convivimos con realidades muy distintas: en estaciones como Universidades, el caos es total; en Capry y Cosmocentro, hay orden; en el centro, el caos vuelve, y en el oriente ni se diga. Sin embargo, en ese mismo sector también



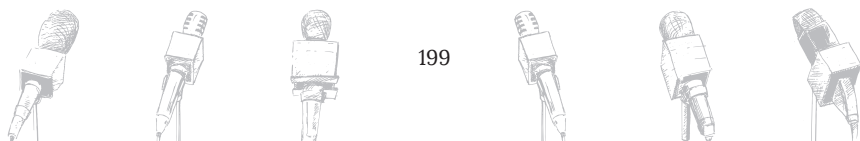
hay comportamientos distintos. Me sorprendió, por ejemplo, el civismo que observé en Mariano Ramos, en contraste con otros sectores donde los colados son mayoría. Esta percepción se refuerza también al conducir: hay zonas donde los semáforos, los sentidos viales y las ciclorutas se respetan, y otras donde reina la anarquía. Igual ocurre con el manejo de las basuras. Cali es una mezcla compleja de comportamientos y culturas.

Esta situación me hizo recordar algo que me dijo una mujer de origen campesino en una de las tomas de las comunas. Ella había llegado de la costa, de una zona rural, de una vereda del Pacífico. En su sector había mucha basura, vivía cerca del río Cauca y la mayoría de los habitantes tiraban la basura a sus orillas. Me explicó que el carro de la basura no entraba hasta su barrio, sino que pasaba tres cuadras más lejos, y que además, en el campo, la basura se quemaba o se enterraba. Esa conversación me hizo entender que detrás de muchos comportamientos que consideramos faltos de civismo hay historias, contextos, ausencias del Estado. Igualmente, aprendizajes culturales que requieren ser resignificados. En general, pienso que la cultura ciudadana es un proceso de aprendizaje continuo, en el que además juega un papel muy importante el sentido de pertenencia. En Cali nos ha ganado la intermitencia en ese proceso.

Esta fragmentación revela que nuestra cultura ciudadana es todavía frágil y que el esfuerzo por recomponerla debe adaptarse a contextos muy diversos.

### **De la teoría al semáforo**

A inicios de los 90, el politólogo Robert Putnam hablaba de “capital social”. No en el sentido financiero, sino en los lazos invisibles que unen a las comunidades: confianza, cooperación, normas compartidas. Su metáfora del “jugador de bolos solitario” en Estados Unidos advertía un peligro: sin redes, sin participación, la democracia se deshilacha. Y tenía razón.





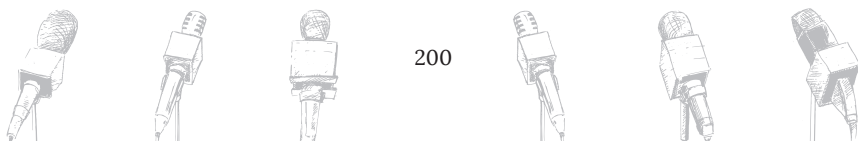
En Colombia, esa alerta se transformó en acción. Mientras Putnam escribía, Antanas Mockus aplicaba. El filósofo-alcalde entendió que cambiar las leyes no bastaba. Había que cambiar los imaginarios. Su estrategia fue pedagógica, simbólica, radical: mimos en las calles, tarjetas de aprobación o rechazo, duchas públicas para enseñar a ahorrar agua. Todo eso, más que anecdótico, fue estructural. Nos enseñó que la cultura ciudadana no es un lujo académico, es una necesidad urbana.

Ese cambio de mirada también trajo consigo un principio potente: la corresponsabilidad. Ya no se trataba solo de lo que hacía el Estado. La pregunta era qué estábamos dispuestos a hacer cada uno de nosotros. El capital social —esa trama de solidaridad, confianza y acción colectiva— empezó a visibilizarse en juntas de acción comunal, en pactos ciudadanos, en jóvenes que organizaban limpiezas barriales sin que nadie se los pidiera. Ahí empezó a construirse una democracia cotidiana, menos vistosa, más sólida. Mockus, de hecho, insistía en el poder de la sanción social: ese mecanismo no violento mediante el cual la comunidad reprueba conductas inadecuadas, no con agresión, sino con desaprobación activa. La sanción social refuerza la norma desde el ejemplo colectivo si se convierte en práctica cotidiana. Y eso, más que cualquier multa, tiene el poder de transformar comportamientos.

### **Cali y el “vivo bobo”**

“El vivo bobo” fue una campaña que logró meterse en el alma de una ciudad. Un personaje cómico que encarnaba al infractor de siempre: el que se salta la fila, el que parquea donde no debe, el que lanza la basura por la ventana. La genialidad fue mostrarlo como lo que es: no astuto, sino ridículo. En vez de sanción legal, vergüenza social. En vez de castigo, humor.

Antanas Mockus hablaba con insistencia de la sanción social como una forma legítima y efectiva de regular comportamientos en comunidad. No se trata de castigar



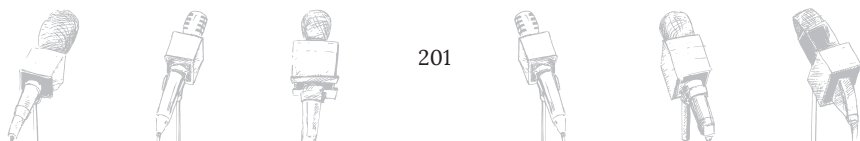
con dureza, sino de ejercer una presión simbólica que lleve al infractor a corregirse. Cali lo entendió con esta campaña: durante un tiempo, decirle “¡vivo bobo!” a quien cometía una falta menor tenía más efecto que una multa.

El entonces alcalde Rodrigo Guerrero lo resumió en una frase que aún tiene sentido: “No basta con construir cárceles, hay que construir conciencia”. Durante su mandato, Cali fue pionera en asumir que el comportamiento ciudadano no es algo que se impone, sino que se enseña y se aprende.

Sin embargo, ese aprendizaje no se mantuvo. Faltó continuidad. Cambiaron los Gobiernos, llegaron nuevos ciudadanos, surgieron nuevas culturas urbanas y con ellas nuevas tensiones. La cultura ciudadana requiere consistencia y tiempo pero ha sido abordada con campañas pasajeras. Con buenas intenciones pero sin resultados sostenidos, nos hemos limitado al concepto de una ciudad bonita porque está limpia. Esa es una manera muy superficial de asumir el problema. El resultado: una ciudad que avanzó, retrocedió y hoy intenta recomponer el rumbo. Lo que fue una estrategia de pedagogía cívica se quedó sin relevo, y sin rituales comunes que recordaran día a día que vivir en sociedad requiere pactos y respeto.

### **Medellín: cultura metro y pactos ciudadanos**

Contrario a lo que sucedió en Cali. Medellín ha logrado continuidad en la construcción de cultura ciudadana. La Cultura Metro, por ejemplo, se ha consolidado a lo largo del tiempo como un referente de respeto por lo público, algo que no logramos con el MÍO en nuestra ciudad. Mientras en Medellín el metro es motivo de orgullo, cuidado y corresponsabilidad, en Cali el sistema es continuamente vandalizado, las estaciones lucen descuidadas y sucias. La relación de los usuarios con el sistema es instrumental no simbólica. Lo mismo ocurre si comparamos los parques biblioteca, considerados espacios culturales vivos en Medellín, con los parques de Cali, donde en



muchos casos lo que predomina es el deterioro y la indiferencia. Esa diferencia, más allá de la infraestructura, habla de una apuesta sostenida en el tiempo, de un compromiso cívico que ha logrado trascender administraciones y contextos sociales cambiantes.

En Medellín, el proceso fue más silencioso, pero profundo. Allí, la cultura ciudadana se tejó en torno a símbolos colectivos: el Metro, las bibliotecas-parque, los presupuestos participativos. El civismo no se impuso: se construyó entre todos. Una comunidad que firma un pacto para cuidar su espacio, jóvenes que se convierten en guías cívicos, vecinos que deciden cómo invertir el presupuesto hacen que algo cambie. La ciudad deja de ser un escenario y se vuelve un proyecto compartido.

### **Cultura ciudadana, un esfuerzo global**

Los esfuerzos de Cali, Bogotá y Medellín no surgieron solos. La cultura ciudadana es parte de una tendencia global que, desde los años 90, ha promovido la participación como un derecho y una herramienta clave para el desarrollo. El PNUD, ONU-Hábitat y la OCDE han insistido en que las ciudades más democráticas y cohesionadas no son solo las que tienen mejor infraestructura, sino aquellas donde los ciudadanos tienen voz, corresponsabilidad y capacidad de incidir en lo público. Este enfoque entiende la cultura ciudadana como un proceso continuo, que requiere constancia, educación y rituales compartidos. Cali, Bogotá, Medellín no fueron excepciones. Sin embargo, mientras algunas lograron sostener esos aprendizajes en el tiempo, otras –como Cali– se quedaron en esfuerzos intermitentes que, aunque bien intencionados, no lograron consolidar un compromiso colectivo duradero.

### **La participación no se decreta**

Habermas decía que la esfera pública es ese lugar donde se forma la opinión colectiva. A veces está en la esquina del



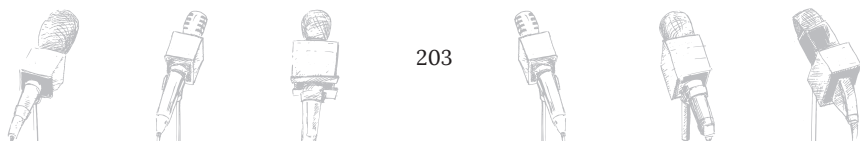
barrio, en la reunión de la Junta de Acción Comunal, en una asamblea juvenil. Desde Pasto hasta Medellín, pasando por Bogotá, los presupuestos participativos, las veedurías y los consejos de juventud han demostrado que la democracia se construye también desde abajo. Con dificultad, sí. Con avances y retrocesos.

Hoy, los escenarios de participación se multiplican en nuevos formatos. Las plataformas digitales, las consultas en línea, las redes sociales y los foros virtuales abren oportunidades para una ciudadanía más ágil, más informada, más diversa. Sin embargo, también traen riesgos. La polarización, la desinformación y la violencia simbólica amenazan con vaciar de sentido estos espacios. Por eso, más allá de la tecnología, el reto sigue siendo formar ciudadanos críticos, empáticos y activos. Que no solo voten, sino que dialoguen, vigilen, propongan y también hagan. En la actual era digital muchos piensan que ejercer ciudadanía es opinar pero lo cierto es que es actuar.

### **¿Y ahora qué?**

Hoy el reto no es solo mantener lo logrado, sino reinventarlo. Las redes sociales han abierto nuevos escenarios de participación, también de polarización. La fatiga cívica crece, la desconfianza también. Necesitamos nuevas narrativas. Nuevos “vivos bobos” que nos pongan frente al espejo. Nuevos mimos que nos recuerden que la norma no es una imposición, sino un pacto.

Desde la sala de redacción he visto cómo las grandes transformaciones no vienen siempre desde arriba. Vienen desde las calles, desde los pequeños actos cotidianos. Mockus decía: “la ley, la moral y la cultura deben armonizarse”. Quizá ese siga siendo el mayor desafío de nuestra democracia.



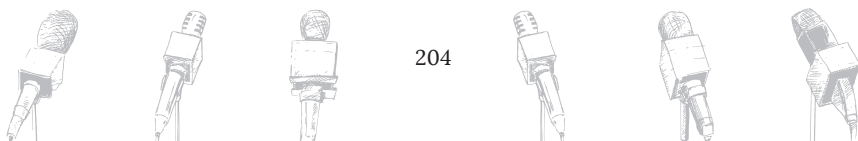
## Colombia 2050, los retos impostergables

Con el paso de los años he visto pasar Gobiernos, planes y reformas. Todavía no logro ver algo más difícil y urgente: un país que piense más allá del corto plazo, que construya una visión común y se atreva a sostenerla en el tiempo.

En los últimos dos años, Colombia ha debatido reformas en casi todos los frentes: pensiones, salud, trabajo, educación y política. Desafortunadamente, más que avances lo que se ha profundizado es la polarización. La falta de consensos, el debilitamiento del liderazgo político y la fragmentación del debate han paralizado decisiones claves y erosionado la confianza ciudadana.

Colombia es experta en diagnósticos. Sabemos cuáles son nuestras brechas, qué territorios hemos dejado atrás, y qué reformas hacen falta. Lo que no hemos conseguido es una hoja de ruta común, con metas claras, continuidad institucional y capacidad de ejecución.

El documento Visión Colombia 2050 elaborado por el Departamento Nacional de Planeación (DNP), presentado en 2022, es una hoja de ruta de largo plazo para el desarrollo del país. Su construcción se basó en un enfoque prospectivo, participativo y multisectorial que incluyó expertos del sector público y privado, la academia, organizaciones sociales y ciudadanía. A través de talleres, mesas técnicas, encuestas



y análisis de tendencias globales, se formularon escenarios y metas concretas en áreas clave. Esta visión no pretende predecir el futuro, sino definir hacia dónde queremos ir y qué transformaciones estructurales debemos emprender para lograrlo.

El documento Visión Colombia 2050 propone metas ambiciosas. Lo cierto es que ninguna de estas se alcanzará sin acuerdos de largo aliento, decisiones responsables y voluntad política que trascienda ideologías.

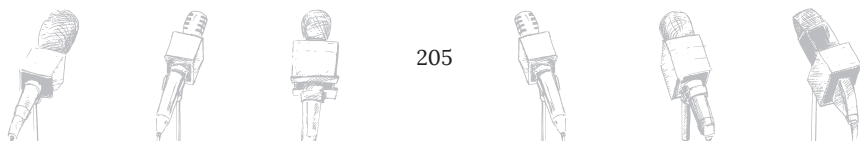
Mi mayor reto ha sido tratar de entender las problemáticas sin tomar una posición. En general, hago el esfuerzo de entender el contexto, ver miradas a favor, en contra, y tratar de visualizar el futuro deseable. En este segmento trato de hacerlo integrando las reformas que ha intentado impulsar el Gobierno de Gustavo Petro con el estudio Colombia 2050.

## **Salud**

Colombia alcanzó una cobertura casi universal en salud: más del 98% de la población está afiliada. Un logro innegable en las estadísticas que contrasta con la experiencia cotidiana de millones de pacientes que enfrentan barreras, demoras, trámites y una calidad desigual según el lugar donde vivan. En 2024, el Gobierno intentó transformar el sistema. A pesar de las intenciones, lo que logró fue una crisis sin precedentes y una de sus peores derrotas legislativas.

## **Diagnóstico**

El modelo creado por la Ley 100 de 1993 estableció un esquema mixto donde las Entidades Promotoras de Salud (EPS) gestionan los recursos y la atención. El resultado: cobertura amplia, con graves fallas. La fragmentación de servicios, la concentración urbana, la debilidad de la atención primaria y la crisis financiera de muchas EPS. Las múltiples liquidaciones



(Coomeva, Medimás, Convida) e intervenciones han afectado a millones de usuarios. La intervención a Nueva EPS y a Sanitas, en abril de 2024, mostró la fragilidad del sistema incluso en sus operadores más fuertes.

### **Reforma propuesta**

La propuesta del Gobierno Petro planteaba eliminar la intermediación financiera de las EPS, centralizar el manejo de recursos en la ADRES, crear Centros de Atención Primaria en todo el país y asegurar condiciones laborales dignas para los trabajadores de la salud. También proponía regionalizar la prestación de servicios y establecer vigilancia ciudadana.

### **Puntos a favor**

- Fortalecer la prevención, pasando de un modelo curativo a uno predictivo.
- Superar la inequidad territorial con infraestructura en zonas históricamente olvidadas.
- Evitar quiebras en cadena mediante un control estatal más directo.
- Mejorar las condiciones laborales del personal médico.
- Eliminar incentivos de lucro en el manejo de servicios básicos de salud.

### **Puntos en contra**

- Falta de claridad fiscal: no se presentó un plan detallado de costos ni de transición.
- Temor a la concentración burocrática: expertos advirtieron sobre un monopolio estatal ineficiente y politizado.



- Riesgo de parálisis operativa al desmontar las EPS sin un reemplazo estructurado.
- Rechazo de gremios (ACEMI, ANDI) y pérdida del apoyo de partidos aliados.

## **¿Qué debemos lograr para 2050?**

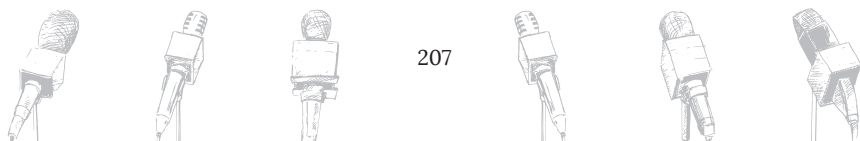
El documento Visión Colombia 2050 plantea un sistema de “sanidad de calidad, centrado en la prevención, con cobertura universal y sostenibilidad financiera”. Para ello, se requiere:

- Invertir en atención primaria integral y descentralizada.
- Integrar redes públicas y privadas bajo una gobernanza eficaz.
- Usar la clínica digital y telemedicina para cerrar brechas.
- Financiar la salud con base en impuestos generales, desligando el acceso del estatus laboral.
- Asegurar transparencia, participación ciudadana y estabilidad institucional.

El reto no es solo técnico. Es político. Reformar la salud exige un pacto social amplio y sostenido. Lo que no logramos en 2023-2024, deberá retomarse con más acuerdos y menos polarización. Porque para 2050, la salud será aún más crítica en un país con más adultos mayores, más enfermedades crónicas y más exigencias ciudadanas.

## **Pensiones**

Solo uno de cada tres adultos mayores recibe una pensión contributiva. El resto sobrevive con ayudas mínimas o sin ningún ingreso. En 2024, el Congreso aprobó la reforma pensional más ambiciosa de los últimos 30 años. En los próximos años veremos los efectos.





## Diagnóstico

El sistema dual establecido por la Ley 100 de 1993 generó problemas financieros estructurales. Colpensiones, el régimen público, concentra al 84% de los pensionados y solo recibe el 26% de los cotizantes. Los fondos privados, con el 74% de los afiliados, otorgan pensiones a una minoría, y no siempre suficientes. Mientras tanto, el Estado destina cerca de 18 billones de pesos anuales para subsidiar pensiones altas, muchas de ellas de antiguos funcionarios públicos.

## Reforma propuesta

La reforma aprobada en 2024 crea un modelo de pilares:

1. Contributivo: todos los trabajadores cotizarán hasta 2,3 salarios mínimos en Colpensiones. Los excedentes irán a fondos privados.
2. Solidario: aumenta el subsidio mensual a los adultos mayores pobres (de \$80.000 a \$223.000) y amplía la cobertura a 2,5 millones de personas.
3. Semicontributivo: garantiza una renta vitalicia a quienes cotizaron parte de su vida sin alcanzar los requisitos de pensión.

Se creó además un fondo público de ahorro, administrado por el Banco de la República, para proteger los recursos y garantizar su uso exclusivo en pensiones.

## Puntos a favor

- Amplía la cobertura real del sistema, incluyendo a personas antes excluidas.
- Mejora el ingreso de los adultos mayores más pobres.
- Introduce un enfoque de género: las mujeres tendrán



una reducción gradual en semanas requeridas para pensionarse (de 1300 a 1000 en 2036).

- Fortalece la función redistributiva del Estado sin eliminar los fondos privados.
- Evita el uso político de los recursos al asignar su gestión al Banco de la República.

### **Puntos en contra**

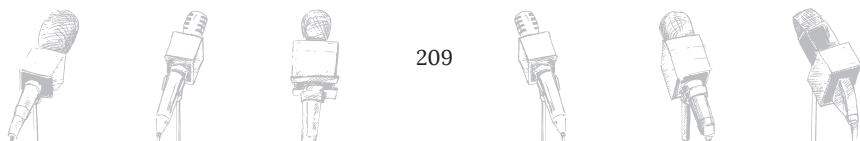
- No se aumentó la edad de jubilación, pese a la advertencia de la OCDE sobre el envejecimiento poblacional.
- Aún persisten riesgos fiscales: los beneficios nuevos podrían generar presiones a largo plazo si no se expande la base de cotizantes.
- Asofondos advirtió sobre posibles impactos en el mercado financiero, al reducir el flujo hacia los fondos privados.
- Algunas críticas apuntan a que no se resolvieron del todo los incentivos a la informalidad.
- La transición requerirá ajustes administrativos complejos y pedagogía masiva.

### **¿Qué debemos lograr para 2050?**

El envejecimiento demográfico es una certeza: para 2050, más del 21% de la población tendrá más de 65 años. Si no se garantiza sostenibilidad financiera y cobertura amplia, el sistema podría volver a colapsar.

La Visión Colombia 2050 propone un modelo de protección social universal, justo y sostenible. Para cumplirlo, se requerirá:

- Ampliar la formalización laboral para asegurar cotizantes activos.



- Evaluar con realismo la edad de retiro y ajustar los parámetros si es necesario.
- Reducir subsidios regresivos a pensiones altas.
- Reforzar el pilar semicontributivo para incluir trayectorias laborales intermitentes.
- Promover la empleabilidad de personas mayores: hoy solo el 55% de los adultos entre 55 y 64 años trabaja, frente al 73% en Alemania y 78% en Japón.

La vejez digna seguirá siendo uno de los mayores desafíos del país en las próximas décadas.

## **Trabajo**

Tras años de intentos fallidos, Colombia aprobó en 2025 una polémica reforma laboral. Tras ser hundida, el Congreso la “revivió” luego de que el presidente anunciara una posible consulta popular sobre el tema, presionando un acuerdo político de última hora.

## **Diagnóstico**

La informalidad afecta al 54% de los trabajadores, según cifras de 2020 citadas en la Visión Colombia 2050. Es decir, millones de personas laboran sin seguridad social, pensión ni estabilidad. El desempleo también se mantiene alto (13.7% en 2021) y estructural, con una brecha de género persistente y barreras adicionales para jóvenes, mujeres y poblaciones rurales.

La legislación laboral, basada en la Ley 789 de 2002, flexibilizó las condiciones de contratación para promover el empleo, pero sus efectos fueron limitados. Se ampliaron las jornadas, se fomentaron formas precarias como los contratos por



prestación de servicios o las cooperativas laborales, pero la informalidad no cedió. Tampoco se redujo el desempleo

## **Reforma introduce**

La reforma laboral, aprobada en junio de 2025, introdujo cinco cambios esenciales:

- Estableció el contrato a término indefinido como modalidad preferente.
- Reguló el trabajo en plataformas digitales, garantizando un vínculo laboral con las empresas
- Restableció el recargo nocturno desde las 7:00 p.m. y el pago del 100% por trabajo en domingos y festivos.
- Transformó el contrato de aprendizaje en una relación laboral con salario y seguridad social.
- Limitó el uso de contratos a término fijo y por obra o labor, restringiendo su implementación, duración y renovaciones.

## **Puntos a favor**

- Pretende corregir prácticas abusivas como la tercerización masiva.
- Reconoce nuevas formas de trabajo digital
- Introduce medidas de equidad para reducir brechas.
- Enfatizaba la necesidad de formalizar el empleo rural y juvenil.

## **Puntos en contra**

- Aumenta los costos de contratación.



- No incluye incentivos para generar empleo formal en sectores de baja productividad.
- Fue aprobada sin una evaluación completa de impacto económico y en la generación de empleo.
- Se percibe como una reforma que aumentaba rigideces, en vez de fomentar un mercado laboral más adaptable.
- No ofrece salidas claras frente a la automatización y el empleo del futuro.

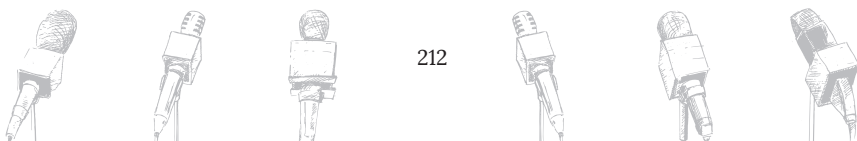
### **¿Qué debemos lograr para 2050?**

La Visión Colombia 2050 plantea reducir la informalidad al 19% y llevar el desempleo al 5%. Pero alcanzar esas metas requiere algo más que cambios normativos.

### **El país necesita:**

- Un sistema laboral que combine protección con flexibilidad.
- Políticas activas de empleo, formación y reconversión laboral.
- Incentivos reales a la formalización (reducción de cargas no salariales).
- Prepararse para los impactos de la automatización, la IA y el envejecimiento poblacional.
- Promover el aprendizaje a lo largo de la vida (reskilling y upskilling) en sectores de futuro.

Sin una reforma integral, Colombia corre el riesgo de enfrentar una doble trampa: una informalidad estructural que perpetúa la desigualdad, y una disrupción tecnológica que dejará atrás a quienes no se adapten.



## **Educación**

El futuro de un país se escribe en sus aulas. Desafortunadamente, en Colombia, la promesa de una educación transformadora sigue siendo más aspiración que realidad. La reforma educativa, centrada en la financiación universitaria, está en trámite desde 2024.

## **Diagnóstico**

Las cifras son elocuentes. El promedio de años de escolaridad de los colombianos mayores de 15 años es de apenas 9,3 años. Solo 13 de cada 100 jóvenes culminan estudios superiores, y más del 39% de los estudiantes obtiene un desempeño bajo en pruebas internacionales PISA. La brecha entre la educación pública y privada persiste, así como entre zonas urbanas y rurales.

El sistema arrastra déficits de calidad, infraestructura, formación docente y pertinencia curricular. A esto se suma una desconexión creciente entre la educación y el mundo del trabajo, y una brecha digital que amenaza con profundizar la exclusión.

## **Reforma propuesta**

La principal iniciativa legislativa actual es la reforma a la Ley 30 de 1992, enfocada en mejorar el financiamiento de las universidades públicas. Se busca garantizar gratuidad, ampliar cobertura y modernizar el sistema de educación superior.

Paralelamente, el Gobierno y sectores académicos han planteado propuestas complementarias:

- Universalización de la educación inicial (0 a 5 años).
- Diversificación de la educación media (enfoques técnicos y académicos).



- Formación continua de docentes, con enfoque digital y socioemocional.
- Educación STEAM desde la primera infancia.
- Integración de tecnologías (IA, aprendizaje adaptativo, conectividad plena).
- Fortalecimiento del sistema técnico y tecnológico.

### **Puntos a favor**

- Reivindica el rol de la educación como derecho y motor de equidad.
- Enfatiza la importancia de la primera infancia
- Introduce elementos de flexibilidad y personalización del aprendizaje.
- Reconoce la urgencia de cerrar la brecha digital y territorial.
- Promueve la articulación entre educación y empleabilidad.

### **Puntos en contra**

- El enfoque ha sido parcial: se ha priorizado la educación superior, sin abordar con igual fuerza la básica y media.
- La implementación de tecnología aún es desigual y poco articulada.
- Persisten deficiencias en formación docente y actualización curricular.
- El sistema educativo sigue operando con marcos pedagógicos del siglo XX.



- La reforma en curso no ha sido debatida ampliamente con estudiantes, maestros y regiones.

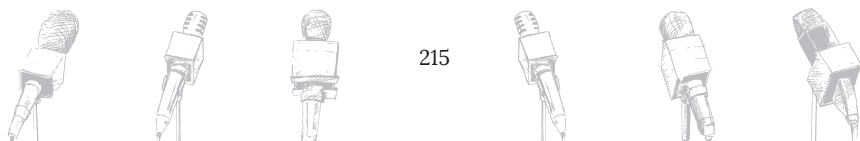
### **¿Qué debemos lograr para 2050?**

La meta es ambiciosa: alcanzar un promedio de 13 años de educación, reducir al 13% los estudiantes con bajo desempeño en PISA, y lograr que la educación pública tenga una calidad comparable a la de la OCDE.

Para lograrlo, se necesita:

- Asegurar educación inicial universal y de calidad
- Modernizar el currículo con enfoque en competencias, pensamiento crítico, innovación y ciudadanía.
- Garantizar conectividad y dispositivos para todos los estudiantes.
- Desarrollar un sistema de formación continua para docentes, centrado en habilidades digitales y pedagógicas.
- Fortalecer la articulación entre secundaria, educación superior y mercado laboral.
- Impulsar modelos híbridos y personalizados de aprendizaje, con apoyo de IA y plataformas digitales.
- Garantizar inversión sostenida en infraestructura, tecnología y calidad docente.

La educación en 2050 no puede seguir formando para un mundo que ya no existe. Necesitamos un sistema flexible, inclusivo, tecnológico y conectado con los desafíos reales del país. Lo contrario sería perpetuar las brechas que hoy intentamos cerrar.





## **Política**

Colombia no solo necesita nuevas leyes. Necesita nuevas reglas del juego. La desconfianza en las instituciones, el clientelismo persistente, la baja representación de jóvenes y mujeres, y la fragmentación de los partidos reflejan una democracia que funciona, pero no convence. La reforma política, presentada en dos ocasiones por el Gobierno entre 2023 y 2024, no logró avanzar. Y con su hundimiento, el país aplazó nuevamente un debate impostergable.

## **Diagnóstico**

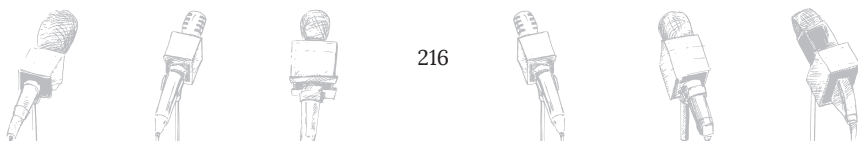
La política colombiana arrastra problemas estructurales. Los partidos perdieron identidad programática y se convirtieron en maquinarias electorales. La corrupción en la contratación y el uso de recursos públicos ha debilitado la legitimidad institucional. Las listas, sin paridad ni equidad territorial, refuerzan liderazgos personalistas y poco transparentes.

Además, la baja participación de jóvenes y mujeres refleja un sistema que excluye. Aunque el 51% de la población es femenina, las mujeres ocupan menos del 30% de los cargos de elección. Y en regiones periféricas, el acceso real al poder es aún más limitado.

## **Reforma propuesta**

El Gobierno intentó impulsar una reforma centrada en:

- Listas cerradas obligatorias, con paridad de género.
- Financiación estatal predominante de las campañas.
- Fortalecimiento de los partidos políticos y control interno.
- Transparencia en la contratación pública.



- Mecanismos de democracia directa y mayor participación ciudadana.

Sin embargo, el proyecto fue retirado en 2023 por falta de apoyo y se hundió definitivamente en 2024 en la Comisión Primera del Senado.

### **Puntos a favor**

- Buscaba reducir la fragmentación y el clientelismo al exigir listas únicas por partido.
- Promovía la equidad de género con listas paritarias.
- Proponía mayor control y supervisión sobre la financiación electoral.
- Incentivaba el fortalecimiento ideológico y programático de los partidos.
- Incluía mecanismos de participación ciudadana más activos.

### **Puntos en contra**

- Fue percibida como una iniciativa “desde arriba”, sin concertación real con las regiones y actores sociales.
- No resolvía el problema de fondo: el uso político del Estado para fines electorales.
- Se presentó en medio de una crisis de legitimidad del Ejecutivo, lo que debilitó su trámite.
- No incluía reformas al sistema de justicia electoral ni garantías más sólidas para las candidaturas independientes.
- El contexto político, polarizado y desconfiado, impidió construir consensos.



## ¿Qué debemos lograr para 2050?

La Visión Colombia 2050 no habla solo de desarrollo económico. Plantea también la necesidad de consolidar un contrato social incluyente, con instituciones legítimas, representativas y abiertas a la participación ciudadana.

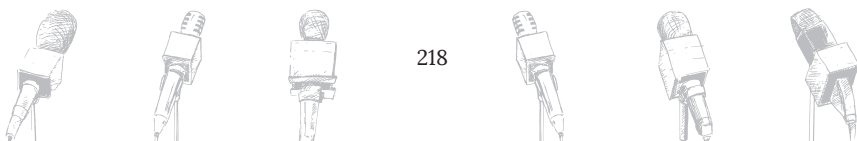
Para lograrlo, se necesita:

- Rediseñar el sistema electoral para garantizar transparencia, representatividad y equidad.
- Reformar el sistema de partidos para que respondan a intereses ciudadanos y no a cuotas de poder.
- Establecer mecanismos de control real sobre la financiación de campañas y la corrupción electoral.
- Garantizar una democracia paritaria, con mayor presencia de mujeres, jóvenes y grupos étnicos.
- Fortalecer la participación ciudadana más allá del voto: veedurías, presupuestos participativos, consultas informadas.
- Implementar tecnologías que faciliten la trazabilidad de los procesos democráticos.

Una democracia no se mide solo por elecciones libres. Se mide por su capacidad de representar, incluir y transformar. En 2050, Colombia debe ser un país donde la política inspire confianza, convoque a los mejores y esté al servicio del bien común.

## En la misma tormenta, en barcos distintos

Colombia es, sin duda, un país profundamente desigual. Un país donde las condiciones de vida, las oportunidades y el acceso a los derechos dependen del lugar donde se nace, del



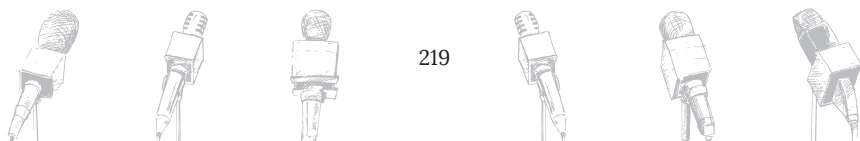
género, del color de piel o del estrato. Lo he repetido muchas veces: vamos en la misma tormenta, pero no en el mismo barco.

Las reformas que necesita Colombia deben partir de una verdad incómoda: la urgencia de cerrar brechas. No obstante, no podemos hacerlo a cualquier costo. No puede ser sin bases técnicas rigurosas, ni con propuestas improvisadas que comprometan la sostenibilidad del país o terminen ahondando los problemas que dicen querer resolver.

Tampoco puede hacerse desde la división. No saldremos adelante enfrentando a unos contra otros, entre sectores sociales, entre regiones, entre generaciones. Si seguimos fracturando el tejido social en nombre del cambio, lo único que cambiaremos será la profundidad del abismo que nos separa.

Viktor Frankl, el psiquiatra que sobrevivió a Auschwitz y escribió desde el dolor más profundo, decía que ‘en el momento en que ya no podemos cambiar una situación, tenemos el desafío de cambiarnos a nosotros mismos’. Quizás ese sea el verdadero reto de Colombia 2050: cambiar nuestras formas de dialogar, de proponer, de construir país. Abandonar el péndulo entre reformas imposibles y miedos paralizantes. Pensar el futuro sin trincheras.

Si algo necesita Colombia para avanzar es visión compartida, responsabilidad técnica y un nuevo pacto ciudadano. Porque ningún país se transforma solo desde el Estado. Se transforma cuando sus ciudadanos, sus líderes y sus instituciones deciden remar hacia el mismo horizonte, encontrando en ese esfuerzo conjunto un propósito colectivo que dé sentido a su actuar, incluso si parten de realidades distintas. Siguiendo la profunda enseñanza de Victor Frankl, quien halló significado en medio del dolor más extremo, el verdadero reto de Colombia 2050 reside no solo en cambiar las circunstancias externas, sino en



nuestra capacidad interna para hallar un sentido trascendente en la construcción del país que anhelamos. Implica la voluntad de elegir una actitud de colaboración y esperanza, de encontrar valor en las experiencias compartidas del camino y de comprometernos activamente en la creación de un futuro donde quepamos todos, más allá de las diferencias que hoy nos dividen. Este es el pacto esencial: un compromiso con el significado profundo de ser y construir Colombia juntos.



## La ausencia que sembramos

A veces hay historias que se quedan en el borde de la Alibreta, esperando su turno. Esta es una de ellas. El campo fue mi primer hogar, no fue mi primera crónica. Crecí entre cafetales, establos y árboles frutales en Santa Rosa, una vereda cerca de Popayán. Cada Semana Santa, cada Navidad, cada verano, era tiempo de finca. Mis abuelos no eran de origen campesino aunque vivían a su manera: trabajaban la tierra, madrugaban a revisar las cosechas, sufrían con los precios del café, lidiaban con los créditos y con la federación. Sobre todo, trabajaban hombro a hombro con campesinos de pura cepa. La finca producía para todos: ellos recibían su jornal y, además, cultivaban parcelas para su pan coger. No eran ricos, tampoco pobres. Los días de mercado, mi abuela iba con ellos a la misma galería de Popayán. A las casas de todos llegaban alimentos suficientes. Y yo, sin saberlo, absorbía ese universo.

Recuerdo la finca muy vívidamente. El zumbido de los bichos al atardecer, el olor a boñiga fresca en el establo, a tierra mojada, el ordeño, las guayabas y los plátanos recién cosechados. Todo eso era parte de un mundo que, con los años, se fue desdibujando. Después de la muerte de mis abuelos, ninguno de mis tíos quiso hacerse cargo. La finca se vendió. Se convirtió en casa de recreo, al igual que muchas de la zona. La tierra se volvió ocio, el trabajo se esfumó. Cuando volví, años después, Santa Rosa era otra. Las fincas vecinas estaban cerradas, la urbanización las rodeaba. Los trabajadores, desempleados.



La escasez asomaba por las rendijas. La pobreza los había alcanzado. Hablaban con nostalgia de las épocas en las que se trabajaba la tierra todos los días.

Entonces entendí que, como periodista, también había abandonado el campo. Lo miré de lejos, a veces desde la óptica de la agroindustria, nunca desde la raíz campesina. Nunca volví con mi grabadora a esas veredas que había recorrido en La Mora, la más vieja y apacible yegua de mis abuelos.

### **Somos un país con raíces rurales y memoria urbana**

Colombia es un país profundamente rural. Más del 88% de su territorio es campo. A pesar de esa realidad, la historia nacional se ha escrito desde la ciudad. El campesinado ha sido protagonista del conflicto armado, de la seguridad alimentaria, del cuidado ambiental, y aun así ha permanecido al margen de la agenda pública y mediática.

Como muchos periodistas, hablé del agro desde los gremios. También lo hice desde los tratados de libre comercio y la innovación tecnológica. Sin embargo, olvidé a los minifundistas, a los jornaleros, a las mujeres que cargan con el azadón en una mano y el almuerzo para su familia en la otra. Esa omisión no es solo mía. Es estructural. En los medios, los temas rurales se reducen al Día del Campesino o a noticias de violencia.

¿Por qué le dimos la espalda al campo si tantos venimos de él? Tal vez porque nos contaron que el progreso estaba en la ciudad, que el campo era pasado. Ahora somos más conscientes de que ese pasado aún está vivo, y espera justicia.

### **No hay paz sin campo, ni futuro sin tierra**

El campo colombiano ha sido escenario de guerra. Es justo que también pueda ser el terreno fértil para la paz. Lo entendió el Acuerdo de La Habana al proponer como punto central la Reforma Rural Integral. Se pactó entregar tres millones de



hectáreas a campesinos sin tierra y formalizar siete millones más antes de 2031. Hasta diciembre de 2024, la Agencia Nacional de Tierras (ANT) ha adquirido 448.544 hectáreas y formalizado 1.277.049 hectáreas, beneficiando a comunidades campesinas, afrodescendientes e indígenas.

Además, se han constituido 13 nuevas Zonas de Reserva Campesina, abarcando 643.381 hectáreas. Estas acciones buscan transformar los territorios más afectados por la violencia y la pobreza.

En paralelo, los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET) han avanzado en la implementación de más de 33.000 iniciativas comunitarias en 170 municipios priorizados. Estas iniciativas abarcan desde infraestructura hasta proyectos productivos, buscando estabilizar y transformar los territorios más afectados por la violencia, la pobreza, las economías ilícitas y la debilidad institucional.

La Agencia de Desarrollo Rural (ADR) también ha implementado estrategias para apoyar a los campesinos. Por ejemplo, en el Catatumbo, se realizó la compra directa de 56 toneladas de arroz blanco a 851 productores, eliminando intermediarios y asegurando un precio justo para los productores. Esta iniciativa busca dinamizar la producción agrícola, fortalecer la economía popular y garantizar el derecho humano a la alimentación en el país. Unos avances pírricos frente a la magnitud del problema.

Lo más preocupante es que el futuro del campo no solo lo pone en peligro el conflicto armado. También está en riesgo si no hay relevo generacional. Según la “Caracterización sociodemográfica del campesinado colombiano” del DANE, una proporción significativa de los campesinos tiene más de 50 años, debido a que los jóvenes migran a las ciudades en busca de oportunidades. Esta tendencia al envejecimiento rural





amenaza la sostenibilidad de la producción agrícola. También pone en riesgo la seguridad alimentaria y la transmisión del conocimiento ancestral.

### **El campo que me formó, y que ahora yo debo contar**

Esta crónica llega tarde. La deuda no era solo con los campesinos, sino conmigo misma. No podía cerrar este libro sin volver a Santa Rosa, aunque fuera en mi memoria, y reconocer lo que le debo. Parte de lo que soy se sembró en esa finca.

Ahora sé que contar el campo no es una nostalgia. Es una necesidad ética. Es reconocer que el futuro de Colombia también se escribe entre surcos, cafetales, y caminos de herradura, hoy reemplazados por placas huellas.

El campo me espera. Esta vez, iré con libreta en mano. He escuchado a los líderes que construyen ciudad, espero empezar a escuchar a los que cultivan sociedad.



## Carta a los ciudadanos el futuro

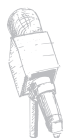
A ti, que tienes 25 años en el 2050:

No sé tu nombre, ni en qué ciudad vives, ni en qué formato estás leyendo estas páginas. Las escribí en el 2025, al cumplir 35 años de actividades periodísticas. Al leerla rondaré los 80.

Este libro intenta mostrar cómo era nuestra sociedad: nuestras convicciones, nuestras contradicciones y las decisiones que marcaron el rumbo del país. Encontrarás historias de esperanza, también de retrocesos. Lo que hay aquí es una lectura de lo que fuimos, no siempre lo que quisimos ser.

A lo largo de estas décadas, nos propusimos metas. Las escribimos, las debatimos, las anunciamos. Las dejamos consignadas en documentos y discursos. Aquí van algunas:

| Aquí te dejo algunos de esos sueños en forma de cifras.<br>Meta nacional | Línea base (año)      | Meta al 2050        | ¿Se logró?               |
|--------------------------------------------------------------------------|-----------------------|---------------------|--------------------------|
| Erradicar la pobreza extrema                                             | 12.2% (2020)          | 0%                  | <input type="checkbox"/> |
| Duplicar la clase media                                                  | 27.8% (2020)          | 55.4%               | <input type="checkbox"/> |
| Aumentar el promedio de años de educación                                | 9.3 años (2021)       | 13.18 años          | <input type="checkbox"/> |
| Reducir el bajo desempeño en pruebas PISA (< Nivel 2)                    | 39.9% (2018)          | 13.4%               | <input type="checkbox"/> |
| Disminuir la informalidad laboral                                        | 54.3%(2020)           | 19%                 | <input type="checkbox"/> |
| Bajar la tasa de desempleo                                               | 13.7% (2021)          | 5%                  | <input type="checkbox"/> |
| Lograr la neutralidad de carbono                                         | N/A                   | Sí (meta alcanzada) | <input type="checkbox"/> |
| Alcanzar deforestación neta cero                                         | 171.685 ha/año (2020) | 0 ha/año            | <input type="checkbox"/> |
| Aumentar inversión en ciencia, tecnología e innovación (ACTI)            | 0.83%del PIB (2020)   | 3.5% del PIB        | <input type="checkbox"/> |
| Incrementar el uso del transporte público urbano                         | 13% (2020)            | 51%                 | <input type="checkbox"/> |



Detrás de esas cifras había una intención: cerrar brechas, ampliar oportunidades y garantizar derechos. Queríamos lograrlo con educación pública de calidad, formación técnica y superior conectada con el entorno, empleo formal, transición energética y una presencia estatal sólida en todo el territorio.

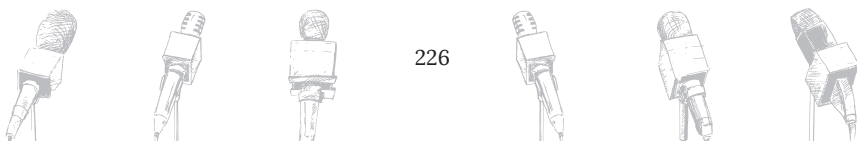
No sé cuántas de esas metas hoy son realidad para ti. Si algunas lo son, si vives en una sociedad más justa, con instituciones sólidas, educación accesible y opciones reales para decidir tu futuro, entonces el esfuerzo no fue en vano.

Y si no lo logramos, si aún estás enfrentando las mismas barreras que intentamos superar, esta carta también es una advertencia: nada mejora solo con planes. El futuro se construye con decisiones colectivas y con voluntad de sostenerlas en el tiempo.

Es probable que hayas crecido rodeado de tecnología. Tal vez nunca supiste lo que era un mundo sin conexión. El problema nunca fue solo técnico. Fue ético, político y cultural. No sabíamos ponernos de acuerdo. Nos sobraban diagnósticos, nos faltaban consensos.

En ese contexto, el periodismo fue resistencia. Contar lo que pasaba, con contexto y con responsabilidad, fue nuestra manera de contribuir. Escuchar a la gente común fue clave para entender lo que realmente importaba. Así descubrimos que las soluciones no vienen de una sola voz, sino del diálogo y la persistencia.

Si algo vale la pena heredar de esta generación, no es el inventario de errores ni las promesas incumplidas, sino la capacidad de preguntar, de cuestionar y de exigir sin perder el sentido de lo colectivo.



A tus 25 años, estás en el centro de las decisiones. No sé si tengas más certezas que nosotros, sí puedes elegir con más información o puedes actuar con más herramientas.

Nosotros dejamos preguntas abiertas. Este libro está lleno de ellas. Tal vez no supimos escribir el final de muchas historias. Tal vez ese sea tu papel.

¿Cómo es la Colombia de tu tiempo? ¿Pudimos cambiar el rumbo? ¿O seguimos aplazando lo urgente? Te corresponde a ti responderlo. Y, ojalá, actuar en consecuencia.

**Rosa María Agudelo Ayerbe**

*Periodista*



## Diario Occidente: en constante reinención

**E**l Diario Occidente ya se había dado un paso audaz hacia el futuro al incorporarme al equipo. Era el primer periódico gratuito de Colombia. Esa decisión, tomada en un momento donde otros medios todavía apostaban al modelo tradicional de circulación paga, me reveló algo esencial: aquí había una visión clara. No se temía al cambio. Se le abría la puerta.

Esa mentalidad –de apertura, de experimentación, de riesgo bien calculado– estaba en el corazón del Diario. Desde su fundación en 1961, sus accionistas originales habían implementado acciones disruptivas para su época. A finales de los 80, la familia Oliveira, de origen europeo, adquirió el diario y siguió por ese rumbo. Con una gran visión, los nuevos propietarios habían entendido que la tecnología no era una amenaza, sino una oportunidad. Una forma de ser más eficientes, más rentables, pero también más cercanos y de brindarle calidad de vida a sus colaboradores.

Los accionistas no visualizaban Occidente como un periódico, sino como una fábrica de noticias. Esa metáfora marcó para siempre nuestra forma de trabajar: lo importante no era solo el producto, sino la capacidad de producir contenido, transformarlo, distribuirlo y adaptarlo a las audiencias.



## **La tecnología, su apuesta**

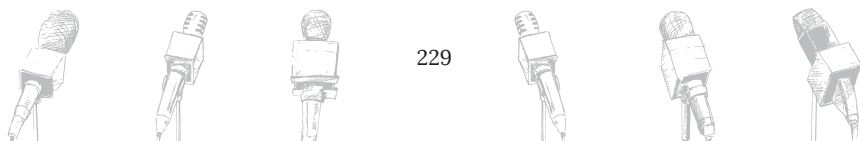
La historia del Diario Occidente ha sido una historia de adaptación. No hemos corrido detrás de las tendencias. Las hemos estudiado, analizado y asumido en momentos iniciales. Así nació nuestra página web, las redes sociales, el PDF y el email marketing. De igual manera, y con prontitud, incorporamos procesos de automatización, analítica y, más recientemente, la inteligencia artificial.

La IA no fue un salto al vacío. Fue el resultado lógico de un camino que veníamos recorriendo. Hoy usamos estas herramientas para editar mejor, entender mejor, escribir mejor. No para reemplazar, sino para potenciar. La IA nos ayuda a optimizar procesos, afinar titulares, adaptar contenidos a distintos públicos. Esta herramienta nos ayuda a enfocarnos en lo que realmente tiene valor: la investigación, el criterio, la interpretación, el contexto.

## **Leemos mejor a nuestros lectores**

El cambio no ha sido interno solamente. Hoy conocemos mejor a nuestros lectores. Sabemos qué les interesa, cómo lo buscan, en qué momento lo prefieren. Y eso ha transformado nuestra forma de producir contenido. Ya no pensamos solo en la edición impresa o en una nota web: pensamos en una experiencia informativa completa, que puede empezar en un reel, seguir en una infografía, pasar por un artículo de fondo y terminar en un boletín especializado.

La tecnología nos ha permitido conectar con más personas, en más lugares. De hecho, el 66% de nuestra audiencia está fuera del Valle del Cauca. Y el 40%, fuera de Colombia. El Diario Occidente es leído hoy por comunidades en Estados Unidos, España y otros países donde hay vallecaucanos, colombianos y ciudadanos del mundo interesados en nuestra mirada.



## **Periodismo y tecnología**

Para nosotros, la innovación no ha sido solo editorial. También ha transformado nuestra relación con los anunciantes. Entendimos que no se trataba de vender espacios, sino de construir valor. Las herramientas digitales nos permiten hoy segmentar mejor, diseñar campañas más efectivas, medir resultados en tiempo real. La publicidad dejó de ser un accesorio: es parte del contenido, y debe hacerse bien. Es información útil, oportuna, relevante.

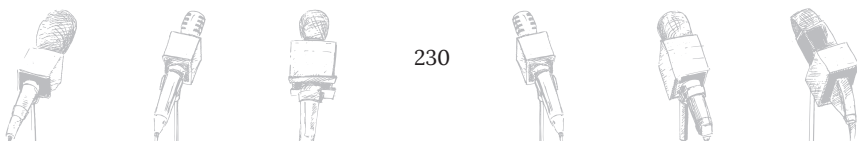
Eso nos ha permitido explorar nuevos modelos de negocio, el marketing de contenidos, la producción de informes especiales, los contenidos patrocinados con propósito. Todo bajo una premisa: respetar la inteligencia del lector. Y construir confianza.

## **Los retos siguen siendo humanos**

Nada de esto ha sido fácil. La tecnología cambia rápido pero las personas no siempre lo hacen al mismo ritmo. Uno de los mayores desafíos ha sido precisamente ese: ayudar a nuestros equipos a ver en la tecnología una aliada, no una amenaza. Hemos invertido tiempo, formación y paciencia para lograrlo. Hoy nuestro equipo trabaja con herramientas que hace unos años no existían y lo hace con criterio, ética y responsabilidad.

Porque si hay algo que no negociamos es el rigor. La tecnología puede ayudarnos a hacer más cosas, pero no puede decirnos qué vale la pena contar ni cómo contarlo. Eso sigue siendo decisión humana. Y en eso creemos firmemente.

Nuestro eslogan ha cambiado con los años, al ritmo del país y del periodismo. Cuando llegué, decíamos “La información no tiene precio”, porque creíamos –y aún lo creemos– que el acceso a la información es un derecho de todos, no un privilegio de unos pocos. Luego dijimos “La verdad no tiene precio”, en tiempos en que las noticias falsas comenzaban a erosionar



la confianza social y el oficio periodístico debía reafirmar su compromiso con la verificación. Hoy hablamos de veracidad. No es una simple declaración, es una responsabilidad activa. La veracidad es más que decir la verdad: es sustentarla, contextualizarla, contrastarla y explicarla. Es entender que en un mundo saturado de datos, lo más valioso no es la velocidad, sino la profundidad. Apostar por la veracidad es apostar por una ciudadanía informada, capaz de tomar decisiones, de dialogar con argumentos, de resistir a la manipulación. En una sociedad fragmentada por la polarización y la inmediatez, la veracidad es nuestro pacto con la democracia.





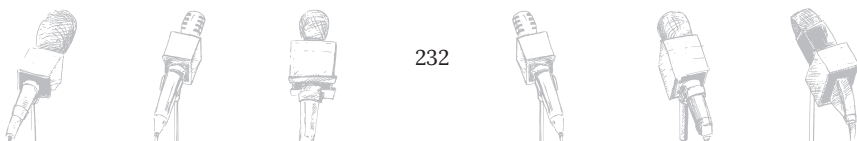
## Gregorio Pérez Torres y la nueva sala de redacción

**D**urante todos estos años he pasado por salas de redacción con humo de cigarrillo, grabadoras con casete, máquinas de escribir, fax, celulares, correos y redes sociales. Sin embargo, nunca había trabajado con alguien tan eficiente, silencioso y, por qué no decirlo, tan inquietante como Gregorio Pérez Torres.

No, no es un nuevo editor. Así suelo llamar –medio en serio, medio en broma– a mi GPT. Heredó algunas iniciales de uno de mis primeros jefes, Gregorio Pérez Valdez. En cierto modo, se le parece: hace preguntas, sugiere títulos, corrige. También me recuerda algo esencial: escribir siempre es un proceso de diálogo. Con uno mismo, con otros... y ahora, también, con una máquina.

Escribir este libro fue un experimento. Integré herramientas de IA en cada fase: para investigar, resumir, estructurar los textos, verificar datos, organizar ideas, editar borradores. Lo hice sin perder mi voz. Porque la IA no escribe por mí. Me ayuda a escribir mejor.

El proceso ha sido un consejo de redacción extendido. Los que hemos participado de esos espacios sabemos cómo se construye una historia: proponiendo, discutiendo, reescribiendo. La IA no reemplaza esa dinámica, sí la acelera.



Me permite probar enfoques, contrastar fuentes, leer con ojos nuevos lo que ya he escrito.

El periodismo está cambiando. La IA puede ser una amenaza si se usa sin ética, pero también una herramienta maravillosa. No sustituye el criterio ni la experiencia. No siente, no duda, no escucha entre líneas. La IA organiza, filtra, recuerda y propone. A quienes comienzan en este oficio, les digo: no teman a la IA. Domínenla. Úsenla. Aprendan a trabajar con ella, sin entregarle su pensamiento crítico ni su sensibilidad. Porque lo que importa no es la tecnología, sino el uso que hacemos de ella.

En 35 años he escrito casi todos los días. Y hoy, con IA sigo haciéndolo con el mismo entusiasmo. Tal vez más. Porque la tecnología, bien usada, no empobrece el oficio. Lo potencia. Y si escribimos mejor, pensamos mejor. Y si pensamos mejor, tal vez podamos entender –y transformar– un poco más este país que tanto nos duele y tanto nos inspira.



## Lo que sigue

Contar estas historias fue también una forma de volver a estudiar las problemáticas.

De darles el tiempo que, en medio del oficio, muchas veces no tenemos.

En el vértigo del día a día, el periodismo nos exige ir siempre hacia adelante. A veces es necesario detenerse, dar un paso atrás, y mirar con otros ojos. Estudiar.

Este libro no busca cerrar capítulos. Busca volver a plantear preguntas. Preguntas sobre quiénes fuimos, qué elegimos callar, qué decidimos contar, con quién decidimos hablar.

Preguntas sobre la Colombia que hemos narrado y la que queremos ayudar a construir.

A lo largo de estas páginas, caminé por las palabras de muchas personas. Algunas me marcaron por su dolor. Otras por su coraje. Y muchas, por la extraña forma en que logran sostener la esperanza aun en medio de la ruina.

Nada de lo escrito aquí es definitivo. Todo lo contado es real, es mi verdad.



Si algo he aprendido en estos 35 años de periodismo, es que lo importante no es solo informar, sino acompañar. Estar. Escuchar. Difundir. Porque si alguien se siente escuchado, algo cambia: se libera una emoción, se ordena una idea, se reconoce un valor. Contar puede ser transformador. Y desde el periodismo tenemos la fortuna –y la responsabilidad– de darle voz a personas que, muchas veces, solo necesitaban ser oídas.

Este libro termina, pero la historia sigue.

Porque mientras haya alguien dispuesto a contar, y alguien dispuesto a escuchar, nuestra profesión tiene sentido.





## ¿Qué se aprende después de 35 años contando el país?

Esta obra reúne 35 capítulos que cruzan la historia reciente de Colombia con el ejercicio periodístico: la Constitución del 91, el auge del narcotráfico, la guerra, la paz, la desinformación, la participación ciudadana y el papel de los medios.

Con una mirada crítica y una voz entrenada en la realidad, Rosa María Agudelo Ayerbe reconstruye los dilemas, silencios y tensiones del oficio de informar.

Un libro necesario para entender cómo se narra un país, quién decide qué se cuenta... y, sobre todo, a quiénes se les da voz.



**GOBERNACIÓN**  
Departamento del  
**Valle del Cauca**

